



Un teólogo itinerante

- 75 años de Luis G. del Valle
- Trayectoria, pensamiento, testimonio
- Juan Diego, la ambigüedad de los signos.



Corresponsales

Aguascalientes

José Luis Jacques
Tokio 207
Fracc. del Valle 2ª Sección
20089 Aguascalientes, Ags.
Tels.: (449) 870 54 55 ó 816 89 40

Baja California Norte

David Ungerleider K.
Ave. Centro Universitario 2501
Playas de Tijuana, (Apdo. Postal 185)
22200, Tijuana, B. C.
Tel.: (664) 630 1577 Ext. 205

Coahuila

P. Hernán Villareal
Valdéz Llano 150 Pte.
Col. Ampliación los Ángeles
27140 Torreón, Coah.
Tels.: (871) 716 44 00

Colima

Cruzare S.A., Atn: Salvador Cruz A.
Abasolo 79
28000 Colima, Col.

Chihuahua

P. Juan Manuel Mata
Parroquia del Sagrado Corazón
Calle 14½ N° 2806
31030 Chihuahua, Chih.
Tel.: (614) 415 08 70

Guanajuato

Dr. Arturo Lozano Madrazo
CESCOM
Fray Daniel Mireles 416
San Pedro de los Hernández
37280 León, Gto.
Tel.: (477) 771 41 59

Nuevo León

Mariela Gómez García
Brillantes 111
Col. Pedregal del Valle
66280 Garza García, N. L.
Tel.: 35 17 10
Marianela Madrigal Hinojosa H.S.S.
Espinosa Ote. 851
64000 Monterrey, N. L.
Tel.: (81) 83 43 25 30

Oaxaca

P. Juan Ruiz
Parroquia de los Siete Príncipes
González Ortega 415
68000 Oaxaca, Oax.
Tel.: (951) 516 34 58

Tabasco

Miguel Ángel García Trinidad
Av. Madero 645
86000 Villahermosa Tab.
Tel.: (993) 31 20 9 18

Yucatán

Nancy Walker y M. Cristina Muñoz
Calle 31 N° 200A
García Ginerés
97070 Mérida, Yuc.

Christus, Teología y Ciencias Humanas

Número 732 Año LXVII, Septiembre-October, 2002

Editor: Luis G. del Valle/Centro de Reflexión Teológica, A.C.

Director: Luis G. del Valle.

Dirección de este número: Luis Arturo García Dávalos; Magdalena Cubas Carlin

Administradora: Magdalena Cubas Carlin.

Consejo de Redacción: Raúl Cervera, Magdalena Cubas C., Abel Fernández, Luis Arturo García, Mario Armando González, Sebastián Mier, Luis G. del Valle.

Consejo Asesor: Miguel Álvarez G., José Álvarez I., Rafael Álvarez, Magdalena Cubas C., Luis Arturo García, Mario Armando González, María Luisa Lalinde, Mario Monroy, Rebeca Montemayor, Luis Ramos, Javier Rojas, Ángel Sánchez, Alfredo Zepeda.

Diseño: Jorge Arturo Vargas López

Tipografía: Carmen Ramos de Castañeda

Diagramación: Guadalupe Correa Rivera

Suscripciones: Leticia Cervantes

Una publicación del Centro de Reflexión Teológica, A.C. y órgano de la diócesis de la Tarahumara. Está registrada como artículo de 2ª clase en la Administración de Correos N° 1 de México, D.F., el 3 de enero de 1936. Registro de Propiedad Intelectual en la SEP, N° 998, otorgados ambos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas de la Secretaría de Gobernación, el día 15 de julio de 1982. Permiso N° 0020136, características: 228241205.

Autorizado por SEPOMEX. Registro postal PP09-0074, publicación bimestral. A partir del 1 enero 2003, cada número: \$50.00, suscripción anual (seis números) para el país: \$340.00, \$910 por tres años; para América Latina y África (correo aéreo): 45 dls.; para otros países: 65 dls.

Librería: Miguel Laurent 340-A, Col. del Valle, Benito Juárez, 03100 México, D.F.;

Tel.: 55 59 61 55, 55 59 61 56, Fax: 55 59 54 84

Correspondencia: Apdo. 21-272
Coyoacán
04021 México, D.F.

Correo-e: christus@sjsocial.org

Página WWW: <http://www.sjsocial.org/crt/christus.html>

Impresa en Fototipo, S.A.

Las opiniones expresadas en la revista son responsabilidad de sus autores.

Puede reproducirse cualquier material, si se cita la fuente, y después se nos envían dos ejemplares de la publicación.

El Consejo de Redacción se reserva el derecho de publicación de artículos recibidos.

Las fotografías son cortesía de: Sebastián Mier, Luis G. del Valle, Archivo CRT.

Ciertas fechas tienen valores simbólicos que nos invitan a hacer una pausa en un ritmo regido por la agenda y a manifestar convicciones que la rutina cotidiana esconde sin querer.

Este año Luis del Valle cumple 75 años. Es una excelente ocasión para expresar en nombre de muchos/as un sincero agradecimiento por el testimonio que nos has dado a lo largo de su vida. Una vida dedicada con sencillez a los pobres de México y América Latina, así como a la Iglesia que vive en estas tierras.

En Luis encontramos al amigo, maestro, teólogo, compañero, seguidor de Jesús, maestro de humanidad, fundador del CRT y actual director de esta revista. Todo eso

Es uno de los pocos patriarcas de un tiempo que se va volviendo legendario y del que nos quedan pocos testigos. Un hombre que se negó a ser espectador de lo que sucedía alrededor de él (los tiempos apasionantes del antes—en y después del *Concilio Vaticano II*) y porque no temió vivir el Evangelio de Jesús en el seno de los acontecimientos que desafiaban su anuncio, las cosas no fueron fáciles para él. Puede ser que no lo sean tampoco hoy, es verdad, pero en lo que tal vez, no estén ausentes el desconocimiento y la incompreensión a su obra de estos años y al sentido de fe y de Iglesia que siempre quiso darle.

Con ocasión del 75 aniversario de nuestro querido amigo, Luis G. del Valle, queremos compartir en primer lugar una serie de reflexiones sobre elementos que Luis ha impulsado en la reflexión de la teología y espiritualidad latinoamericana:

1. Ser Compañero de Jesús— Enrique Maza, compañero de Luis por muchos años nos revela la dimensión más personal y el recorrido como Compañero de Jesús de Luis del Valle.

2. La Antropología Teológica— Luis García Dávalos nos presenta en una forma narrativa lo que él ha aprendido y los acentos de la reflexión antropológica de Luis del Valle.

3. La Eclesiología— Raúl Cervera nos presenta los elementos y ejes sobre los cuales Luis presenta su visión de la Iglesia

4. El discernimiento— Luis ha sido maestro en el difícil arte de encontrar la voluntad de Dios y de dejarse llevar por él. Sin demasiadas estructuraciones, sapiencialmente. Aquí recogemos una sistematización hecha por un alumno suyo, pulida por Male Cubas y Luis García.

La segunda parte de este cuaderno recoge muchos testimonios, dichos y hechos de Luis del Valle, algunos desconocidos.

Finalmente hablaremos sobre lo que ha significado desde otra perspectiva la Canonización del Indio Juan Diego.

El caminar de la Iglesia de los pobres está jalonado de acontecimientos, encuentros y celebraciones en los que las personas juegan un papel clave. Especialmente aquellas personas que tienen ideas, opciones y saben acompañar, sostener y empujar procesos colectivos y comunitarios. Todo esto lo queremos celebrar y agradecer en la persona de Luis del Valle. ☐

En este número

EDITORIAL

CUADERNO

- 8 En los 75 años de Luis G. del Valle, una mirada a su mundo
Enrique Maza
- 14 La antropología teológica de Luis G. del Valle
Luis Arturo García Dávalos
- 19 Eclesiología en clave de fidelidad crítica
Raúl Cervera
- 25 El discernimiento en una comunidad
Magdalena Cubas; Luis Arturo García D.
- 36 Curriculum vitae
Luis G. del Valle
- 39 Testimonios
Varios

COLABORACIONES

- 47 Gozos y exigencias en la canonización de Juan Diego
Sebastián Mier
- 49 Cuahtlatoatzin Juan Diego, santo indio rebelde
Eleazar López Hernández

DOCUMENTOS

- 52 Homilía después de canonizar a Juan Diego
Juan Pablo II
- 53 16 encuentro de curas comprometidos con los pobres
Argentina

PALABRA

- 55 La palabra a fondo

Editorial

En días pasados se realizó la quinta visita pastoral de Juan Pablo II a nuestro país, destinada, primordialmente, a la ceremonia de canonización de Juan Diego. Se ha comentado que con este ejercicio especial de su prerrogativa jerárquica la Iglesia dignificó no sólo a ese indio primordial, sino, en él, a todos, los del pasado y del presente. Sin embargo en el espíritu de la más pura tradición judeocristiana hay que afirmar que los pueblos americanos no necesitan que nadie los dignifique. Dios mismo, en el acto de creación de los hombres y mujeres a su imagen y semejanza, y Jesucristo, con su ascensión personal de todo lo humano en su concreción extrema, han conferido un estatuto divino a todas las razas y culturas.

En todo caso es la Iglesia misma la que se hace un poco menos indigna de portar el único blasón que debe ambicionar en este mundo: el discipulado de Jesucristo. Esto, a través del reconocimiento de varias cosas que negó estrepitosamente en boca de algunos o muchos —según el asunto— de sus representantes oficiales al inicio de la invasión europea a nuestro Continente: la condición humana o civilizada de los primeros pueblos que lo habitaron, su capacidad para el ejercicio del sacerdocio, etc.

A lo largo de su pontificado Juan Pablo II se ha mostrado sensible al tema de la diversidad cultural. Su procedencia personal eslava ha debido haber desempeñado un papel nada despreciable. Sus afirmaciones, verbales y simbólicas, acerca de la posibilidad de profesar la fe cristiana sin renegar de la propia cultura constituyen una de las aportaciones más valiosas de su pontificado. La canonización de Juan Diego remacha lo que había declarado hasta aquí, sobre todo porque este personaje es un paradigma de la encarnación de la fe en la propia matriz cultural, al situarse al inicio y como promotor de la gesta guadalupana. Es, a todas luces, un representante conspicuo de los catolicismos populares y de su ingente labor inculturadora, poco reconocida hasta ahora.

El otro evento significativo fue la beatificación de los mártires Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles, indios zapotecos de San Francisco de los Cajonos. Desde una perspectiva no exenta de validez aparece como la exaltación sacral de dos personajes cuya heroicidad consistió en la delación, ante las autoridades españolas, de los miembros de su mismo clan,

empeñados en salvaguardar la herencia cultural de sus antepasados.

Por estos mismo días, la siniestra figura del padre Amaro, inspirada en la obra de Eca de Queiróz, funcionó como revulsivo que hizo aflorar diversos fenómenos de la Iglesia mexicana. El silencio de la mayoría del episcopado se interpretó en algunos círculos como señal de sensatez y cordura, pero en otros se prestó a suposiciones menos favorables. Junto con esto, el estilo sensacionalista de algunos medios de comunicación no contribuyó a un enfoque serio del tema.

Algo que debe hacer pensar a la jerarquía es la masiva asistencia del público católico ya desde el estreno de la cinta, en abierta prescindencia de los anatemas lanzados por un puñado de prelados. Haría bien la Iglesia en sopesar qué factores se encuentran detrás de esta factual pérdida de autoridad ante su feligresía.

Por lo demás puede ser muy útil preguntarnos por el origen de la actitud de dichos prelados. Tomemos el tema de las narcolimosnas. ¿El disgusto proviene de la convicción de su inexistencia? En este caso, la cinta podría haberse manejado como una valiosa oportunidad para reiterar ante la opinión pública la inconsistencia de tales infundios. Por otro lado, si la obra enjuicia esa clase de desviaciones, posiblemente excepcionales, no cabría sino esperar el aplauso de esa parte interesada. En fin, si el diferendo estriba en este tema de la excepcionalidad, el filme se encarga, ciertamente, de tipificar perfiles muy diversos en el campo de la clerecía.

Un ejemplo es el caso del padre Natalio. Es una figura que se puede suponer, razonablemente, simpática y atractiva para el público. Cuando menos debe serlo para el sector de los católicos y de la ciudadanía en general identificado con las posiciones de izquierda. Para ellos representaría el rostro evangélico de la Iglesia. Si es así, no hay unilateralidad en la cinta, cuando menos, desde una perspectiva. Lo que es cierto es que ese personaje orilla al debate, ese sí central, acerca de la expresión social y política más coherente de la fe cristiana en las circunstancias presentes. Oportunidad que habría que agradecer a los realizadores del filme y, sobre todo, aprovecharla en consecuencia.

Finalmente cabría esperar de varios de los prelados que se pronunciaron una valoración más positiva de

la capacidad de los católicos para evaluar adecuadamente las propuestas que aparecen constantemente en el ámbito artístico o científico acerca del hecho religioso. ¿O dudan de la calidad de la formación impartida a sus fieles? ¿O es que ésta es inexistente? Debemos suponer que la gente percibe los errores y desviaciones presentes en todas las religiones. Pero quizá se decante por aquellas que la tratan como adulta.

La Suprema Corte de Justicia, inopinadamente, declaró improcedentes 322 controversias constitucionales presentadas por sendos municipios de varios Estados del País contra los procedimientos aplicados por el Congreso de la Unión cuando aprobó, el año pasado, las reformas constitucionales acerca de los derechos y culturas indígenas. El máximo tribunal colegiado se declaró incompetente para el caso.

La estadística de la resolución —ocho votos contra tres—, así como los motivos aducidos por las dos partes, demuestran fehacientemente que estas cuestiones constituyen materia de interpretación, lo cual ofrecía al supremo órgano de la judicatura un margen amplio de resoluciones posibles. De hecho, los artículos 103, 107 y 135 de la Constitución abren la puerta a esta clase de intervenciones.

El más superficial repaso de la inicua situación —presente e histórica— que aprisiona a los indios hubiera aconsejado la necesidad de un esfuerzo adicional para ofrecerles un instrumento legal de lucha por sus incuestionables derechos. Por ello esta desafortunada resolución se inscribe en esa actitud legalista denunciada por el proverbial aforismo *summum jus, summa injuria*.

¿Por qué los magistrados no utilizaron el espacio legal con el que contaban? Más allá de los descomunales intereses económicos y políticos que pudieron haber inclinado sutilmente la balanza —pensemos solamente en el Plan Puebla Panamá—, tratando de salvar la proposición de la mayoría judicial, pensamos que, en todo caso, demostraron encontrarse aherrojados en su propia matriz cultural. Y empleamos este término porque el hecho de pertenecer a una cultura determinada es un condicionamiento ineludible y, fundamentalmente, saludable. Las reivindicaciones de la modernidad significaron, en su momento, un paso adelante en la accidentada historia de la humanidad hacia la libertad. Y continúan siéndolo.

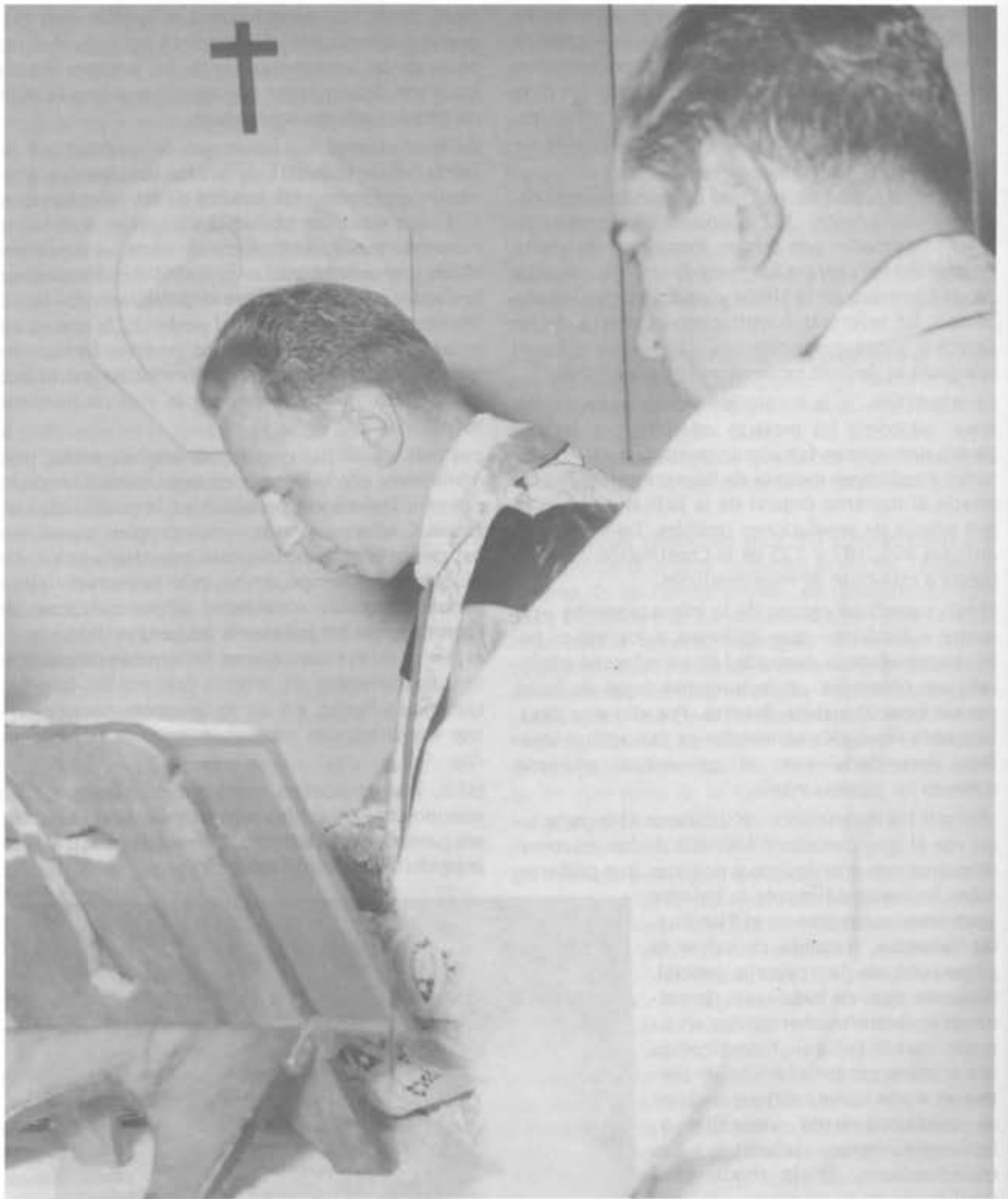
Sin embargo contienen unos límites difícilmente perceptibles para quienes sólo han contemplado las cosas desde esa perspectiva. Las revoluciones burguesas lucharon por la autonomía del individuo respecto de las intemperancias de los poderes absolutos. Pero distinguieron con menor agudeza la esencia comunitaria del ser humano.

De igual manera, su anhelo por la igualdad, así como la índole abstracta de la idea del derecho, plasmaron una concepción jurídica de los seres humanos en la que éstos son considerados *iguales* ante la ley. Pero esta concepción pierde de vista los desniveles reales que caracterizan a las sociedades actuales, sobre todo, por lo que toca a la distribución de las diferentes manifestaciones del poder. Y, lo que es peor aún, soslaya que son estos poderes fácticos los que, en definitiva, gobiernan la marcha del mundo globalizado, en detrimento de la vida de inmensas mayorías.

Los indios, a la par que demuestran capacidad para administrar con sabiduría los instrumentos verdaderamente liberadores presentes en la modernidad occidental, afinan su vida en sus propias cosmovisiones de carácter esencialmente colectivo y comunitario. Al mismo tiempo, en sus relaciones materiales y sociales con las sociedades occidentalizadas, se cuentan entre los pobres de los pobres. Esto significa, entre otras cosas, que se encuentran privados de esos instrumentos de defensa que son los que funcionan, de hecho, en las instituciones nacionales y que acaparan, con sobreabundancia, los privilegiados.

Estos, y otros aspectos, son los que no han podido o querido contemplar los señores ministros. Sus alcances parecen desfallecer en las fronteras culturales de la modernidad (neo)liberal. ☐





CUADERNO

**En los 75 años de Luis G. del Valle,
una mirada a su mundo**
Enrique Maza

La antropología teológica de Luis G. del Valle
Luis Arturo García Dávalos

Eclesiología en clave de fidelidad crítica
Raúl Cervera

El discernimiento en una comunidad
Magdalena Cubas; Luis Arturo García Dávalos

Curriculum vitae
Luis G. del Valle

Testimonios
Varios

Introducción al Cuaderno

Dos son las clases de artículos de este cuaderno: unos tratan temáticas que han sido importantes para Luis del Valle (LdV). Otros son testimonios sobre su persona, dichos y hechos. Diríamos: unos más bien objetivos y otros más bien subjetivos; unos se tratan en directo temas aunque se deslizan allí alusiones al sujeto LdV; otros en directo se refieren a él aunque también entran temas.

Enrique Maza ha convivido con LdV en la misma comunidad los últimos 20 años. Y ha escrito una semblanza que es la que abre el cuaderno. Se ve que lo conoce bien y quiso expresar lo bueno que fue recordando. Como lo conoce bien, también podría haber señalado en directo y no sólo dejado para leer entre líneas sus pasos fuera de lo que se ve que es el camino que ha sentido y decidido que el señor Dios le traza, o por donde lo invita.

Siguen tres artículos del género más objetivo y después de ellos una serie de testimonios.

Como tema objetivo nos presenta Luis Arturo García, antiguo alumno de LdV y actual coordinador de la Pastoral en el Altillo, casa de los Misioneros del Espíritu Santo, su captación del curso de Antropología Teológica cursado bajo la dirección de LdV. Un tema caro a LdV es el del método teológico. En este escrito se refleja no sólo la temática de la Antropología, sino también y quizá principalmente, el método de comunicación de la Teología y del impulso al estudio y asimilación de ella.

Raúl Cervera tomó el tema de la eclesiología en los escritos de LdV. Va haciendo ver la congruencia de las reflexiones con los tiempos y coyunturas. Fue encontrando etapas y diferenciaciones de las que el mismo LdV no era conciente. El mismo Raúl introduce así su tema: «En las páginas que vienen a continuación pretendemos compartir algunos de los ejes que estructuran la reflexión eclesiológica de Luis del Valle. Nuestro cometido es poder rescatar un conjunto de intuiciones y esfuerzos analíticos que el tiempo trans-





currido y otras eclesiologías latinoamericanas han demostrado imprescindible en el camino de construcción y celebración de una Iglesia realmente servidora del evangelio «de la vida del pueblo sabio y victimado».

El discernimiento de espíritus enseñado por Ignacio de Loyola en sus ejercicios espirituales se había casi olvidado en la vida diaria. El siglo XX vio el renacer de los mismos ejercicios conforme se fueron publicando muchos escritos del santo fundador de la Compañía de Jesús. Un impulsor del discernimiento de espíritus en la vida diaria y del cultivo de lazos mutualitarios poniendo en común los discernimientos de los individuos y buscando discernimientos grupales fue Enrique Gutiérrez Martín del Campo. Con esta inspiración LdV recuperó sus reflexiones sobre los ejercicios y se convirtió a su vez en promotor del discernimiento. Aquí nos presentan Luis A. García y Magdalena Cubas un resumen de un trabajo más grande que hizo Gerardo Kuhlman, antiguo alumno también. De LdV es una inspiración inicial y algunas líneas generales. De Gerardo es la sistematización.

Y siguen varios testimonios que ven y presentan a LdV desde diversos ángulos.

Tres son de compañeros jesuitas, uno contemporáneo, otro una década menor y otro cuatro. No fue esto planeado. Se fueron pidiendo esos testimonios y ellos los enviaron. Compañeros en la Compañía de Jesús, y en ella amigos. Ellos son Mardonio Morales, Francisco Ramos y Gerardo Guillén.

En realidad todos los testimonios son de amigas y amigos de LdV. Los tres anteriores compañeros jesuitas. Otros testimonios son de antiguos alumnos de distintas generaciones. Pero lo importante no es que hayan sido sus alumnos en las clases formales. Lo significativo es que son amigas y amigos. En algunos la amistad se hizo a partir de las clases; en otros fue al revés, que quisieron tomar la clase por la amistad.

Y como lo realmente importante es la amistad, también hay testimonios de amigas y amigos que no fueron sus alumnos.

Y el cuaderno se cierra con el currículum Vitae de LdV. ☒

En los 75 años de Luis G. del Valle, una mirada a su mundo

Enrique Maza
Periodista y escritor

Con Luis del Valle he vivido más de 20 años en la misma comunidad, de los cuales 16 fue mi superior. Me llamó la atención cómo fue evolucionando a lo largo de estos años en su propio mundo interior y en su trato con los demás. Su autoridad se fue haciendo cada vez más respetuosa; cada vez más, un servicio a la libertad y a la necesidad del otro, nunca imposición, ni autoritarismo, ni dominio, ni arbitrariedad. El no era la voluntad de Dios, como tantos otros superiores eclesiásticos y religiosos; él acompañaba para encontrar juntos la voluntad de Dios. Siempre disponible, sabía estar donde se le necesitaba y sabía retirarse a tiempo. Desde ahí, me asomo a su vida y a sus escritos, en tanta medida compartidos.

Aborrecía la autoridad convertida en poder, de superiores que hablan desde la eternidad y en nombre de Dios, que vuelven superflua la búsqueda de la voluntad de Dios, porque ellos la poseen, ellos la representan, ellos la comunican, ellos son los dueños de Dios en la tierra. Sólo hay que obedecerlos, y eso es lo único que Dios quiere, desde las más ínfimas cosas materiales hasta las más trascendentes, espirituales, intelectuales, doctrinales, familiares y las que tienen que ver con el sentido mismo de la vida. Muchas veces hablamos de eso, en lo privado y en comunidad. Porque la autoridad en la Iglesia y en la Compañía de Jesús no es frecuente. Lo que comúnmente se da es el poder. El dominio autoritario de los otros, de su conducta, de su pensamiento y del contenido de sus vidas.

Por eso no quiso nunca imponer un modo de ser religioso en la comunidad. Cada quien llevaba su ritmo, su tiempo, su modo, su necesidad de comunicación con Dios y con los demás. Cuando se daba la puesta en comunidad, podía ser, y muchas veces fue, profunda, más duradera que la rutinaria.

Es lo más lógico suponer que el caminar de Luis como superior se haya dado en conjunción con su caminar teológico. Pero también con su caminar humano y espiritual. Su aceptación, por lo menos teórica, de un sentido último de la vida fue fácil y sin complicaciones, y tuvo mucho que ver con

su vocación a la Compañía de Jesús, aunque en aquella edad no tuviera muy claro lo que realmente significaba ser jesuita. Pero la decisión sí fue clara, porque fue una experiencia de lo absoluto, imposible de definir y de analizar en esos años. Más tarde vendría la conexión de esa experiencia con el seguimiento de Jesús. Lo absoluto de la tarea, comprendería Luis más tarde, no es la perfección individual, sino el amor operativo que responde a la interpelación de los pobres, porque todo esto sucede de hecho en una sociedad clasista, en la que no se puede amar realísticamente, si no se asumen en serio los intereses de las clases oprimidas.

A Luis le pasó, como nos pasó a otros, que absolutizó en los tiempos jóvenes a la Compañía de Jesús en cuanto institución y, más concretamente, en cuanto estructura jurídica. Lo que tenía que ver con la línea de mando. En otras palabras, la voluntad de Dios se comunicaba solamente desde los superiores hacia abajo, en línea descendente. Los superiores eran los depositarios, comunicadores e intérpretes de la voluntad de Dios. Los estudios de filosofía llevarían a Luis a la reflexión de que el único juez de la propia existencia es uno mismo.



Al terminar los estudios de filosofía y antes de empezar los de teología, como se acostumbra en la Compañía de Jesús, se interpone un período de trabajo apostólico que, en aquellos años, se reducía a

dar clases por tres años en uno de los colegios que dirige la Compañía. Los que estaban en esa etapa eran designados con el nombre despectivo de maestrillos. A Luis le tocó en el Patria, y ahí conoció la opresión, una experiencia que marcaría muchas de sus concepciones y su manera de ser, porque sería la primera que lo hizo desacralizar a los opresores y a la autoridad. La primera experiencia en la etapa del magisterio era la lucha de castas: los sacerdotes, los maestrillos y, mero abajo, los hermanos coadyutores. El poder estaba del lado de los sacerdotes, y los maestrillos sobrevivían sólo a base de astucia y de unión entre ellos. Esa lucha era sólo una concreción, entre otras, de la estructuración injusta de la sociedad, cuyo pecado radical es la opresión y la explotación de una clase por otra.

Fue sólo el principio. Luis no pudo acabar de armar ese rompecabezas hasta que llegó a los estudios de teología. Fue un largo proceso de integrar la teología a su experiencia de fe en lo absoluto y de reconstruir todas las piezas rotas que le habían ido quedando en la vida, de un lado, por el rechazo del dios filosófico estudiado en los años de filosofía y, del otro lado, por la experiencia de la opresión en la misma Compañía de Jesús como reflejo de la sociedad global. En ese proceso comprendió la única teología que podía imaginarse como expresión de su fe y que empezó a cobrar forma con lo que entonces llamaron «teología del acontecimiento». Tiempo después, en octubre de 1969, cuando se tuvo el congreso de teología, fue ese método teológico el que trataron de desarrollar, por inspiración —o concreción— del P. Francisco Aguilera, de formación catequética, que tenía contactos con los catequistas de *Lumen Vitae* y de otras corrientes europeas.

La teología profética estaba siempre ligada a la historia; partía de los acontecimientos y de su significado como palabra de Dios. La palabra de los profetas siempre tuvo carácter de decisión para la hora presente. Siempre se refirió a situaciones concretas y a los acontecimientos de la historia. Los profetas no proclamaban verdades universales. Hablaban del pasado y del futuro con la mirada puesta en el presente, para descubrir —sobre la base de su propia experiencia de lo divino— la realidad del momento y anunciar la oportunidad de un nuevo comienzo.

La palabra de los Profetas siempre estuvo vinculada a la historia y a la hora presente. Su actuación más enérgica se da en los momentos de transformación y en las épocas de crisis, como alianzas políticas de los reyes, idolatría, injusticia y desigualdades sociales. No son custodios de las antiguas tradiciones sagradas ni pretenden actualizarlas. ¿De qué sirve un culto que no se preocupa por lo social, por lo ético,

por las relaciones humanas? ¿De qué sirve un hermano que no se preocupa por su hermano? De ahí la denuncia contra el oportunismo de los sacerdotes y contra la maldad de los ricos y de los poderosos. Todos ellos violan el antiguo derecho de Dios.

De ahí también la rebelión de los profetas contra los reyes y contra todos los poderes, religiosos inclusive, que buscan en su política la seguridad para sí mismos y en sí mismos, inclusive al precio de la idolatría. Los profetas intervienen así en la vida pública y en la vida política, y lo hacen por la fuerza de su palabra. Sus palabras, por eso, sólo pueden y deben entenderse a partir de su momento histórico. Descubrían la realidad, llamaban a los hombres a transformar sus cerradas situaciones humanas y sociales, y anunciaban la acción liberadora de Dios. La palabra profética se condiciona a la situación de sus oyentes. Pero, al mismo tiempo, crea otra situación consciente y apremiante, que cambia para bien o para mal. Es una palabra que crea un cambio. Es una llamada y una instrucción para el futuro. Por esos rumbos iban la búsqueda y el método teológicos del congreso de teología del 69, y de Luis y de Pancho Aguilera.

Le faltaba a Luis otra experiencia que marcaría también su desarrollo personal y teológico: la experiencia del desprecio sumada a la experiencia de la opresión y de la injusticia. La sufrió también siendo maestrillo. No importan aquí los detalles de nombres, lugares y tiempos. En unas vacaciones, Luis contrajo tifoidea. La fiebre era alta. Los compañeros le avisaron del hecho al superior que, sin saber lo que Luis tenía y sin molestarse en irlo a ver, ordenó que lo purgaran. Le pusieron una lavativa. Luis pidió que lo regresaran en avión. Le dijeron que esperara el fin de las vacaciones, para regresarse con todos en camión. Los compañeros y otros padres protestaron y convencieron al superior. Luis se fue en avión, pero hasta el día que terminaron las vacaciones. En el avión, Luis vomitaba espuma. Por fin llegaron a una residencia de los jesuitas. Era la hora de siesta y nadie abría. Luis se tumbó en la calle. Finalmente, abrió una sirvienta: les dijo que un médico vivía cerca. Lo llevaron. El médico dijo que el asunto era serio: dos días más, y hubiera muerto. Lo pusieron en cama, pero antes lo llevaron a pie hasta una farmacia, para comprar las medicinas. Tuvo delirio de fiebre toda la tarde y toda la noche. El maestrillo que lo cuidaba lo acusó con el superior de que, en su delirio, Luis había criticado a los superiores. El superior fue a regañarlo por haber delirado contra los superiores, aunque hubiera sido en el delirio de la fiebre. A las tres de mañana, Luis solo en cuarto, no aguantó más y empezó a golpear las paredes. Por fin alguien lo atendió. Fueron a buscar a un médico.

Lo trasladaron al hospital, y allí pasó días de una enorme soledad. Nadie lo iba a ver. Y no estaba en la ciudad de México, donde vive su familia. Por fin alguien vino, uno de sus compañeros, después de ocho días. Luis le pidió su ropa, porque ya le permitían levantarse a ratos. Le dijo el compañero que no tenía ropa. La habían mandado quemar, con todo y maleta para que no contagiara a los demás. En esa ciudad, Luis tenía una persona conocida. Pidió que le avisaran para que lo viniera ver. Le dijeron que no, porque los maestrillos no tenían permiso para hablar por teléfono. Luis salió el día que sus compañeros del Patria terminaron sus ejercicios espirituales —ocho días— y regresaban a México. El superior quería que se regresara en el camión con todos. Finalmente accedió a que se fuera en pullman.



Después de eso, Luis no se salió de la Compañía. Cuando uno le pregunta por qué, su respuesta es la misma: su experiencia de lo absoluto, ligada desde niño a su vocación a la Compañía. En los años de estudio de la filosofía, desde el punto de vista de las ideas, Luis se creía ateo. (No fue el único en aquellos años). Porque el dios de la filosofía era ajeno, alguien completamente extraño, una especie de abstracción ideológica. Y la convivencia en la Compañía de Jesús, también en aquellos años, como describe la experiencia de Luis con la tifoidea, se había roto. Lo salvaba el hecho de haber desacralizado la autoridad. O mejor dicho y más apegado al proceso histórico, empezaba a desacralizarla. Y por otro lado, reubicaba el amor a partir de la contradicción de sus rasgos. El amor de la familia, de su madre y de su padre y de sus hermanos, intenso, profundo, incondicional, y la carencia de ese amor en la vida de la Compañía de Jesús, por lo menos en aquellos entonces. Era como la estatua y el molde. Tienen los mismos rasgos, pero una en la plenitud tangible y el

otro en la carencia y en el vacío. Había que reconstruir las piezas rotas de la teoría y de la convivencia. La teología profética, la teología del acontecimiento, la teología de la liberación, el movimiento de pequeñas comunidades heterogéneas, el pluralismo comunitario, el Movimiento de Liberación al que Luis perteneció y que se convirtió después en Sacerdotes para el Pueblo y el Iglesia Solidaria, su trabajo en el Consejo Pastoral de la arquidiócesis, con todo y sus luchas, las nuevas opciones pedagógicas, epistemológicas e ideológicas que surgían en la formación y en la enseñanza de los jesuitas, los contactos con el Centro de Estudios Ecuménicos, el diálogo con marxistas no creyentes, fueron momentos, situaciones, oportunidades de las que Luis fue parte y que le ayudaron a ir reconstruyendo el rompecabezas de las piezas rotas, o que demostraron que ya estaba reconstruido y que la vida y la fe habían encontrado sentido profundo, expresión evangélica y cauce de vida. Entre todas aquellas opciones que surgían de la vitalidad de los tiempos y de la fe, fue importante el movimiento de Jesuitas en Inserción, que luego se convirtió en Jesuitas en Acción Popular, para lo que el futuro nos tenga preparado.

A partir de ahí, la tarea de Luis fue ir logrando poco a poco la integración en la formación de los equipos apostólicos, la formación continua que no distingue y que abarca por igual a los que forman y a los que se están formando, en un crecimiento integrado y común, sin término, que sea un servicio a la integración de los nuevos jesuitas.

No fueron esos los únicos conflictos que había que superar. En aquellos años de la formación jesuita se daba prioridad a la obediencia y a sus derivados. Ejemplo era San Juan Berchmans, el jesuita que nunca hizo nada fuera del modo de ser de la Compañía de Jesús, pero eso lo hizo bien, sin traspasar nunca ninguna raya, sin tener jamás una iniciativa propia, como hombre de la institución que sigue al pie de la letra las reglas de la institución, lo mandado y aconsejado, y no más. Esa era la espiritualidad que entonces se inculcaba: la sumisión, la obediencia ciega, la pasividad en manos del superior, que actuaba en nombre de Dios. Berchmans vivió eso, y por eso lo hicieron santo. Fue de manera perfecta uno del montón. La posibilidad de ser libre en la Compañía y de actuar por propia iniciativa no era pensable.

Pero esa era la posibilidad que había que descubrir. Luis fue reflexionando. Se examinó y examinó a la institución y llegó a la consecuencia de que tenía ra-

zón en muchas de sus actitudes. Y la institución se iba quedando atrás. La intuición de entonces, todavía no tematizada, era el llamado de Dios en la historia y por la historia. Era el llamado a la humanización fuera del cascarón de las reglas, de las costumbres establecidas, de lo mandado, de la cuadratura de la santidad. El peligro de entonces, y Luis entre otros cayó en él, era pasar de ser hombre de la institución a ser hombre de una causa. No duró mucho esa tránsito. De ahí pasaría a ser hombre de las relaciones personales en la historia, la de Jesús y de la nuestra, sin dejar de pertenecer a la institución y a la causa, aunque haya siempre una tensión dialéctica entre las tres. Fue ese paso el que desembocó en la creación de las pequeñas comunidades, años más tarde, en 1967. La primera, en la calle de Empresa, fue iniciada por Luis y seis compañeros.

Pero el proceso empezó antes, en Alemania, cuando Luis estudiaba alemán, en 1959, y durante ese año especial y último de la formación jesuítica, que llamamos Tercera Probación, después de los estudios y de la ordenación sacerdotales. En un período de gran soledad, Luis reflexionó sobre los modos de vida de la Compañía de Jesús, sobre la formación de los jesuitas, sobre la obediencia de la orden y sobre nuevas formas de convivencia en ella. Lo fue platicando, con otros compañeros, durante el postgrado en Roma y por carta. El tema se comprendía poco. La respuesta que recibía era: la Compañía está bien como está, y punto. Pero recibía comunicaciones más profundas sobre experiencias de vida comunitaria, pobreza, obediencia y relaciones humanas en torno a la castidad.

El asunto cuajó en un escrito de Luis, en la Semana Santa de 1964, dirigido al Provincial, en el que le pedía permiso para fundar una comunidad pequeña y heterogénea. Fracaso. Carta a Roma. Respuesta institucional. Cambio de Provincial. Enrique Gutiérrez Martín del Campo, nuevo provincial, asumió el proyecto y lo llevó adelante, pero muchos jesuitas en México no lo comprendimos y lo criticamos. La nueva pequeña comunidad respondió. Con vicisitudes largas de contar, el proyecto se fue abriendo paso, hasta que se impuso, no sin conflictos y sin heridas.

No había mucha disposición al cambio —escribió Luis en 1977— ni a repensar los modos tradicionales de concebir y de hacer las cosas en un mundo de profundos cambios al que se quería responder y en que se quería ejercer el apostolado jesuítico en las formas y con las concepciones del pasado. La historia nos empujaba inevitablemente.

El siguiente conflicto fue la concepción y el modo de vivir el sacerdocio, no como una dignidad, ni como

un rango superior, ni exclusivamente como un ministro del culto, ni como un mediador entre Dios y los hombres, sacado del común de los hombres y escogido para ser el canal de comunicación de los hombres con Dios. Inevitablemente, un ser superior a los demás, revestido de autoridad y de poder, de poderes especiales como convertir el pan en cuerpo de Cristo y perdonar o no perdonar los pecados de los hombres desde la cumbre de Dios. La liturgia es el lugar privilegiado y plástico donde toma forma esta concepción del sacerdocio, donde el sacerdote se reviste de todos sus signos de autoridad y de poder. El sacerdote es el dueño del saber de salvación y de los criterios morales.

A Luis no le encajaba nada de todo esto. Llegó a pensar que su vocación no era de sacerdote sino sólo de profesor de teología. Pero en México no se podía ser profesor de teología sin ser sacerdote, por razones históricas y sociológicas. Aceptaba el sacerdocio como precio del magisterio de teología. El mismo dijo, en vísperas de su ordenación, que se ordenaba «porque es un mal menor». Su vocación era predicar el Evangelio desde la cátedra de teología. Pero esa era sólo la teorización de las cosas, como lo fue tantas veces durante los estudios. El correr de la vida y de la reflexión cambiaría o profundizaría muchas concepciones y muchas actuaciones. Cuando Luis se ordenó, su sentir de fondo era sacerdotal, porque sabía que el sacerdote era y debía ser un servidor del pueblo. Jesús lo había dicho: «Yo estoy entre ustedes como el que sirve». Esa es, o debería ser, la concepción y la función de toda autoridad y de todo sacerdocio: un servicio, y es lo que más adelante en su vida Luis viviría como superior: el servicio. Con el correr del tiempo y de otros estudios históricos y exegéticos sobre el sacerdocio y sobre Jesús, Luis reformularía también su sacerdocio, sintetizado en lo que Jesús le dijo a Pedro: «Confirma a tus hermanos en la fe». Y esa fue la gran pasión en la vida de Luis: confirmar en la fe a sus hermanos y estar entre ellos como el que sirve.

Con la reformulación del sacerdocio estaba necesariamente conectada la reformulación de la liturgia que, a su vez, implicaba el choque con la institución eclesial. Más en concreto, se trataba del modo de celebrar la misa en lo externo —cambio de rúbricas— y de la concepción de la misa y el papel del sacerdote en ella. Las rúbricas, por lo menos la mayoría, no eran esenciales y más bien constituían un estorbo para comprender y vivir el fondo. Un pan que no parece pan, unas vestimentas raras y anticuadas que son símbolo de casta y de poder, una serie de movimientos teatrales y sin sentido comprensible. Jesús hizo las cosas sencillamente, con el pan y el vi-

no que estaban en la mesa a la que estaban sentados, no en una mesa estilizada y solemnizada que no es mesa y que está lejos de los comensales convertidos en espectadores y ajenos a lo sagrado. El vino no podía ser el ordinario que bebemos todos, sino un vino de uva embotellado bajo vigilancia de delegados especiales del obispo. Tampoco se pueden usar un plato y una copa ordinarios, sino de oro o de plata, al estilo de los nobles medievales. Y si todo esto no se cumplía, se cometía sacrilegio. Imperaban en la ceremonia lo sagrado y el miedo a lo sagrado.

Por estos rumbos iban las reflexiones de Luis. Se tardó dos años en poner por obra lo que veía necesario. Dos años de platicar el asunto, de sembrar inquietudes, de recibir aliento, extrañeza y crítica. Finalmente, se hizo la primera misa, por el año 65 ó 66, con un grupo escogido y especialmente invitado, en la que se rompieron prácticamente todas las reglas litúrgicas. Siguieron otras con diversos grupos de jesuitas y de no jesuitas, siempre en distintas casas y con distintos grupos, para no crear una secta o una especie de antiiglesia. Alguien comentó en una de esas ceremonias: estamos limpiando la fe de todos los estorbos que se habían ido introduciendo a través de ritos y de observancias. Otras veces se juntaban la misa y una cena sencilla, porque se trataba de recordar la cena del Señor. En Cuernavaca, después de varias veces autorizadas y más o menos controladas por el obispo, Don Sergio Méndez Arceo autorizó a Luis de manera general a celebrar la misa de ese nuevo modo.

El conflicto vino con los superiores jesuitas de la casa de estudios de filosofía y teología, San Ángel, como le llamábamos, que más tarde se vendería y de convertiría en el ITAM. El escándalo, en muchos o varios de ellos, fue obvio. El caso llegó al Provincial, Enrique Gutiérrez Martín del Campo en ese momento, que apagó el fuego, pero le exigió a Luis que no lo hiciera sin permiso del obispo. Eso confinó las celebraciones «desacralizadas» a Cuernavaca, único lugar donde el obispo las permitía.

Luis no procedió en esto sin conocimiento de causa. Desde novicio tuvo interés por la liturgia. Desde filosofía fue maestro de ceremonias, cuando era hombre de la institución, y cumplía y hacía cumplir las rúbricas al pie de la letra. En teología estudió el tema más expresamente, sobre todo la obra de Rahner y, cuando regresó a México, en sus primeros años de enseñanza, fue profesor de liturgia. Sabía lo que estaba haciendo.

Pensaba —y escribía—: Sin la Iglesia, es imposible que se siga transmitiendo el seguimiento de Jesús. Diría, descriptivamente, que la Iglesia es una comunidad de seguidores de Jesús en continuidad histórica con el mismo Jesús histórico. Una fe operativa que es seguimiento de Jesús, un intento de darle a la propia historia el mismo sentido que tuvo la historia de Jesús; una comunidad que intenta darle a su vida el mismo sentido que tuvo el camino histórico de Jesús; una comunidad de seguidores, fruto de una tradición que, a pesar de que se haya podido contaminar y se haya contaminado a través de los siglos, ha podido conservar lo central: entregar a Jesús e impulsar a los hombres a su seguimiento. De ahí el criterio de fidelidad: congruencia con la historia de Jesús. Eso es lo eclesial en el sentido más puro. De otro modo, sería una falsa lealtad. Eso implica también fidelidad de la jerarquía al sentido que tuvo el caminar histórico de Jesús.

Por lo demás, es un hecho que los intereses de clase atraviesan a la Iglesia. En ella, personas y grupos, consciente o inconscientemente, tienen una opción de clase por los opresores y otros la tienen por los oprimidos. Nuestra lucha histórica respecto de la Iglesia, escribe Luis, es lograr que, en lo posible, toda ella en todas sus instancias hasta llegar a su estructura misma, esté en la opción por los oprimidos. ¿Cómo hacerlo? Cuestión de tácticas concretas, según tiempos, situaciones, coyunturas favorables o desfavorables.

Como profesor de teología y formador de los jesuitas, Luis tuvo conflictos con sus compañeros profesores porque no todos compartían sus puntos de vista, sus enfoques y sus planteamientos: sobre Revelación y Fe, Natural y Sobrenatural, Eclesiología, Sacerdocio, Liturgia, modos y contenidos de la formación de los jesuitas. Tampoco eran bien vistas sus actividades en Sacerdotes para el Pueblo y en el Centro de Estudios Euménicos. Finalmente, eliminaron a Luis de sus clases en el primer año de teología.

Luis colaboró también con la Universidad Iberoamericana, en el CIC, Centro de Integración Cultural, del que también tuvo que salir por sus diferencias de pensamiento con otros jesuitas y por la falta de apoyo institucional a sus propuestas. Pero ahí hubo algo más, y fue el desencuentro en los planteamientos sobre pastoral universitaria. Para otros, la pastoral consistía en promover la misa de los domingos, días de retiro y ejercicios espirituales de encierro, y en organizar alguna «misión» en alguna parte, que se haría colectivamente. Lo tradicional. Para Luis, la tarea era promover en todas y cada una de las carreras un seminario de reflexión teológica, para que

alumnos y profesores analizaran a fondo el sentido de su carrera, de sus estudios y de sus actividades futuras, desde el punto de vista del servicio a los demás, como expresión concreta de su fe. Su postura era clara: la UIA no estaba para prestar servicios religiosos a los alumnos, sino para diseñar la teología y las formas de vida y de expresión cristianas del futuro. Debían comenzar por preguntarse y responderse seriamente si la universidad en México, concretamente la UIA, eran o no era factor de cambio social. Luis diseñó un seminario para autoridades, profesores y alumnos con esa pregunta.

Entre tanto, empezó su línea de reflexión teológica con la Escuela de Diseño Industrial y Gráfico, porque era muy amigo de su director y obtuvo su apoyo. Se apuntó una treintena de alumnos para una reflexión teológica sobre su carrera, y unos tres profesores. Tres horas diarias de reflexión durante una semana, por grupos, con una intercomunicación entre los grupos. Las dos preguntas iniciales fueron: ¿Qué está sucediendo en el campo del diseño en México y en la UIA? ¿Cómo valoramos esto que está sucediendo? (¿Dónde, cuándo y cómo comenzó, tanto a nivel de acontecimientos como a nivel de pensamientos, de ideas o de ideologías?) Los alumnos que participaron se dieron cuenta de que estaban metidos en una preparación profesional sin saber bien a bien para qué ni si era importante para sus vidas. Luego venían las siguientes preguntas: ¿Qué nos está diciendo Dios con esto que está sucediendo? ¿Cuál es el sentido real de todas estas cosas que están sucediendo en el campo del diseño y que hemos valorado en y para la historia del pueblo mexicano o del pueblo en general? ¿Cuál es la congruencia de todo esto con lo que sabemos que Dios nos ha comunicado a través de su hijo Jesucristo y de toda la tradición que de ahí brota conservada principalmente por las iglesias? ¿Qué vamos a hacer ante todo eso?

La sacudida fue tal en los que participaron y en los que se enteraron por sus conversaciones, que a las dos semanas entró en huelga la Escuela de Diseño. Es decir, pararon actividades hasta que los profesores les aclararan exactamente cuál era el sentido de su carrera y su conexión con la estructura producti-

va de México. Y esa fue la gran decepción. El paro tuvo el sentido de exigir que su carrera se integrara eficazmente al actual sistema productivo mexicano, en vez de modificar su carrera y sus vidas para hacer un México mejor, porque su estructura socioeconómica no está hecha para eso, sino sólo para que estén mejor los que ya están bien, sin mejorar a los que están amolados, para que el gran comercio y la gran industria sigan boyantes. La huelga fue de derecha. Y la decepción de Luis fue de fondo. Después de varios intentos y vicisitudes, el proyecto murió con todo y una carta del rector a Luis: «Por comentarios de padres de familia, de algunos profesores y de alumnos, te pido que te dediques a la pastoral tradicional, como es promover las misas, organizar retiros y ejercicios y algunos cursos de preparación matrimonial. Mientras tanto, tú y los demás del equipo podrán ir diseñando los nuevos modos de pastoral del futuro?» Luis renunció a la lbero.

Hace años, ya fundada la revista Proceso, tuve una conversación con el P. Wifredo Guinea, compañero estricto de Luis, director de Buena Prensa —años más tarde secuestrado y muerto en su secuestro—

sobre los jesuitas que habían sido nuestros compañeros y contemporáneos. Hablando de Luis, Guinea se lamentaba: Con esa mente brillante y esa vida prometedora, ¿qué ha hecho Luis del Valle? Es un desperdicio.

Yo me preguntaba por la manera de ser de Luis, su compromiso, su originalidad, su compañerismo, su modo de ser superior, su tino para estar siempre allí y para retirarse a tiempo, su servicialidad, su fe, su amor inamovible pero crítico a la Iglesia y a la Compañía, su influencia decisiva durante tantos y tantos años, su papel y su huella en tantos cambios que se han ido dando desde finales de los años cincuenta y, sobre todo, a partir de los sesentas y del Concilio; sus 39 años de profesor de teología, sus escritos, su labor en el Centro de Re-

flexión Teológica, su impacto no sólo mexicano sino latinoamericano, el haber sido formador de tantas generaciones de jesuitas, a las que confirmó en fe. Y no sólo a los jesuitas jóvenes sino a muchos otros, entre los que estuvo siempre como el que sirve. Esta es, a muy grandes rasgos, la historia de Luis del Valle. ☐



bre y existir como tal y de responderla desde lo que Dios nos ha revelado. Es como dice Luis una «interpretación refleja del ser y existir humanos a partir de lo que sabemos por revelación de Dios».

Interpretación en un proyecto transformador. Al «interpretar» no asumimos la actitud simplemente contemplativa; no es sólo el esfuerzo de comprender. Buscamos una transformación. Pretendemos que el hombre sea (camine hacia, se transforme, se vaya haciendo) lo que ya es: participante del mismo ser de Dios; viviente por la misma vida de Dios; hijo de Dios y por tanto hermano de los demás.

Su Antropología es Teológica. Porque es una ciencia normada por la revelación de Dios. Nos plantamos ante el hombre tal como ha sido revelado por Dios. Revelado no por palabras que hayamos escuchado directamente de Él. Revelado en la experiencia de fe vivida por otros, y por nosotros; y reflexionada. Reflexiones de otros que han pasado a ser teología fundante.

Aunque sigue de cerca a José Luis González Faus en su «Humanidad Nueva» con sus planteamientos a la luz de San Ireneo, Luis del Valle le da a su antropología acentos muy particulares como son: el que partiendo de la experiencia fundante del Éxodo de Egipto y el establecimiento en la tierra prometida, experiencia que se reflexiona y escribe en el Pentateuco, nos presenta una visión del hombre, partiendo de los once primeros capítulos del Génesis, que pasa a ser patrimonio cultural-religioso del pueblo. Un hombre que es reflejo, imagen de Dios, que es hecho en igualdad, con una tarea de «nombrar» lo creado, para compartirlo con los demás y no abusar, buscando que la creación sea «descanso» a sus pies. Un hombre que como producto de su libertad, corre el riesgo de quedarse ensimismado en el centro y convertirse en señor del «bien y del mal» para en un proceso progresivo ir «empecatando» su persona y la historia, donde Dios no dejará de poner mediaciones para tratar de revertir ese proceso.

También a partir del acontecimiento salvífico del Reino de Dios en Jesús de Nazaret, examinando la carta a los Romanos, Luis invita a reflexionar sobre la muerte y resurrección de Jesús en su carácter escatológico-salvífico vivido por las comunidades paulinas. Donde nos rescata las opciones del hombre entre vivir lo humano a lo «adamítico», es decir desde un horizonte limitado, o «cristicamente», abierto a horizontes de humanización sin límites, al construir la humanidad nueva al estilo de Jesucristo y su proyecto.

Su antropología se desarrolla a partir de cuatro ejes:

1. El hombre como creatura, la creación como Alianza

Luis insiste en que la creación vive un proceso evolutivo, que este se continúa y tiene su finalidad en la Alianza, para comunicar su bondad. Por tanto, hay una afinidad entre creación e historia, sin una necesaria identificación.

En la experiencia de fe formulada por el Antiguo Testamento, la creación no es prioritaria, se llega a ella a partir de la Alianza. De conocer a Yahvé como liberador, se pasa a reconocerlo como Creador, la creación se relaciona prioritariamente con la historia (es la plenitud de la Alianza), más que con la naturaleza (origen). De esta concepción se derivan varias actitudes:

- a) Cuando hablamos de «Creación desde la nada» hay que precisar: pues Dios no es parte del mundo o se identifica con él. Hay que superar el panteísmo y dar lugar al panenteísmo, donde no todo es Dios, pero todo está en Dios, y más precisamente todo está en Dios en movimiento hacia Él. La creación está relacionada con Dios y Dios con la creación, sin que esto merme la perfección de Dios.
- b) También consecuencia de tomar como punto de partida la creación como Alianza implica que si Dios es salvador, por lo tanto el hombre es «suyo». Si Dios es salvador, por lo tanto el hombre «no es Dios» (puede recibir salvación). El hombre al ser creado «inacabado» ha recibido la gracia de ser libre-independiente para que sea dueño de sí mismo y pueda caminar hacia su «auto-superación». Esta gracia le viene por ser creado, se es hombre por ser creatura. Su dependencia es de libertad y comunión, no de sometimiento. Así pues, el hombre puede agradecer su libertad-independencia.
- c) En la creación desde la alianza, el hombre es una creatura privilegiada, lo cual tiene en consecuencia:
 - «Dominar la tierra» siendo más preciso decir «poner sus pies sobre la tierra»; que no es un sometimiento explotador del cosmos, sino responsabilidad de humanizar la tierra y responsabilidad de hacer comunión con la creación (limitando la producción y el enriquecimiento). El hombre creado es creador, pero ni es dios ni la creación es «suya». Se trata de potenciar la creatividad.
 - El privilegio del hombre en la creación es tal en el sentido de que es privilegio de todos los hombres. La dignidad humana es lo que da uni-

dad al género humano, de ahí que la fraternidad humana es intrínseca al hombre como creatura. Así si Dios opta por los pobres, es que lucha contra las diferencias, que rompen el plan creador de Dios (la fraternidad e igualdad).

La intervención de Dios no acaba al crear al hombre, sino que continúa en la gracia, que orienta al hombre en su proyecto. En esto el modelo es Jesús. Le sigue presentando su proyecto, que el hombre en la libertad acoge. Dios al crear tiene una utopía, el proyecto lo va haciendo el hombre. Por la libertad podemos seguir o no la utopía, pero la fuerza de la utopía está dentro. Lo que mantiene la esperanza es la fuerza que está dentro del hombre.

2. El hombre como participante de la vida de Dios

Teniendo en cuenta que el hombre es un ser creado, finito; destinado a una plenitud increada, infinita y superior a él, y que este destino le marca con un modo de ser trascendente: imagen de Dios. El hombre no es meramente una fuerza, sino también un clamor; no es movimiento, sino también desesperación. Porque ser hombre no es un descanso, sino un camino; y no siquiera un camino llano, de avance, sino de ascenso.

Si el hombre ha sido agraciado con un destino divino, ese destino no sólo le hará distinto el día que lo consiga, sino que lo hace distinto ya ahora, en su experiencia actual de sí mismo. Ese destino es tal aunque no este en la definición de creatura racional, y porque no pertenece a la definición abstracta de la naturaleza humana, lo llama existencia sobrenatural.

Esta existencia sobrenatural, es la imagen de Dios (hablando bíblicamente). Cuando el hombre ha sido marcado con la imagen divina, entonces la auto-comunicación de Dios le es necesaria, porque responde a una exigencia implícita en él. Pero cuando Dios crea al hombre, no está obligado a darle ese dinamismo del existencial sobrenatural. Este es un regalo absolutamente indebido de Dios al hombre, aunque a veces no se experimente como don, sino como carga. Es un don de Dios mismo al hombre, y puede decidir si asume este regalo de Dios y hace de El un interés suyo.

La imagen de Dios es una buena semilla, que supondrá una buena tierra, esto supone una excepcional capacidad receptiva de Plenitud en el ser humano, en cuanto creatura racional, amorosa y libre.



3. El hombre como frustrador de esa vida o el hombre como pecador

Aquí es donde se suscitaban las mayores interrogantes, pues nuestra mentalidad post-tridentina de cristiandad está muy afianzada en esquemas pecadócentricos. Eran momentos donde seguíamos a Luis haciendo evangelio la realidad de pecado del hombre.

Para la literatura bíblica el mayor pecador era aquel que ni siquiera tiene conciencia de su pecado, por lo tanto necesita ser desenmascarado. Este, por necesitar ser desenmascarado es materia de revelación. Sin embargo, el clásico discurso moralista dice que para cometer pecados, es necesaria la plena conciencia de lo que se hace. Este intento de racionalidad veíamos que tiene sus límites de validez.

a) La ceguera como dimensión del pecado

Hay dos rasgos del modo de ser del hombre que entristecen a Jesús: el endurecimiento de corazón y la hipocresía. El hipócrita es el farsante que engaña a los demás y acaba por engañarse a sí mismo. La dureza de corazón es el corazón impermeable a las razones de la misericordia y de la humanidad. Es pro-

pio del pecado una cierta inconsciencia sobre él, pero eso no significa una falta de responsabilidad: se trata de que la responsabilidad humana, a veces, puede llegar incluso a la eliminación de la conciencia en provecho propio.

Partiendo de que el hombre es un ser finito, pero además, un ser consciente de su finitud. El reconocer el pecado indica que algo de nosotros está todavía fuera de ese pecado, éste no se ha posesionado totalmente de nosotros. Mientras que la total identificación con el mal es la que ya no permite ponerle nombre al mal, esta identificación es lo que hace al hombre más malo.

b) Desenmascaramiento paulino del pecado

Partiendo de la carta a los Romanos, nos presenta dos pecados: el del pagano y el del fariseo. Ambas tienen una visión con contenido teológico y antropológico.

- El pecado pagano consiste en un falseamiento de la verdad; en cuanto a obras y conocimiento, la contraposición más profunda es entre un conocimiento, latente y un pensamiento expreso, esta contraposición es la que se califica de mentira. Sus consecuencias: de una acción se sigue otra. Establecida la lógica de la particularidad, ella va a seguir funcionando. La verdad de Dios (verdad de lo real) queda sustituida por la mentira: la absolutización del propio deseo, su consecuencia: la divinización de la creatura. El pecado del pagano: la mentira que justifica lo que él sabe no justificable; la falsificación de lo humano. Ya no es Dios, no es la realidad de Dios, la que dicta el bien y el mal, sino que es el propio yo, el propio deseo. Se pasa de la egolatría a la idolatría, al convertir en dios el deseo, el pagano queda totalmente dependiente de éste.
- El pecado fariseo va más allá del hacer lo mismo que lo que ha juzgado de otros. La raíz está en menospreciar la riqueza de benignidad y de paciencia de Dios, un corazón duro e incapaz de cambiar, presunción de ser guía de ciegos. Estas tres actitudes pueden llamarlas resentimiento o endurecimiento. Este resentimiento significa: lo que él ha dejado de hacer, pero que está como ídolo en su corazón, al no haberlo hecho, le da el derecho de ser «recompensado» juzgando al pagano, por eso el fariseo juzga. Se pone en el lugar de Dios, y con su juicio se auto-afirma. Pasa de la inconfesada idolatría hasta la auto divinización.

Los dos casos anteriores son pecados que necesitan ser desenmascarados para ser reconocidos, éste es percibido, y su mecanismo es el de la propia impo-

tencia-división, o debilidad humana. Es el pecado que el hombre sinceramente reprueba.

El lenguaje del pecado. Siendo la cultura de cristiandad tan pecado-céntrica, es necesario analizar el lenguaje del pecado, su validez o insuficiencia:

Lenguaje de la mancha. Con esta concepción de pecado, la salida tiene dos puertas falsas: o a desparecer por la costumbre, o a desplazarse mágicamente hacia lo ritual. El hombre es manchado por cosas ajenas a él, lo cual purifica por ritos exteriores a él. Para evitarlo tiene que ir de lo físico a lo ético. Lo que contamina viene de dentro no de fuera. El lenguaje de la mancha puede servir para sugerir la experiencia del pecado, pero no sirve para definirla.

La trasgresión. El pecado puede describirse con este lenguaje, pero no definirse. La trasgresión está vinculada con la experiencia del deber, éste lo expresa como ley, de ahí el deber puede expresarse como ley de Dios. Pero con esta concepción, el pecado se desvincula del interior y del ser mismo de la persona. Corre el riesgo de pasarse al campo jurídico, quedando la noción de pecado rebajada a la relación legal. De ahí el precepto evangélico de que la única ley del hombre es el amor.

El desvío o el «mal camino». El pecado viene del termino hebreo fallar-desviarse. En el caso del hombre, que es proyecto y meta de sí mismo, fallar es perderse a sí mismo: ésta es una primera y profunda intuición de lo que es el pecado. De lo anterior se desprende que se peca contra alguien, es decir, no responder a las expectativas justas de ese alguien. Dado que el termino hace referencia a Dios, pecar contra Dios es no responder al proyecto de Dios sobre el hombre (hijo y hermano), y en este sentido, frustrarse a sí mismo. El pecado es la frustración de sí mismo; pero una frustración que acontece ante Dios. Es el desvío del propio, hacia metas inexistentes y ajenas a la meta que el hombre tiene frente a sí y en la que Dios mismo le espera. Si el pecado es la frustración progresiva del ser humano y el daño del hombre empobrecido por éste mismo, entonces el verdadero castigo del pecado es el pecado mismo. El daño del hombre acontece ante Dios, así el hombre se frustra primariamente ante las expectativas de Dios sobre él, y por eso se frustra también totalmente, aunque más a la larga, ante su propia verdad.

Lenguaje de la ofensa a Dios. Desde esta concepción el pecado adquiere el carácter teológico. Resi-túa al pecado en el campo de la relación interpersonal, en la relación de la Alianza, donde Alianza es donación y llamada de Dios, mismas contenidas en la imagen y semejanza del hombre. El pecado es

ofensa de Dios no por ofensa al amo, sino por ofensa al amor. Cuando ha aparecido el Amor de Dios al hombre, Dios se torna accesible y vulnerable por la acción del hombre. La ofensa de Dios es el daño del hombre, pero no sólo de él, sino que como hay alguien más, a quien el hombre le importa mucho, también es ofensa a Dios. El amor necesita creerse, por eso del pecado se habla en el contexto de fe; lo que en definitiva hace el hombre cuanto peca, es dejar de creer, dejar de fiarse de Dios. El pecado, por consiguiente, como frustración del hombre y como ofensa de Dios, es siempre una ruptura de la filiación de la fraternidad.

El pecado original

El pecado ahí está, lo original está de más, tal vez para no perder conciencia, al menos intelectual, de que somos pecadores. No es pretender explicar el origen, sino en combatirlo, pues a fin de cuentas el pecado está en la raíz del hombre. Hay un vínculo muy profundo entre pecado original y pecado estructural. Decir que el hombre es pecador, no significa que en la esencia del hombre sea pecador. No es de esencia sino de naturaleza.

La inclinación positiva al pecado, al mal, es lo que denomina que el hombre es pecador. Aquí Luis nos insistía en no mitificar a Jesús, el también nació en cierta forma en pecado por la estructura social en la que nació. En este sentido es más modelo de seguimiento para nosotros.



El bautismo entonces necesita ser re-entendido no como lo que nos quita el pecado original, sino que nos sitúa en una situación estructural de gracia, pero a la vez de pecado, y que los que nos presentan a la comunidad se comprometen a luchar por romper esas estructuras originantes por las que entramos en la historia.

4. El hombre como justificado y «agraciado» por Dios

Para la experiencia de la gracia es necesario considerar dos vías: ética y mística. La primera percibe más la fuerza y las posibilidades que aporta el don de Dios; la segunda percibe más el aspecto de juego y de transformación. La primera sitúa toda la vida humana en el horizonte profético de la justicia y de la fraternidad; la segunda sitúa toda la vida humana en el horizonte agradecido de la gratuidad y de la filiación.

La gracia tiene lugar a través de una sencilla recuperación de la autonomía de los elementos humanos. No destruye la naturaleza, pero tampoco coincide con ella. Los medios de manifestación son, por así decir, prestados, y este mismo detalle se repite en otros testigos de la experiencia de la gracia: ésta no se crea de la nada sus medios de expresión, sino que informa o se incultura en los que suministra el medio ambiente (la psicología personal, o la piedad social, o la misma cultura profana), aunque poco a poco pueda ir configurándose o adaptándose o purificando esas mediaciones. La experiencia de la gracia no da información sobre Dios: coexiste discretamente con la plena razón que dan de sí los diversos sucesos en su entramado histórico, social o psicológico.

La experiencia de la gracia no puede ser referida como la vivencia de sucesos maravillosos o extraordinarios, sino más bien como la inferencia de una presencia discreta, imperceptible puntualmente, pero que se impone a la hora de una mirada global.

Luis insistía mucho al analizar la gracia y el pecado, que ambos coexisten en la humanidad haciendo que se estructuren en gracia y pecado a la vez, donde el límite entre lo personal y estructural no está definido.

De esta manera un tanto al vuelo, y no completa, tratando de recuperar lo que después de algunos años nos ha dejado el hacer comunidad académica con Luis del Valle podemos concluir que su Antropología Teológica nos presenta una visión unitaria del hombre, y con una salvación de Dios para todos los hombres, que redundando en una sola historia de salvación. El orden de la creación y el de la salvación son una misma cosa, que considera las mediaciones históricas. Sin embargo puede haber una historia de pecado, y una historia de salvación, que es una misma historia. ☐

Eclesiología en clave de fidelidad crítica

Raúl Cervera
Teólogo del CRT

SOMOS DE LA IGLESIA. EN LA IGLESIA VIVIMOS. ELLE NOS ENSEÑÓ Y ENSEÑA A SEGUIR A JESÚS. ES NUESTRA MADRE. LA QUEREMOS SIN MANCHA NI ARRUGA (L. del Valle).

En la reflexión eclesiológica que Luis nos ha venido brindando encontramos tres momentos con un perfil más delineado, enmarcados a su vez en tres tramos de la marcha de la Iglesia.

1. La primavera conciliar y latinoamericana, o la era de los profetas y los mártires

1.1. Contexto

Estamos en los momentos inmediatamente posteriores al Concilio (1962-1965). Una de las dinámicas y logros, por los que éste pasará a la historia, fue la irrupción de la realidad más amplia en la vida de la iglesia, hasta entonces enconchada en una existencia poco menos que ficticia. Tuvo, entonces, que enfrentar el hecho de que la humanidad no se había quedado aparcada en el medioevo. Así, muy a pesar de algunos sectores, el catolicismo registra entonces los avances de la modernidad y acepta entrar en diálogo. Ello, en conexión con otros procesos centrales desatados en el recinto conciliar, permite un reverdecimiento inusitado de la vida eclesial.

Este impulso pneumático fecunda también la asamblea episcopal de Medellín (1968) y, a su vez, los pobres irrumpen gozosamente, como destinatarios preferenciales en la —hasta entonces— relativamente tranquila existencia de las comunidades latinoamericanas.

En este contexto, la teología abre también sus fronteras al proceso histórico. En México, algunos teólogos manifiestan acuse de recibo de acontecimientos tales como el triunfo de la revolución cubana (1959), y la brutalmente sofocada movilización del estudiantado capitalino —y mundial—, deseoso de readecuar democráticamente las seniles estructuras estatales (1968). El I Congreso Nacional de Teología, Teología y desarrollo (México D.F., 1969), abre la reflexión creyente a estas realidades e, inopinadamente, termina por ser un manifiesto de la naciente teología de la liberación.

Por ese mismo tiempo, un número significativo de sacerdotes decide acuerparse como «movimiento», para analizar permanentemente la realidad global del País y denunciar las arbitrariedades, luchando en pro de la liberación del oprimido. Pretenden participar en proyectos de base al lado del pueblo, y apoyar los esfuerzos en la construcción de una nueva sociedad socialista. Son los «Sacerdotes para el Pueblo». Se confiesan dispuestos a afrontar dialéctica y fraternamente al interior de la Iglesia las oposiciones provenientes de opciones políticas diversas, y no hurtar el bulto al conflicto inherente a los procesos históricos y eclesiales. Promueven reuniones regionales y nacionales desde 1969 hasta ???.

Luis participa asiduamente en estos esfuerzos. Descubre que la irrupción de la realidad en la teología impacta necesariamente el método de esta disciplina. Por ello propone, junto con otros, la necesidad de «leer al interior de los acontecimientos» para descubrir, a través de los mismos, en qué dirección apunta el proyecto de salvación¹.

Este tema constituye el debate central del Encuentro Latinoamericano de Teología realizado en la Ciudad de México en torno al método teológico, y que reúne a muchos teólogos del Subcontinente. Una de las convicciones compartidas a la sazón por Luis con muchos colegas concibe una de las funciones centrales de la teología como la «relectura evangélica de la política y como la relectura política del evangelio». A tono con ello, la reflexión creyente debe manejarse como una ciencia inductiva y, por lo mismo, progresiva y provisional en su itinerario al conocimiento y, sobre todo, a la conversión. Aquí se legitima también la necesidad de un instrumental científico que otorgue consistencia y profundidad al acercamiento a la realidad².

1 Hechos significativos y significatividad de los hechos, en Sociedad Teológica Mexicana, Memoria del Primer Congreso Nacional de Teología: «Fe y Desarrollo», Vol. 2, México 1970, 19-25; Guía metodológica para la reflexión, ibídem, 51-56.

2 Una mirada retrospectiva al encuentro latinoamericano de teología: *Christus* 40/479 (1975) 54-56; Hacia una perspectiva teológica a partir de acontecimientos, en E. Dussel et alii, Liberación y cautiverio. Debates en torno al método

En correspondencia con la irrupción de la realidad en la Iglesia, la Iglesia irrumpe ahora también en su realidad propia. La reflexión teológica no quiere ya barajar únicamente términos consagrados que pretenden conceptualizar la vida de la comunidad, sino acercarse a la realidad misma de ésta. A partir de este esfuerzo Luis constata una división al interior de la Iglesia. En una sociedad escindida por intereses antagónicos, el catolicismo ha optado por las capas dirigentes como su beneficiario preferente. Adopta el lenguaje y los símbolos de éstas, y sirve a sus objetivos.

Por ello la unidad —una de las «notas» centrales de la comunidad de Jesucristo— no es más que una meta. Ciertamente es posible y deseable un proceso de diálogo, pero no en cualquier formato —se descarta una actitud irenista en el contexto de un pluralismo interesado—, sino de tal manera que se asuma con honradez la necesidad de una confrontación de los diferentes puntos de vista. Serán los frutos que se produzcan a partir de las diversas opciones políticas lo que, en definitiva, determine cuál de ellas ha sido la que más expresa la esencia del evangelio. Entretanto, una convicción profunda es que sólo entre quienes luchan por una superación del conflicto social desde la perspectiva de los pobres —tarea inexcusablemente política— podrá brotar un lenguaje y una simbólica que expresen fielmente la universalidad y unidad de la Iglesia de Jesucristo. En esta matriz se irá gestando la nueva eclesiología.

Como consecuencia de lo anterior se produce otro hallazgo: hoy por hoy y como colectivo —hay casos particulares que presentan variantes fundamentales—, quienes tienen cargos de autoridad en la Iglesia, sociológicamente hablando, representan los intereses de los grupos hegemónicos. Pero aun así, se mantiene la convicción creyente de que la jerarquía es depositaria de un carisma propio en el plexo de la vida comunitaria. Todo ello augura una relación con los medios teológicos que, entre otras cosas, se presentará con agudas aristas, que habrá que asumir de frente y con realismo³.

latinoamericano de teología, México 1976, 103-127.

3 *Ibidem*, 114-117; *Una mirada retrospectiva?*, op. cit., 55-56, 59, 60.



La eclesialidad de la teología de la liberación no se reduce al respeto o, tristemente, el servilismo ante las directrices del magisterio, sino adquiere armónicos más amplios. Se trata de un verdadero movimiento eclesial. Como lo manifiesta la misma trayectoria profesional de Luis, la reflexión creyente no se enconcha en un debate endógeno intra-académico —por ello, en demasiadas ocasiones tan sofisticado cuanto banal—, sino que se encuentra presente y se produce entre los agentes de pastoral, los laicos comprometidos, en los movimientos obreros, de marginados urbanos, etc. (55)

Pero la realidad no sólo irrumpe en los cuadros dirigentes y académicos eclesiásticos. Son momentos en que jóvenes cristianos se plantean la necesidad de sumarse a los movimientos y organizaciones —algunos, incluso, a la guerrilla rural y urbana— que, como la lucha estudiantil, se proponían una transformación más de fondo que de formas en los esquemas de convivencia de la hasta entonces fragmentada y enfrentada sociedad mexicana.

1.2. La reflexión eclesiológica

En este contexto de eventos históricos más amplios y acontecimientos eclesiales y teológicos, Luis publica otros trabajos cuyo tema central lo constituyen diversos aspectos de la vida eclesial, imprescindibles para la construcción de la entonces naciente eclesiología de la liberación.



A. Fe y compromiso socio-político⁴

El primero brota, precisamente, de la involucración de nuestro autor en los citados ambientes de jóvenes en búsqueda. La novedad histórica es que la fe cristiana, asumida ahora con mayor explicitación, funciona como disparador de un compromiso con la transformación radical de las fórmulas de convivencia económicas, sociales y políticas. Sin embargo, se van repitiendo los casos en que, en estos andares, los militantes desembocan en la pérdida del referente cristiano.

Esto hace pensar a Luis. Constata que en otros casos la fe funciona, sí, como motivación de un compromiso político, pero no se produce la otra citada consecuencia. Descubre que hay ocasiones en que, cuando esto sucede, puede existir un fallo en la articulación entre el plano de la fe y el de las realidades temporales. Se escamotea la autonomía de lo creado. Las verdades reveladas son las que, en definitiva, otorgan consistencia y validez a las certezas humanas. Aún no se ha tomado en serio a éstas.

Los militantes radicales, por su parte, al desechar esa indebida intromisión, pierden de vista que puede haber una articulación fecunda entre vida cristiana y compromiso temporal, cuya necesaria flexibilidad queda asegurada cuando se conceptúa éste como una expresión de aquella.

Junto con ello analiza también Luis qué sucede en estos casos en la relación con la Iglesia «institución». En los casos de pérdida del interés por la experiencia cristiana puede llegarse también a un estado de marginación por parte de aquella. Por el contrario, a una correcta articulación con la militancia sociopolítica correspondería una actitud de «fidelidad crítica» a la institución eclesial.

B. La Iglesia y el poder⁵

La relación de los teólogos de la liberación con la jerarquía eclesial comprendió, tanto momentos satisfactorios —como el mismo Luis lo atestiguará en algunos escritos posteriores—, cuanto otros bastante ingratos. Al inicio de su ministerio teológico tuvo que constatar la desautorización formulada por la Comisión episcopal para la Doctrina de la Fe contra la teología de la liberación, a propósito de su presentación en sociedad en el ya citado Primer Congreso Nacional de Teología, así como la distancia asumida por los obispos mexicanos en su Declaración correspondiente⁶. Por ello Luis hablaba en esos momentos de una relación de «tensión» —en el senti-

do constructivo del término. Descubrir las raíces de tales avatares y de otros no tan directamente relacionados con la labor teológica fue una tarea imprescindible en ese momento —ni duda cabe de que continúa siéndolo.

A ello dedicó un texto en el que analiza las relaciones de la Iglesia con el poder. Esta, como realidad histórica, se encuentra sumergida en la presente configuración histórica del poder, y ello de una manera muy determinada, pues

existe en el sistema social que vivimos una estructura por la que todo lo que se produce de cualquier manera que sea, es en beneficio de la(s) clase(s) dominante(s).

Desde aquí, Luis emprende una profunda disección —«el que no arriesga, no gana»— de esos condicionamientos. Lo cual no le impidió mantener y profundizar la certeza fundamental de la fe. Al contrario:

Desde esta Iglesia, la más congruente con todo lo que soy yo y mi circunstancia, creo y espero que está siendo, al menos parcial pero verdaderamente, una respuesta histórica adecuada a la experiencia histórica que es Jesús.

Esto implica que la comunidad cristiana no es el referente normativo del cristiano. Sólo Jesús puede serlo. Lo que puede ser vinculante, como está dicho, es la relación que las diversas denominaciones establecen con quien es el origen y consumidor de la fe, la posibilidad de representar una traducción histórica viable de su mensaje. La comunidad cumple, en este caso, el papel imprescindible de vehicular, a través de los siglos, dicho punto de partida.

La Iglesia tiene poder, en primera instancia, en cuanto que «pro-duce» una serie de bienes demandados por un número considerable de personas, y en cuanto que los pro-duce y distribuye de una manera determinada. Pero detenta también un poder agregado que es el que le confieren otras instituciones o colectivos a causa de ese poder propio.

Sabemos que el Bien del que la Iglesia es mensajera es, a ojos vistas ??? inmanipulable. Incluso constituye una crítica de toda relación inequitativa. Ello significa que en él mismo se encuentra el criterio evangélico de la existencia y el uso del poder. Otra cosa es la forma como la Iglesia lo maneja. Aquí es donde, históricamente, han ocurrido diversas formas de adulteración. Una de sus formas paradigmáticas la constituyen las imágenes falsas de Dios —el todopoderoso, el dios del culto, el de la moral interior.

⁴ El compromiso socio-político ¿mata la fe?, en *El cristiano comprometido ¿pierde la fe?*, Bilbao 1978, 13-30.

⁵ Iglesia y poder: *Christus* 41/492 (nov. 1976) 39-45.

⁶ Una mirada retrospectiva?, *op. cit.*, 60-61; Hacia una prospectiva teológica?, *op. cit.*, 110-111.



Pero también la manera como produce y distribuye la herencia que ha recibido es fuente de poder para la Iglesia, pues se estructura de manera bipolar: unos mantienen el control sobre ese bien necesario, mientras que otros se encuentran privados de él.

Sobre esta estructura, así como sobre el mencionado poder agregado pende permanentemente, como ya se ha dicho, la pregunta de si representan coherentemente la fraternidad promovida por el evangelio.

C. El ministerio y los ministerios⁷

Ya en los pródomos de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericana, en el contexto de una obra colectiva, presentada como aportación previa a esa asamblea, Luis publica un trabajo cuyo eje lo constituye el ministerio eclesial. De entrada distingue entre el ministerio —la acción de proclamación de la Palabra—, y los múltiples ministerios concretos, a través de los cuales se realiza el primero.

Después de desarrollar las resonancias evangélicas del servicio de Jesús, volcado a la implantación de la fraternidad entre los seres humanos, y a la lucha contra todas las barreras que los separan, se ocupa de la diversidad de ministerios.

En las primeras comunidades florece, por la creatividad del Espíritu, una gran multiplicidad de servicios, cuyo común denominador lo constituye el ministerio por antonomasia. La inevitable institucionalización de algunas funciones las orienta, necesariamente, en la dirección de la autoabsolutización y del servilismo ante el sistema social vigente. Los ministerios de-

sinstitucionalizados, por su parte, corren sus propios riesgos. De ahí la necesidad impostergable del diálogo y la crítica entre unos y otros.

La diversidad de ministerios concretos se encuadra en tres dimensiones básicas: el profetismo, la santificación y la conducción. Cada una presenta diversas implicaciones teológicas y pastorales que Luis desarrolla atinadamente.

El ministerio de enseñanza es compartido por toda la Iglesia y, en concreto por diversos agentes, entre los cuales se encuentra, en un lugar central, la vida del pueblo cristiano. En relación con el magisterio oficial funcionan no sólo como apoyo, sino como avanzadilla e instancia crítica, de lo cual nadie tiene por qué escandalizarse. Sobre todo si se tiene presente que el don de la infalibilidad, antes que ejercicio del magisterio, es prerrogativa de toda la Iglesia. En determinadas eventualidades ésta lo activa en forma extraordinaria por medio de aquél. Designar la labor evangelizadora de otras instancias con el mote de «magisterio paralelo» es una tentación característica de los niveles jerárquicos que se hace posible porque, en estos casos, confunden su autoridad propia —innegable— con la de Dios mismo.

Otra tentación que acecha constantemente a la autoridad es la del poder, esto es, pensar que sus actos de servicio se encuentran siempre y necesariamente al servicio desinteresado de los demás. Puesto que la Iglesia, a la larga y en su tarea global es indefectible, se puede confundir el don escatológico con el hacer cotidiano, el deber ser con el ser.

Los ministerios, en su amplia diversidad, deben apoyarse, coordinarse y evaluarse unos a otros, pues, en definitiva, se encuentran sujetos al juicio de to-

⁷ *Ministerio y ministerios*, en V.A., *Cruz y Resurrección. Presencia y anuncio de una nueva Iglesia*, México 1978, 204-226.

dos los cristianos bajo el criterio evangélico de los frutos rendidos.

La creatividad cristiana, impulsada por el Espíritu, deberá suscitar nuevos ministerios y nuevas estructuras de los mismos, conforme los requerimientos de los procesos históricos. Las nacientes comunidades, que aparecen entre los empobrecidos, están exigiendo y generando novedosas funciones y servicios.

Elementos de evaluación

Junto con las múltiples vetas eclesiológicas que descubre, una de las aportaciones decisivas de este esfuerzo reflexivo se encuentra, a nuestro juicio, en el correctivo radical que ofrece a las malogradas formas de articulación entre la fe cristiana y el compromiso sociopolítico, anteriormente expuestas.

Dichos reduccionismos se encuentran relacionados en cierto modo, o bien con el hecho de que la Iglesia institución se ha considerado a sí misma como el centro y la meta de toda dinámica histórica, o bien con una sacralización de los afanes seculares por construir un mundo nuevo. Pero si consideramos que la comunidad de Jesucristo no existe más que en razón del servicio que puede prestar a las sociedades —el ministerio—, las anteriores actitudes demuestran su inconsistencia radical. La primera, por razones obvias. La segunda, porque, en muchos casos, lo que conduce a la desertión a los militantes radicales cristianos es, precisamente, toparse en muchos momentos con una Iglesia institución atrapada en la autocomplacencia y la manipulación interesada de los ámbitos seculares. Y sobre todo, constatar estas tendencias patógenas introyectadas en sí mismos y en flagrante contradicción con las nuevas maneras de experimentar la fe cristiana a las que los lanza su militancia política radical.

Por lo que toca a la recepción de la obra por parte de su destinatario primigenio, tenemos que admitir que el documento de Puebla abrió el espacio eclesial a la irrupción, ya en marcha, de múltiples y diversos ministerios. (680; 804-805; 811-817). Sin embargo no consintió en cuanto a la necesidad de participación de todos los cristianos en la evaluación de los mismos. El discernimiento de los carismas corresponde a los obispos, aclara (688). Igualmente recuerda el cuestionado tópico de los magisterios paralelos cuando dirige su atención a las CEB's (262).

D. La Iglesia popular⁸

La irrupción de los pobres —los económicamente empobrecidos y socialmente excluidos— en el ámbito eclesial y la correspondiente respuesta, formulada acertadamente como la opción por su suerte y su vida, planteó un interrogante acerca del valor eclesiológico de esas multitudes acorraladas en la base de la pirámide social. Luis acomete la tarea en un trabajo realizado por estas mismas fechas.

La Iglesia, comienza diciendo, es «la comunidad de seguidores de Jesús, en continuidad histórica con él». Esto último implica, entre otras cosas, que su memoria nos es entregada históricamente, a través de las sucesivas comunidades de seguidores de su vida y misión.

A partir de esta certeza, continúa la dilucidación de tres expresiones creativamente excogitadas por esos años, y devenidas motivo de polémica intraeclesial: Iglesia que nace del pueblo; Iglesia popular; lo popular en la Iglesia.



La primera ha podido brotar para contrarrestar un excesivo énfasis en la función del predicador. La Iglesia no brota sólo de esa meritoria labor. Lo hace también del pueblo que asiente con su vida al mensaje. La transmisión del evangelio es obra del Espíritu. Y, en todo caso, el predicador es la misma Iglesia. Esta nace, pues, de la Iglesia misma y del pueblo.

Ahora bien, a través de los siglos —casta meretrix al fin— la Iglesia ha ejercido una labor profética frente a los poderes opresivos, pero ha sido seducida también por sus encantos.

⁸ La Iglesia es un pueblo comprometido con Jesús, en *El cristiano comprometido ¿pierde la fe?*, Bilbao 1978, 63-78.

Se organiza (entonces) como una sociedad de desiguales, utiliza el poder del dinero y la diplomacia, entra en componendas para sobrevivir en sus intereses creados que en mucho son la búsqueda de su gloria y poder y no del poder de Dios que es el amor. Juzga muchas veces a los hombres sin oírlos. Impone cargas a la conciencia de los cristianos por motivos políticos del rejuego de poderes de las naciones: Justifica de hecho el engaño y los secretos para gobernar y dominar. Bendice ejércitos. Y así tiene otras acciones y doctrinas que son las de quien apoya a un sistema de dominación sobre grandes masas de hombres.



Este es el detonante principal del nacimiento de la Iglesia desde el pueblo. Se trata de rescatar el imperativo de que su misión principal mira desde la causa de los pobres. Cuando comienzan éstos a interesar realmente a la Iglesia institución o a algunos de sus representantes, se facilita el nacimiento de comunidades que ejercen una verdadera labor de profetismo frente a las iniquidades de los poderes mundanos.

La expresión «Iglesia popular», por su parte, remite al hecho de que, siendo la Iglesia verdaderamente popular por la proporción de excluidos que militan en sus filas, no lo ha sido absolutamente por cuanto aquellos no han significado poco menos que nada por lo que toca a la configuración histórica de sus estructuras y sus prácticas evangelizadoras. El modelo lo han ofrecido las sucesivas capas dominantes que han desfilado por el basurero de la historia. Así, ha sido imperial en los inicios, feudal en el medioevo, monárquica con los absolutismos, finalmente? neoliberal, ya casi al fin de esta etapa de la historia.

Últimamente surgen comunidades acuñadas con las culturas y la sangre de las víctimas. Lo cual no significa que se consideren cosa aparte. Partícipes de los dinamismos de comunión, son conscientes de sus radicales diferencias, ejercen un valioso profetismo ante otros modelos eclesiales, pero se consideran verdadera Iglesia de Jesucristo, junto con las demás comunidades. Son esperanza de refundación de toda la comunidad de creyentes.

Finalmente, cuando hablamos de lo popular en la Iglesia reconocemos que hasta hora la Iglesia ha sido, en el mejor de los casos, para el pueblo, pero no del pueblo. Este ha vivido —desde la perspectiva de

la acción pastoral— como receptor pasivo de un pensamiento ajeno, de unos símbolos en buena medida extraños, de una disciplina impuesta.

La salida para estos problemas es que la Iglesia sea popular en el sentido de que lo popular esté presente en ella de manera constitutiva. Que las formas organizativas, jurídicas y de pensamiento del pueblo jueguen también un papel en la configuración de todas las instancias eclesiales.

Estas verdades de a libra constituyen, desde nuestro punto de vista, una propuesta lúcida capaz de contrarrestar radicalmente las desviaciones acerca del uso del poder en la Iglesia, analizadas en el segundo trabajo eclesiológico de este período.

La Iglesia es seducida por el poder, sobre todo, cuando su punto de referencia fundamental lo constituyen las capas dirigentes. Inculturarse predominantemente en la matriz de pensamiento y en la simbólica de estos estratos implica siempre el riesgo de adoptar sus usos con respecto al dinero, al prestigio y a la propia valía. Los dirigentes eclesiásticos que consumen la totalidad de su existencia en un cristianismo de sociales generalmente terminan por asimilarse a la cultura dominante. Para permanecer fieles a la radicalidad evangélica no hay como sumergirse física y espiritualmente entre quienes han sido relegados a los márgenes de la sociedad de consumo, pero no a los de las auténticas culturas y del mensaje evangélico. Una mínima apertura mental y afectiva permitirá experimentar dónde se encuentran las verdaderas necesidades de la humanidad actual y, por consiguiente, los verdaderos caminos para solventarlas. ☐

El discernimiento en una comunidad

Magdalena Cubas (CRT); Luis A. García Dávalos (ATEM)

ESTE TRABAJO ES UNA SISTEMATIZACIÓN A PARTIR DE LOS APUNTES TOMADOS POR VARIOS SEGUIDORES DEL CAMINO DE JESÚS Y QUE FUERON ACOMPAÑADOS POR LUÍS DEL VALLE, MINISTERIO EN EL CUAL SE HA CARACTERIZADO. NOSOTROS SOMOS SÓLO RECOPIADORES. ATRÁS ESTÁ LA EXPERIENCIA DE MUCHOS/AS QUE HAN RECIBIDO AYUDA Y LUZ. SOBRE TODO SEGUIMOS DE CERCA LA SÍNTESIS DE GERARDO KUHLMANN.

1. Introducción

Nos proponemos desarrollar algunas cuestiones que nos parecen importantes para realizar discernimiento desde una comunidad.

La materia va más hacia el método, hacia la manera concreta de hacer discernimiento con otros hermanos y hermanas.

Este tema es por demás necesario, dado que la propuesta evangélica del seguimiento de Jesús y de colaboración en su proyecto del Reino se da siempre en comunidad de hermanos y hermanas. La comunidad en el proyecto cristiano es una necesidad ineludible.

El discernimiento comunitario lo podemos leer desde la misma definición anterior, constituyéndose en la manera en que una comunidad de seguidores de Jesús que intentan vivir el compromiso por el Reino de Dios y busca distinguir lo que el Espíritu del Señor espera de ella en su conjunto.

Así, poco a poco, vamos siendo invitados por el Espíritu a través de la Historia y de las peculiaridades de cada historia, a confrontar con la historia de Jesús e irnos aclarando en consenso dónde están nuestros movimientos como comunidad y nuestras tentaciones o trampas, qué remedios convendrían poner para los aspectos oscuros y como avanzar comunitariamente a tener un solo corazón en el Señor.

Para el tratamiento de esto, nos parece importante señalar algunas maneras como algunos entienden el discernimiento comunitario; cabe aclarar que desde lo que planteamos no todas estas formas son propiamente discernimiento. Las proponemos precisamente para dejar claro, por el contraste, las diferencias entre éstas y lo que queremos proponer bajo el término «discernimiento». Cabe anotar que frecuen-

temente sucede en la práctica que insensiblemente se da un corrimiento hacia esas otras formas de interactuar como comunidad en la fe. No es que esto haya que evitarse ya que en ocasiones estas formas responden a necesidades reales importantes del grupo. Lo que debiera posibilitarse es la identificación de los diferentes momentos; que no se crea que se está haciendo una cosa si en realidad se está haciendo otra.

A continuación señalamos algunas de las formas más comunes de la manera como se entiende el discernimiento:

- **Oración comunitaria.** Se comparte en el grupo lo que la Palabra de Dios dice a cada uno u otra manera de oración compartida.
- **Comunicación de vida.** Puesta en común de las experiencias y vivencias cristianas de cada uno, el proceso que cada uno va viviendo. A veces se comenta sobre algún tema específico: ¿Cómo vivo la oración? ¿Cómo me siento actualmente en la comunidad?
- **Revisión de vida comunitaria.** Con esta manera se pretende revisar a la luz del Evangelio algún aspecto de la vida en común a fin de buscar y asumir nuevas actitudes que respondan mejor a la propuesta del Reino.
- **Revisión de obras y trabajos a la luz de un proyecto global.** Con esto se busca hacer más presente a Cristo en el propio trabajo. Se revisa si lo que se está haciendo es lo que se tiene que hacer y si las maneras como se hacen son las adecuadas.
- **Promoción y corrección fraterna.** Es una manera que puede resultar adecuada para evitar intocabilidades, bloqueos, estancamientos, inmovilismos, etc. Se parte de preguntarse cómo se capta a los hermanos tanto en sus líneas fuerza como en aquellos aspectos en los que se cree que se puede mejorar.
- **Discernimiento espiritual comunitario en la vida diaria.** A esta modalidad suele llamarse grupo de puesta en común; cada uno de los miembros del grupo comparte su propio discernimiento de lo que ha vivido en el último tiempo.

- **Discernimiento comunitario.** Se pretende encontrar la voluntad de Dios sobre algún punto o aspecto concreto que afecta a toda la comunidad.

La comunidad que, en cada uno de sus miembros y corporativamente está animada por el Espíritu de Jesús, hallará muchas maneras de relacionarse internamente en la búsqueda de la voluntad de Dios: por medio del intercambio fraterno, en ambiente de verdad, de libertad, de responsabilidad y de caridad; de evaluar la acción, que Dios está realizando en nosotros y la colaboración que debemos prestarle; de las decisiones comunes que habrán de tomarse en orden a representar a los superiores, o a ejecutar un proyecto.

Obviamente cada una de estas alternativas responde a necesidades diferentes y es válida en ese sentido. Parece que las dos últimas se refieren más especialmente a lo que queremos ir entendiendo como discernimiento, por lo que a continuación las abordaremos de manera un poco más amplia.



Hay que crear, por tanto, un clima espiritual adecuado que supone oración, comunicación espiritual, reconocimiento de la presencia de Dios en los demás, confianza en la acción del Espíritu, etc.

2. Condiciones mínimas

Para que los grupos de puesta en común y los grupos de discernimiento puedan funcionar y cumplir con su objetivo hay algunas condiciones mínimas que ellos deben reunir. Aquí podrían señalarse varias, según el enfoque desde donde se aborde la propuesta. Sugerimos dos grandes bloques: el primero se refiere a la condición espiritual y el segundo a las condiciones humanas, psicológicas y sociológicas que se requieren.

Comprensión básica común de los elementos fundamentales y una decisión explícita común por secundar el proyecto del Dios del Reino

El discernimiento en común supone de parte de los miembros del grupo o comunidad una profunda sinceridad para buscar como lo definitivo a todos/as y cada uno/a, el seguir eficazmente a Jesús y el cooperar evangélicamente al surgimiento del Reino de Dios.

Se requiere de una opción clara por vivir como Jesús, y por mantenerle a Él y a su proyecto como lo central en la propia vida y en la de la comunidad.

Es necesaria también una decisión comunitaria explícita por mantener la comunión con la Iglesia, con su tradición, su magisterio y su jerarquía.

Debe haber una comprensión básica común en relación con algunos elementos fundamentales del proyecto cristiano por parte de los integrantes del grupo y una decisión vital, seria y operativa, por empeñar la propia vida y la de la comunidad en lograr que el Reino de Dios pueda instaurarse entre nosotros. Será difícil que puedan entrar en un proceso de este tipo un cristiano que entiende la invitación de Dios como una exigencia de ascesis, de crecimiento en las virtudes teologales y morales al margen de una comunidad cristiana y de sus procesos, de perfección personal, de búsqueda de reconocimiento, o de salir de su soledad y uno que se ha involucrado desde una opción de fe en un proceso evangelizador.

Relación interpersonal y grupal sana y madura y ubicación crítica frente a la realidad que nos rodea

Es necesaria una relación interpersonal sana y suficientemente trabajada. Obviamente supone que las personas que participan en el grupo están básicamente integradas, sanas, y con un nivel de introspección suficiente.

El discernimiento aborda las áreas más profundas de la persona, el nivel de intimidad más hondo. Este ni-

vel no se comparte fácilmente ni con cualquier otra persona; se pide haber recorrido todo un camino de mutuo conocimiento, de confianza, de acompañamiento, de amistad y de compañerismo.

El clima que necesita el grupo para poder funcionar debe ser creado, no es algo que se logra de manera natural y espontánea.

Nos parece que en este sentido pueden recuperarse los cuatro elementos que propone el psicólogo humanista norteamericano Carl Rogers para que un grupo pueda alentar el crecimiento y el desarrollo de las personas que lo forman:

- **Empatía:** actitud de comprensión del otro desde su propio marco de referencia, desde su propia realidad. Es como ponerse en los zapatos del otro para desde allí intentar comprender su experiencia.
- **Congruencia:** actitud de coherencia entre lo que se expresa, lo que se piensa y lo que se vive. Esta actitud ayuda a crear el ambiente de verdad y transparencia que es imprescindible en el discernimiento.
- **Autenticidad:** actitud de verdad entre la experiencia actual y la expresión que se hace de ella. Se refiere sobre todo a la vivencia y a la manifestación de los sentimientos que se experimentan durante el proceso de puesta en común.
- **Aceptación incondicional del otro:** Es una actitud indispensable para que el grupo pueda ayudar a las personas que lo conforman. Pide la incondicionalidad en la aceptación de la persona, en el reconocimiento explícito de su dignidad, de su valor.

Todos en el grupo son igualmente importantes, igualmente valiosos, lo que cada uno trae al grupo para compartir es valioso y pide toda la atención y respeto. Esto no significa que se acepten todo lo que la persona hace o piensa, sobre todo si esto la aleja de su opción fundamental de seguimiento de Jesús y del Reino.

Es necesaria la reciprocidad entre los que participan en el grupo. Si sólo algunos comparten de lo que van viviendo, entonces el proceso se detiene y se atasca. Lo mismo sucede si el nivel de profundidad en el que se comparte es demasiado desigual; si algunos se arriesgan y se muestran tal y como son y otros sólo se mantienen en aspectos superficiales. En esto merece la pena distinguir los diferentes niveles a los que puede darse la comunicación:

- **Nivel de hechos externos:** Referirse a cosas, personas o situaciones de fuera. («Me reuní con

tal o cual persona, me dijeron tal o cual cosa, participe en tal o cual evento...»).

- **Nivel de ideas:** Expresión de lo que uno piensa, quedarse solamente en el nivel racional. («Sobre lo que está pasando yo pienso que...»).
- **Nivel de opiniones:** («A mí me parece que lo que sucedió en aquella comunidad fue culpa de fulanito; creo que lo que sucedió traerá estas consecuencias...»).
- **Nivel de sentimientos:** A partir de este nivel puede hablarse propiamente de una relación significativa, de intimidad, sobre todo si se habla de sentimientos actuales. («Con esto que me está pasando me siento de tal manera, me preocupa esto, me da miedo esto otro...»).
- **Nivel de los valores y de las experiencias cumbre.** Este es el nivel de comunicación que debiera prevalecer en las puestas en común de discernimiento, sin negar que los otros niveles se presuponen. Las experiencias cumbres son aquellas que han implicado momentos de especial densidad de sentido ya sea por la intensidad de sentimientos (de gozo, tristeza, pasión, miedo, etc.) o por el significado que tuvieron para la propia vida. Todo lo que se refiere a la relación con Dios, al sentido de la propia vida, al propio proyecto, toca el nivel más íntimo de la persona. Es la parte más interior del otro, donde él se manifiesta tal cual es. (No en vano se ha visto en algunas investigaciones que el área que el hombre guarda con más celo, la que con menos frecuencia comparte con otros, es aquello que se refiere a su relación con Dios).

Si se logra un clima adecuado se evitan dos posibles extremos en el comportamiento grupal: Por un lado una excesiva sensibilidad en que la comunicación se realiza al nivel de las emociones más inconsciente que consciente. (Emotividad, exaltación, estados de ánimo cambiantes, susceptibilidad, ironías, simpatías y antipatías evidentes). Y por otro un excesivo predominio de lo cerebral, con esquemas de ideas fijos, con discusiones centradas en torno a razones, lógicas, juicios y prejuicios. Un clima adecuado permite un buen nivel de intimidad que abre al encuentro interpersonal. Predominan actitudes de calma, respeto, escucha, libertad, hablar desde la propia experiencia actual, deseo de oír y ver la verdad, etc. Si la comunicación se va dando en estos términos, es de esperarse que se vaya estableciendo una relación de compromiso afectivo entre los integrantes del grupo que afecte la vida en su conjunto. Naturalmente la relación traspasa los límites de las reuniones de grupo.

No basta con que las relaciones en la comunidad sean sanas y el clima grupal interno fraterno y adecuado; es requisito imprescindible el que los miembros de la comunidad estén desarrollándose en una conciencia crítica ante la realidad socio-política y eclesial.



La vida y misión de la comunidad ha de ser eficaz, debe impactar las estructuras en las que interactúa y facilitar allí el surgimiento del Reino de Dios. Se impone entonces el estudio serio de la realidad que permita conocerla, criticarla y transformarla en términos evangélicos.

Con todas las condiciones propuestas se corre el riesgo de desalentar a las comunidades y a los grupos a entrar en este tipo de procesos; la invitación es más bien a abrirse en docilidad y humildad al Espíritu del Señor para que Él nos vaya disponiendo y mostrando el camino para conseguir todo lo anterior.

3. Los grupos de puesta en común

Son grupos que se reúnen periódicamente (normalmente cada mes o cada dos meses) para poner en común los procesos de discernimiento personales que van llevando cada uno de los miembros. El objetivo de estos grupos se aclara con la siguiente afirmación:

A la comunidad (grupo) y a la puesta en común le toca ayudar a que se mantenga viva la fundamental inspiración cristiana de nuestras vidas y se mantengan claros los parámetros cristianos del Proyecto del Reino de Dios; a la misma comunidad (grupo) le

toca checar la consistente decisión de cada uno de nosotros en realmente hacer operativo el camino de Jesús en nuestra vida... Esto significa, en primer lugar, confirmar o desconfirmar al discernimiento espiritual de los hermanos dentro de la puesta en común.

Esta es una práctica que ha adquirido popularidad en ambientes religiosos y grupos cristianos. En estos grupos, cada persona va llevando un proceso individual de búsqueda y periódicamente se crea el espacio para compartir, retroalimentarse y ayudarse mutuamente. A esta modalidad suele llamarse «grupo de discernimiento». El elemento característico en esta modalidad es que el sujeto de discernimiento es cada una de las personas que forman el grupo, y no el grupo en su conjunto.

Estos grupos han sido un apoyo importante en el caminar de muchos/as, pues los niveles de conflicto en que frecuentemente se vive son muy altos; el desgaste de lo cotidiano provoca en las personas una fuerte posibilidad de quedar inhabilitado física o psicológicamente.

A esto hay que sumar que es muy frecuente que encontremos rechazo y desaprobación en los niveles institucionales como familiares por nuestro compromiso cristiano. Frecuentemente se viven situaciones de mucha soledad y se requiere una buena madurez e integración para perseverar fielmente en ese camino. No es fácil encontrar con quien compartir lo que se vive, mucho menos cuando esto quiere hacerse desde una perspectiva de fe, de seguimiento de Jesús y de Reino.

En estos casos los grupos de discernimiento pueden resultar de una gran ayuda, de renovación y de fuente de vida.

3.1. Metodología

Los pasos que se proponen en la metodología para estos grupos de puesta en común de discernimientos personales son los siguientes:

a. Para el tiempo inter-reuniones:

Discernimiento constante de cada uno/una. Preparar adecuadamente el material sobre el propio discernimiento. Esto pide hacer del discernimiento una verdadera actitud de vida, según hemos pro-

puesto en la definición. Se pide un compromiso serio de ir siguiendo este proceso periódicamente (diario, cada tercer día, semanal...) y de ir llevando un registro de los movimientos interiores, de los estados afectivos, de las luces más importantes que se van percibiendo.

Los momentos privilegiados para «sentir los espíritus» son los momentos de oración. Por eso el discernimiento exige de la persona ser realmente de oración profunda y constante.

Conviene traer al grupo el material suficientemente analizado y sintetizado en términos de mociones más importantes, tentaciones, luces, referencia con la propia consigna, puntos específicos sobre los que se pide iluminación o retroalimentación, etc.

En síntesis: ¿Qué ha pasado conmigo en este tiempo? ¿Por dónde me ha estado invitando el Espíritu a caminar? ¿Cómo voy concretizando mi consigna? ¿Qué obstáculos me he encontrado para serle fiel al Señor en todo este proceso? ¿Qué necesito del grupo o comunidad de discernimiento?

Solidaridad-acompañamiento en oración. Acompañar en oración los procesos de los/las demás hermanos/as con los que se comparte. El compromiso que se establece en un proceso como el que se propone pide que se viva también esta dimensión de fe. Implica hacerse intercesores a favor de los compañeros/as de camino y de sus esfuerzos de fidelidad al Señor. La oración de intimidad con el Señor es espacio privilegiado para poner en sus manos lo que se ha compartido en el grupo, el caminar de los hermanos. Esto es lo que en última instancia va permitiendo que los grupos de discernimiento sean precisamente eso y no meros grupos de terapia grupal o de edificación y confrontación mutua.

Es lo único, además, que puede garantizar el que el reflejo que se haga en el discernimiento se ubique en el proyecto de Dios.

b. En las reuniones

En estos grupos es necesario que la relación entre los/las diferentes miembros sea de amistad. Si esto no se da, difícilmente se podrá alcanzar la profundidad y la confianza que permita lograr la finalidad de estos grupos.

Además es necesario que el grupo al reunirse cree un ambiente de empatía y cercanía que permita la comunicación a un nivel de intimidad como el que se requiere para compartir procesos de discernimiento. Esto pide en ocasiones dedicar un tiempo previo a la reunión para el encuentro informal, para estar juntos, para compartir de manera espontánea lo que ha pasado, las cosas que se han vivido, etc.

Es una manera de explicitar la relación y de prepararse al encuentro.

Las reuniones en los grupos siguen dinámicas muy diversas. Algunos son más formales en cuanto al método que siguen, otros son más espontáneos y se dejan guiar más por la intuición y el sentido del grupo.

A continuación presentamos una manera de llevar a cabo una reunión de puesta en común; sobra decir que no es la única manera de hacerla y que esto cada grupo tiene que encontrar su propia manera, su propio método.

1. **Oración. Disponerse para la escucha.** El momento propiamente de compartir el discernimiento debe estar precedido por un momento intenso de oración. No es el momento para ubicar las mociones; se supone que éste trabajo se ha realizado antes. (Y si no se ha realizado es inútil querer hacerlo en este breve lapso...) Es el momento de pedir la presencia del Señor y la luz de su Espíritu para poder buscar su voluntad para la persona que comparte. Este momento también pide hacer silencio para hacer conscientes los ruidos que uno/una trae, las preocupaciones, los sentimientos, los estados de ánimo. De no tomar conciencia de todo esto, ello interferirá en la percepción que uno/una haga del proceso del otro y contaminarán la retroalimentación que se haga, haciendo que se pierda toda la riqueza y aun pudiendo dañar o confundir innecesariamente al otro/a.
2. Escuchar al otro. Uno/a de los participantes presenta al grupo los elementos de su discernimiento. Los/las demás escuchan en silencio y van anotando las cosas que les parecen más significativas tanto de lo que se escucha como de las reacciones que en sí mismo se van provocando a partir de esto.
Se trata de escuchar al otro/a, no sólo de oírlo. Esto implica una atención esmerada tanto al lenguaje verbal como al lenguaje paralingüístico (corporal y de voz). Es importante lo que el otro dice, la manera como lo dice y también lo que omite. Hay que escuchar manteniendo como referencia, en el trasfondo, todo lo que se conoce sobre el otro y su caminar hacia Dios.
3. Preguntas aclaratorias. Este momento es para solicitar que el que presenta amplíe o aclare algún punto que no hubiera sido expresado con suficiente profundidad o amplitud. No es aún el momento de retroalimentar, cuestionar o confrontar.



4. Silencio, introspección y clarificación de la retroalimentación que se quiere hacer al otro. Después de que el otro ha presentado su proceso viene el momento de retroalimentar. Para ello es necesario que manteniendo el clima de oración y silencio cada uno de los del grupo clarifique qué es lo que cree que es importante retroalimentar al hermano/a. Para ello sugerimos dos pasos. Primero clarificar qué sentimiento o reacción queda en mí después de haber escuchado el discernimiento del otro/a. Esto es importante para no contaminar mi aporte con esto. Después pensar en el proceso y en el contenido que el otro/a ha compartido. ¿Qué es lo que me toca decir al otro/a para ayudarle en su proceso de respuesta a Dios?
5. Retroalimentación. Hay muchas posibilidades para retroalimentar al otro/a; entre ellas destacamos algunas que nos parecen más importantes:
- **Ayudar** a que el otro/a profundice o explore algún aspecto que le parezca importante. Esto pide un manejo básico de habilidades para la facilitación e integración de procesos. Normalmente puede hacerse cuando el otro pide hacerlo.
 - «Les pido que me ayuden a aclararme sobre

el conflicto que vivo con tal o cual hermano/a; estoy atorado/a en esta relación y me está desgastando mucho e inútilmente».

- **Confirmar** en algún aspecto que el otro/a ha comentado, sea como moción o como tentación.

«Me parece que esto que descubres con relación a dedicarte con mayor tiempo y energía a este servicio es algo que Dios quiere de ti, según todo lo que nos has compartido...»
- **Confrontar** (poner de frente a) algún aspecto que pueda ayudar a que el otro/a se de cuenta de elementos que no ha querido o no ha podido ver y que es importante recuperar para vivir con mayor fidelidad a Dios por la propia consigna.

«No te he escuchado nada con relación a cómo has integrado la relación con tal o cual persona, que desde afuera parece ser algo muy importante...»
- **Iluminar** algún aspecto que pueda ayudar a que el otro tenga mayor luz en su caminar.

«Me parece que este estado de ánimo que has estado viviendo no es sólo reflejo de los diferentes espíritus dentro de ti; recuerda que has estado enfermo/a y con una carga

excesiva de trabajo...»

- **Devolver** al otro/a una visión complexiva de lo que ha compartido y de los sentimientos que en uno ha provocado. Esto a veces contribuye a lograr una nueva percepción sobre el propio caminar.

«Lo que yo te he escuchado como más importante es el deseo que ha ido naciendo en ti de hacer tales y cuales cambios en tu manera de involucrarte con los demás; esto me ha hecho sentir confrontado en mi propio caminar»

- **Reflejar** al otro/a algo sobre el proceso compartido que le ayude a ganar conciencia sobre el/ella mismo/a.

«Me llamó la atención que cuando nos compartías de tu participación en aquella movilización tu voz adquirió un tono bajo, como de tristeza, y tus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Quieres comentarnos algo sobre esto?»

- **Proponer** a manera de sugerencias elementos que aparezcan como no suficientemente trabajados:

«A mí me parece que pudieras plantearte nuevamente cómo estás viviendo tu relación con la parroquia...»

- **Compartir** con el/la otro/a de lo que uno mismo experimentó cuando se escuchaba al otro/a compartir su proceso.

«Lo que nos has compartido me provoca mucha alegría, me hace sentir muy cercano a ti y a tu búsqueda. Comparto también tu tristeza por la situación de la gente...»

Cada uno/a del grupo va dando su retroalimentación y los/las demás escuchan en silencio. Ayuda hacer notas sobre lo que se va retroalimentando, a fin de poder volver a estos aportes en algún momento futuro cuando se requiera para ayudar al otro/a. («Ya hace varios meses venimos insistiendo en que abordes tal o cual aspecto, ¿Qué pasa que te resistes tanto a ello?»).

Si el/la que compartió tiene dudas sobre algo de lo que se dijo o quiere que se profundice sobre algún aspecto o intervención es el momento de hacerlo.

6. **Silencio y recapitulación.** Después de un momento de silencio (conviene que se prolongue durante algunos minutos) se propone una recapitulación del proceso vivido. Cada uno/a intenta recuperar los movimientos interiores y las luces que se generaron durante la puesta en común.



El/la que compartió su proceso comenta cómo se siente después de haber sido retroalimentado/a; expresa cómo se queda, con qué se queda.

Después cada uno/a de los del grupo comparten con qué se quedan del trabajo realizado; qué aprendizajes, luces o mociones se han recuperado para el propio proceso de respuesta a Dios.

7. **Oración y acción de gracias.** La materia de oración puede ser lo mismo que se ha compartido en el discernimiento.

Si se pretenden presentar en la misma sesión varios procesos es necesario establecer entre ellos espacios de corte, de cambio de ambiente. Esto es con el fin de evitar contaminaciones en los diferentes procesos.

Discernimiento en comunidad

Esta manera es la que corresponde propiamente al discernimiento comunitario. El asunto sobre el que se discierne afecta a toda la comunidad o grupo ya sea en aspectos de su vida al interno e interacción, ya sea en la misión o trabajo que desempeña.

El discernimiento comunitario es el ejercicio que centra la atención, la inteligencia, facultades y energías en el conocimiento de la voluntad de Dios sobre la propia comunidad; clarifica esa voluntad y trata fielmente de responder a su concreto deseo sobre la misma en su marcha general o en aspectos relevantes de su vida o misión.

En este caso el sujeto del discernimiento es la comunidad o el grupo en su conjunto, no los individuos en particular.

No se da discernimiento comunitario si la función activa de discernir no recae en la comunidad como tal. Si el objeto, el tema, aspecto, problema, etc., afecta a la comunidad, incluso a toda ella y gravemente, pero el agente de tal discernimiento es solamente un grupo o la autoridad local, provincial, etc., aunque se asesore y ayude por personas de la misma comunidad, no se puede llamar discernimiento comunitario. Por tanto lo que debe tener carácter comunitario es el acto o proceso de discernir, el ejercicio o la práctica de clarificación, juicio, decisión; es decir, la acción misma de discernimiento.

Es muy importante considerar que el discernimiento en comunidad o en grupo no es simplemente la suma o conjugación de los discernimientos de cada una de las personas que la forman; es algo más complejo y, podemos decir, más rico. La riqueza que tiene esta manera de ir realizando la vida de las comunidades es grande, aunque son también difícil-

tades que hay que ir enfrentando para poder vivir estos procesos en toda su exigencia.

4.1 Metodología

Nuevamente partimos de la pregunta fundamental: ¿Qué quiere Dios de nosotros/as? ¿Hacia dónde invita a caminar el Espíritu de Dios?

La comunidad puede iniciar procesos de discernimiento a partir de diferentes situaciones. En algunos casos puede plantearse desde preguntas abiertas, amplias, por las que se pretenden encontrar caminos nuevos, más radicales y generosos, de respuesta a Dios.

Es el caso, por ejemplo, de pretender responder a alguna situación nueva como puede ser el hecho importante, una comprensión diferente de la realidad, una nueva conciencia sobre la propia identidad o misión, etc.

Las preguntas que se formulan pueden ir en línea de: ¿Qué nos pide Dios como comunidad a partir de esto que ha pasado, de esto que hemos comprendido, de esto que hemos descubierto? (Caso A).

En otros casos la comunidad puede enfrentar situaciones concretas que piden un proceso diferente para identificar, de entre las diferentes alternativas posibles, aquella que Dios quiere (Caso B). Esto su-

cede frecuentemente; el cuidado que habría que tener es no desgastar un proceso tan rico como éste para tomar decisiones sobre cuestiones intrascendentes. No cualquier decisión que se tenga que tomar en la comunidad justifica entrar en un proceso explícito de discernimiento comunitario con el apego riguroso a una metodología.

4.1.1 Caso A

En el primer caso, cuando se parte de este tipo de cuestionamientos, podemos valernos de un tratamiento similar al que hemos utilizado para el discernimiento personal, a partir del esquema de las tres historias. En el caso del discernimiento comunitario hablamos de la Historia de Dios, de la del mundo y de la comunidad que pretende discernir. La comunidad o grupo tiene una historia como conjunto, su historia no es sólo la suma de las historias personales de las personas que lo forman. Esta historia común, leída desde la perspectiva de los signos de vida-signos de muerte, es la que pide ser puesta en diálogo con las otras dos.

¿Qué rumbo toman las mociones del Espíritu que surgen cuando se establece el diálogo orante entre las tres historias?

Hay que ubicarnos en el esquema que ya habíamos propuesto:



Etapas para discernir**Momento de la historia del mundo**

1. Percepción, estímulo, sensación.
 - Identificación del «dato» a ser procesado:
 - ¿Qué ha pasado? ¿Qué hemos descubierto con novedad?
2. Recopilación de toda posible información acerca del «dato».
3. Análisis y confrontación del «dato» con un marco teórico.
4. Interpretación del «dato»
 - Búsqueda por encontrar varias posibilidades de interpretación, sobre todo desde la perspectiva «signos de vida-signos de muerte»

Momento de la historia de la comunidad

1. Incidencia del dato en la vida de la comunidad
 - ¿De qué manera nos afecta esto que estamos trabajando?
 - Ubicar la historia de la comunidad y los rasgos que definen su situación actual; su proyecto, sus anhelos, sus posibilidades y sus límites.
 - ¿Qué situaciones o áreas de la comunidad remueve?

Momento de la historia de Dios

1. ¿Qué elementos hace resonar lo anterior con relación a la Revelación que Dios ha hecho de sí mismo, a la historia de Jesús, al Evangelio? ¿Qué dice con relación al proyecto de vida que Dios quiere para nosotros/as, para su pueblo? ¿Nos está hablando Dios en esta situación? ¿Qué es lo que quiere decirnos?

Articulación de las tres historias

1. Se trata de hacer un diálogo orante entre las tres historias. Darse cuenta de los movimientos interiores que se generan en cada uno de los miembros de la comunidad. Identificarlos.

Identificación de los movimientos interiores

1. Intención que se desprende de éstos movimientos:

¿Cuáles son los movimientos más comunes, aquellas coincidencias que pueden indicar un rumbo? ¿Cuál es el rumbo por el que nos invitan andar los sentimientos despertados o las luces encontradas? ¿Hacia dónde nos orientan?
2. Confrontación del rumbo, de la intencionalidad anterior, con el proyecto común, con el ideal utópico, lo equivalente a la consigna comunitaria, con el proyecto de Dios.

3. Identificación del movimiento como moción, como treta o como «ruido».

¿Cuál es el espíritu que nos mueve? ¿Es una moción que el Espíritu suscita para que la secunde-mos? ¿Además de ser un bien «en sí» es un bien «que Dios quiere para nosotros»?

4. Tomar una decisión en cuanto a lo que se ha de hacer en relación con la moción, con la tentación o con el ruido anterior.
5. Indicar acciones que permitan concretizar, operativizar, historizar, la decisión anterior. Para decidir sobre las mediaciones o acciones concretas puede ser necesario realizar un nuevo proceso de discernimiento o de deliberación...

En cualquier caso hay que ver que las acciones que se decidan sean posibles, adecuadas y viables para la comunidad.

6. SIEMPRE pedir al Señor que confirme aquello que se ha discernido como querido por él.

4.1.2 Caso B

En el segundo caso, cuando se quiere discernir ante alternativas definidas y concretas, podemos valer-nos de un método como el que se describe a conti-nuación. En él se combina tanto el discernimiento como la deliberación.

Etapas para discernir**Primera etapa**

- La comunidad escoge y clarifica el tema del discernimiento. Este se plantea en forma disyuntiva para buscar los elementos a favor y en contra. Por ejemplo: cambiamos de lugar la comunidad, asumimos o no tal responsabilidad, etc.
- Recopilación de toda la posible información acerca del asunto sobre el que se pretende discernir.
- Análisis y confrontación del asunto con un marco teórico.

Búsqueda por encontrar varias posibilidades de interpretación de la materia a discernir, sobre todo desde la perspectiva «signos de vida-signos de muerte». El estudio y reflexión teológica ha de llevarse en un clima de oración, de decisión por el Reino de Dios y de apertura interior, de escucha de las mociones que empiecen a formarse dentro de nosotros como fruto de lo caminado y orado.

Segunda etapa- momento personal

- Se comienza aquí propiamente el discernimiento con una oración personal para pedir luz al Espíritu, para pedir humildemente la disposición interior que permita discernir. Subrayamos en esto la

necesidad de la indiferencia evangélica. Es también una oración de purificación, un presentarse ante Dios sin máscara, «sin sandalias» (Ex 3,5) con el único propósito de encontrar su voluntad.

- Se buscan las razones en contra. Se anotan textos de la Palabra de Dios que apoyen esas razones en contra o que ilustren esas razones que presenta el «mundo». Luego se anotan los sentimientos que se experimentan al ver las razones o criterios mundanos: ¿Paz? ¿Rechazo? ¿Amargura? ¿Alegría?

La referencia vuelve a ser el proyecto del Reino de Dios proclamado por Jesús de Nazaret.

Tercera etapa- compartir en comunidad

- En este momento se comparte la experiencia de oración. Este compartir tiene algunos requisitos como: escuchar al otro sin discutir. Solamente se hacen preguntas aclaratorias. No se trata de un análisis científico de lo que se expone sino de un tiempo para escuchar al Espíritu en unos y en otros. Cada persona va tomando nota. Es importante escuchar las resonancias dentro de uno mismo a fin de descubrir los sentimientos que se tuvieron en la experiencia personal.

Cuarta etapa- trabajo personal

- Es como la segunda etapa, pero después de la oración personal se buscan las razones a favor o los criterios evangélicos frente a la situación que se están considerando. Todo se apoya en textos de la Palabra de Dios. También se anotan los sentimientos.

Quinta etapa- trabajo comunitario

- Es como la tercera. Se comparte sin discusión, en actitud orante, con gran respeto por la experiencia de cada uno y tomando nota.

Sexta etapa

- Es una escucha pero ya no del argumento sino de toda la experiencia vivida desde que se inició el discernimiento hasta el momento. Se analizan tanto las «mociones» del Espíritu y lo que producen en la persona: paz, inquietud, consolación, desolación; como las raíces de esos estados, es decir «su origen» para distinguir entre la falsa y verdadera paz.



El grupo se puede extender hasta que esté preparado para tomar una decisión ya que si se han visto los contra y los pro es precisamente para poder tomar una determinación lo más clara y acertada posible.

Séptima etapa

- Es la etapa de la toma de decisiones. Cada persona entra en oración de purificación y revisa las actitudes que se deben tener para hacer un buen discernimiento.
- Se elabora luego una decisión apoyándola en algunas razones que deben ser eso: razones y no pretextos o seudo-razones.
- La decisión debe ir en la perspectiva de responder al desafío de colaborar de una manera más generosa en el proyecto del Reino de Dios.
- Después de tomar la decisión ésta se comparte y se toma una determinación en común.

- La búsqueda de consenso es muy recomendable; en este tipo de asuntos no son convenientes las decisiones asumidas por votación.
- Cuando se ve, por alguna razón, que esto no es posible, se deben tomar acuerdos antes de realizar esta parte del proceso.
- El grupo debe ponerse de acuerdo si se decide por mitad más uno o por las dos terceras partes, o por unanimidad. La aceptación de la decisión de la mayoría no sería sólo democracia sino la constatación de que se ha encontrado la voluntad de Dios.

Octava etapa

- Es la etapa del compromiso. Cada persona asume las responsabilidades del caso. Cada persona pone los medios para recorrer los caminos concretos de realización. Es el momento de hacer una planeación y de distribuir tareas para llevar a término lo que se decidió.

Novena etapa- personal

- Corresponde ahora pedir a Dios que confirme la decisión tomada. Normalmente esto se traducirá en un compromiso por el Reino de Dios, en una mayor generosidad en la entrega, en mayor pobreza, acompañada de los frutos del Espíritu: paz, consuelo, alegría interior, aumento de la caridad...

Décima etapa

- Compartir en comunidad, después de un tiempo conveniente, los signos de confirmación o desconfirmación que Dios ha venido dando y si es necesario reconsiderar...
- Para todo el proceso anterior es válido lo que ya advertíamos antes: el método y los pasos que se proponen no deben llegar a atrapar al Espíritu y a quitar libertad al proceso del grupo. Son únicamente una guía, una mediación, para realizar el camino; en ningún momento han de hacer perder la flexibilidad que abre el espacio a que el Espíritu sugiera algo diferente en algún momento del proceso.

Dificultades en los grupos de puesta en común y en el discernimiento comunitario

Me parece conveniente señalar algunas situaciones que pueden darse tanto en el grupo que discierne como en el discernimiento comunitario y que entorpecen el proceso, dificultan el discernimiento y aun pueden dañar severamente a las personas involucradas:

- Que el clima del grupo no logre la empatía, la autenticidad, la congruencia y la aceptación incondicional de cada uno de los miembros.
- Que no se respete suficientemente el clima de secreto y discreción que pide la profundidad a la que se comparte.
- Que se vaya transformando el grupo en algo diferente al discernimiento (análisis social, terapia psicológica, reunión de amigos, etc.)
- Que alguno(s) de los miembros carezca de un mínimo de salud psicológica padeciendo algún grado severo de neurosis.
- Que alguno(s) de los miembros ejerza(n) una influencia tal en el grupo que impida el surgimiento y el aporte de todos. La lucha contra esto debe ser de todos; de unos por dar espacio a los otros y de los otros por vencer la timidez que les detiene.
- Que se sobre-emotive el grupo o por el contrario que se funcione sólo en el nivel de las ideas.
- Que se tomen actitudes enjuiciantes, invalidadoras, descalificadoras, etc. Frente al aporte de los demás.
- Que se funcione sólo sobre la base de prejuicios.
- Que haya dificultades o situaciones interpersonales intensas no habladas al realizar la puesta en común.
- Que se caiga en rutina por el conocimiento que ya hay entre los miembros del grupo.
- Que se creen complicismos o alianzas dentro del grupo que impiden la confrontación y los cuestionamientos.
- Que no se logra la capacidad de dialogar-intercambiar puntos de vista si estos son distintos entre sí.
- Que la puesta en común se transforme en escenario de rivalidades inconscientes entre sujetos que no reconociendo su necesidad de competir convierten la interacción grupal en intercambio de argumentos acabados como baterías ideológicas que tienden más a derrotar al enemigo que a buscar la voluntad de Dios.

Ante estas situaciones se tiene que ser valiente para: parar el caminar del grupo hasta que se solucione la situación que esta afectando; pedir al miembro que afecte, se corrija o se retire; e incluso, disolver si es necesario, el grupo. ☐



Curriculum vitae

Luis G. del Valle
Teólogo del CRT

NACIMIENTO

- 29 de mayo de 1927 en la Ciudad de México.
Miembro de la Compañía de Jesús desde 1942.
Ordenado sacerdote en ella el 26 de octubre de 1957.

ESTUDIOS

- Primaria: Colegio Cervelló e Instituto Potosino
- Secundaria y Preparatoria: Instituto Bachilleratos, en la Ciudad de México.
- Cuatro años de letras clásicas y castellanas en el Instituto Libre de Literatura.
- Tres años de Filosofía en Ysleta College de El Paso, Texas.
- Cuatro Años de Teología en el Colegio Máximo de Cristo Rey. (Instituto Teológico de la Orden Jesuita en México).
- Un año de Espiritualidad en Münster, Alemania.
- Dos años de Teología en la Universidad Gregoriana de Roma.

GRADOS ACADÉMICOS

- Licenciado en Filosofía por Ysleta College
- Licenciado en Teología por el Colegio Máximo de Cristo Rey.
- Doctor en Teología por la Universidad Gregoriana.

DOCENCIA

- Cuatro años Física y matemáticas en la Preparatoria del Instituto Patria de la Ciudad de México.
- Desde 1963 profesor ordinario y emérito de Teología sistemática, en el Colegio Máximo de Cristo Rey, que es el Instituto Teológico de la Orden Jesuita en México. Actual-

mente en las materias de Antropología Teológica y Sacramentaria.

MEMBRESIAS

- Centro de Reflexión Teológica (CRT) (Director desde 1983)
- Centro de Estudios Ecuménicos. (CEE)
- Centro de Estudios para la Reforma del Estado (CERE)
- Secretariado Social Mexicano (SSM)
- Revista CHRISTUS
- Fundación VAMOS
- Programa LA NETA

COLABORACIONES

- Fomento Cultural y Educativo (FCyE)
- Universidad Iberoamericana (UIA)
- Centro de Comunicación Social (CENCOS)
- Seminario Bautista de México
- Movimiento Ciudadano por la Democracia.



ESCRITOS PUBLICADOS

- 1963 a «El verdadero significado de la primera fase del Concilio» CHRISTUS 334 (Sep.) 727-730
- 1963 b «La iglesia como Pueblo de Dios» CHRISTUS 335 (Oct.) 815-819
- 1963 c «El matrimonio acto formador del Pueblo de Dios» 336 (Nov.) 903-907
- 1965 a «Los sacramentos, signos de la acción de Cristo» CHRISTUS 357 (Ago.) 684-693
- 1965 b «Concelebración» CHRISTUS 359 (Oct.) 861-867
- 1966 «Nos están cambiando la iglesia» CHRISTUS 367 (Jun.) 471-479
- 1967 «La formación del sacerdote en lo intelectual» CHRISTUS 381 (Ago.) 681-685
- 1970 a «Hechos significativos y significatividad de los hechos» en Memoria del primer Congreso Nacional de Teología: Fe y desarrollo» Vol. 2. México. Ediciones Alianza. 1970. 19-25
- 1970 b «Guía metodológica para la reflexión» en Memoria del primer Congreso Nacional de Teología: Fe y desarrollo» Vol. 2. México. Ediciones Alianza. 1970.51-56
- 1975 a «Hacia una prospectiva teológica a partir de acontecimientos.» en Liberación y Cautiverio. México. Comité organizador del encuentro latinoamericano de Teología en torno al método teológico en América Latina., 1975. 103-127 Retomado en Rosino Gibellini (comp.) La nueva Frontera de la Teología en América Latina. Salamanca. Ediciones Sígueme. 1977. 82-103
- 1975 b «Una mirada retrospectiva al Encuentro Latinoamericano de Teología» CHRISTUS 479 (Oct.) 54-61
- 1976 «Iglesia y poder» CHRISTUS 492 (Nov.) 39-45
- 1978 a «Ministerio y Ministerios» en Cruz y Resurrección México. CRT-SERVIR 1978. 215-219
- 1978 b El Cristiano comprometido ¿pierde la fe? Bilbao. Desclée, 1978
- 1985 a «Conciencia Cristiana y Compromiso Sociopolítico» en Martín de la Rosa y Charles A. Reilly (coord.) Religión y Política en México. México, Siglo XXI, 1985. 328-339
- 1985 b «El Magisterio de la Iglesia» CHRISTUS 582 (Feb.) 17-21
- 1985 c «Algunas reflexiones sobre el carisma ignaciano y los ejercicios» CHRISTUS 585 (May.) 27-30
- 1986 «Recuperación de experiencias (para el proceso de la teología narrativa) CHRISTUS 591-592 (1985 dic-1986 ene) 87-88
- 1987 «Política II. Ser Cristiano» (Conceptos Útiles en Teología. Moral concreta)» CHRISTUS 605 (May.) 38-39
- 1990 a «Reflexión y Oración» (ante el asesinato de los mártires de la UCA) CHRISTUS 632 (Feb.) 74
- 1990 b «Algunos momentos importantes en el desarrollo de la Teología de la Liberación» CHRISTUS 635-636 (May.-Jun.) 22-25
- 1991 «Invitación a la Eclesialidad» CHRISTUS 650-651 (Nov.-Dic) 7-9
- 1992 a «Relaciones Iglesia-Estado: Una propuesta del PRI» CHRISTUS 652 (Feb.) 34-42
- 1992 b «Mapa para el discernimiento» CHRISTUS 654 (Abr.) 7-9
- 1992 c «Sujeto y Objeto del discernimiento» 654 (Abr.) CHRISTUS 39-41
- 1993 «Reflexiones metodológicas en Santo Domingo» CHRISTUS 662 (Ene) 29-32
- 1995 «Catequesis: Comunicar la fe» CHRISTUS 690-691 (Nov.-Dic.) 19-20

- 1996 a «Teología de la Liberación en México» en Roberto J. Blancarte (comp.) El pensamiento social de los católicos mexicanos México. Fondo de Cultura Económica, 1996. 230-265
- 1996 b «Ética y moral: voces diversas» CHRISTUS 695 (Jul.-Ago.) 8-11; 697 (Nov.-Dic.) 34-42
- 1996 c «El Arte de vivir» CHRISTUS 697 (Nov.-Dic.) 23-26
- 1999 a «La Iglesia en la práctica y palabras de don Sergio» CHRISTUS 712 (May.-jun.) 32-39
- 1999 b «Un seminario de teología narrativa» CHRISTUS 715 (Nov.-Dic.) 7-22
- 2000 a «El Encuentro, sus fases y desarrollo» CHRISTUS 717 (Mar.-Abr.) 8-9 (Encuentro de teología con ocasión de los 40 años de Obispo de don Samuel Ruiz.)
- 2000 b «Réplica al foro 1: La cultura indígena como elemento de permanencia» CHRISTUS 717 (Mar.-Abr.) 14
- 2000 c «Teología narrativa ante los nuevos sujetos o actores teológicos» 719 CHRISTUS (Jul.-Ago.) 44-45
- 2001 a «El discernimiento: en los ejercicios y fuera de ellos» México: Buena Prensa, 2001 'Colección ignaciana, 15' 21 x 13.5 cm 23 págs.
- 2001 b «Derechos humanos. En la sociedad, en la familia y en las sociedades religiosas» CHRISTUS 724 (May.-Jun.) 18-21
- 2001 c «Más que derechos humanos, la realidad de ser humanos» CHRISTUS 725 (Jul.-Ago.) 44-47
- 2001 d «Terribles destrucciones. Muere Digna. Vida digna en esperanza» CHRISTUS 727 (Nov.-Dic.) 23-27
- 2002 a «Don Sergio, de gran estatura en muchos sentidos de la palabra» CHRISTUS 728 (Ene.-Feb.) 24-25
- 2002 b «Dios bueno ¿quiere, permite, tolera los males de los que ama?» CHRISTUS 729 (May.-Jun.) 22-25 ☐



Testimonios

Varios

«Ser hermanos en el amor»

Gerardo Guillen de la Rosa.
Con todo mi amor

La primera vez que te vi fue en aquella misa en la basílica, cuando nos pronunciábamos por la liberación de JXel y de Gonzalo. Tú fuiste el encargado de la homilía. Te volví a encontrar, ya como candidato a la Compañía de Jesús, en la casa de ejercicios de Puente Grande, en aquella Acción Popular en la que se habló sobre el diálogo intergeneracional. Esa vez me sorprendió mucho conocer a un jesuita con 55 años en la Compañía de Jesús. Actualmente son 60. ¿Qué pasaba en el México de 1942? y 75 de vivir riéndote estruendosamente entre nosotros, supongo no te acuerdas de lo que pasaba en 1927. Claro que recuerdas muy bien lo que paso en los setentas, ochentas y noventas.

Nos hemos vuelto a encontrar varias veces, estando yo dentro de la Compañía. Poco a poco nos hemos ido haciendo amigos. Primero dentro del noviciado, aceptaste darnos un curso de antropología teológica, ¿Creo que ya llevas tres años colaborando en este curso para novicios?. Hemos convivido en las reuniones de Acción Popular, donde sueles decir lo que te da tu gana «Por ser él mas viejo». Recuerdo la vez que en una de estas Acciones Populares me pediste un café. Cuando te lo di, me diste un beso en la mano. Después me explicaste que anteriormente en la misa cuando el sacerdote recibía algo, besaba lo que le habían dado y la mano de quien se lo había dado. Ya en Guadalajara, como escolar de filosofía, han sido muchas las veces que nos has visitado. Hemos compartido la mesa, anécdotas y muchas risas.

También he sabido de ti por medio de muchos otros jesuitas: «Luis es el mejor superior que he tenido». «Fue de los que hicieron el postulado para la Congregación General 32, que después se convertiría en el decreto 4, aquel de la promoción de la fe y la justicia». «Una vez le propuso al padre Arrupe, cuando éste era General, que toda la comunidad fuera el superior». «Luis tenía las entrevistas con Luis de Tavira, a la hora que éste terminaba de sus andanzas por el mundo de los escenarios. A las tres de la mañana, cuando de Tavira regresaba del teatro, del Valle ya se había bañado y preparado café». «Alguien le dijo a Luis que él se había metido a la

Compañía, no por vocación sino por su mamá, y Luis contestaba con su ya conocido «Sí, y que».

Te agradezco mucho tu disponibilidad para platicar. Todas las veces que te he pedido un espacio para que conversemos, hemos encontrado un tiempo y un espacio. En ninguna ocasión me has preguntado el tema, siempre me has dicho que sí y, sea el tema que sea, me has escuchado y me has dado tu punto de vista. ¿Qué hace a Luis del Valle ser lo que es? «No se, ni me importa». Pero el mayor testimonio que me llevo es «Ser hermanos en el amor».

El árbol que camina

Jorge A. Narro Monroy¹

Conocí a Luis del Valle en 1976 —hace 26 años— durante la ordenación sacerdotal de un grupo de jesuitas en la casa de Ejercicios que la Orden tiene en Puente Grande, no lejos de Guadalajara.

Recuerdo claramente la imagen: un tipo enorme, robusto, de larga barba blanca, igual que el pelo, parado en la puerta de la capilla en la que minutos antes se había desarrollado la ceremonia. Por el color y la pinta de abad imaginé que se trataba de un cura extranjero.

Pronto me enteré que ni era fraile ni extranjero, sino un jesuita mexicano que se encontraba entre los fundadores, en América Latina, de la Teología de la Liberación. Años después lo tuve como maestro en dos cursos: Método teológico, primero, y Antropología Teológica, después.

Luego de 26 años en los que Luis ha sido mi maestro, mi compañero y mi amigo, descubro que lo que me impresionó de él en Puente Grande no era sólo la corpulencia, la mirada risueña y la barba, sino algo más: una combinación de rasgos; una mezcla de ternura y serenidad con poderío y audacia. Lo que vi entonces en Luis fue un árbol. Pero un árbol —como me hizo ver hace poco una amiga— «que camina».

A la sombra de Luis se congrega una vasta y heterogénea multitud. Empresarios y amas de casa, académicos y religiosos, políticos y miembros de organizaciones civiles hemos encontrado en Luis cobijo e

¹ Politólogo. Secretario de la Rectoría del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), de Guadalajara.

impulso. Una sombra que refresca para volver al camino. Pero no a cualquier camino...

Luis es hombre de convicciones profundas. Y renovadas.

Me detengo en esto.

Llama también la atención, en Luis, una cualidad poco usual: la de permanecer siempre joven. Mi padre acostumbraba decir que los seres humanos somos incendiarios de jóvenes y bomberos de viejos. No es el caso de Luis: fue precursor, uno de los primeros teólogos «de la Liberación», pero no se quedó en el pasado. Lo recuerdo en sus cursos, sosteniendo posiciones que para sus alumnos, treinta años menores, resultaban audaces. Y no se trataba de puro discurso, sino de experiencia vital, mantenida y enriquecida a pesar de innumerables sinsabores. El aparato eclesial, la institución, gran parte de su jerarquía, prefiere la seguridad del dogma, de la tradición, de los rituales y del poder. Por ello condenó a los «Cristianos por el socialismo», a la Teología de la Liberación, a la Iglesia de los pobres. Y ha tratado de disolver, con el olvido —y a veces con algo más— la opción preferencial por los pobres declarada con tanta fuerza y a la luz del Concilio Vaticano II, por la Conferencia Episcopal Latinoamericana en 1968.



Luis es un árbol que acoge no para instalarse en su sombra sino para seguir caminando. «Dios es siempre mayor», decía San Ignacio de Loyola. Siempre mayor de lo que sabemos y hemos experimentado de él. Por eso hemos de mantenernos en búsqueda continua. Siempre jóvenes.

Luis es un árbol que camina. Un sonriente abuelo que acaricia y consuela. Un joven inquieto que busca y recrea. En definitiva: un hijo de Ignacio de pies a cabeza.

Pequeña reseña de nuestra amistad con el P. Luis del Valle

Guadalupe Lafarga de Velasco
Con Cariño

Empezó hace ya muchos años porque mi hermano Juan Lafarga y él se hicieron muy amigos y poco a poco esa circunstancia fue dando pie a que Luis conociera a la gran mayoría de nuestra familia y con su manera cordial de ser a la fecha todos somos ya muy amigos y el también demuestra sentirse muy bien con todos.

Lo que más impresiona en la persona de Luis, es su desprendimiento de lo material para convertirse en un apóstol con un genuino espíritu de justicia social que lo ha demostrado a través de muchos años en su carrera de jesuita ya que siempre se ha comprometido a dar ayuda a los que más lo necesitan no sólo en la parte económica sino por su comprensión y su gran apertura a los grandes cambios que trajo consigo el Concilio Vaticano II que como muy pocos lo ha vivido.

Desde recién llegado de Alemania en donde estudió teología nos visitó varias veces aquí en Guadalajara,

y sus visitas nos dieron siempre un gran gusto, porque aunque acostumbrado a vivir elegante, se conformaba con nuestra manera sencilla de vivir y nos acompañaba llevando con él a 6 niños chiquitos que no era nada fácil de torear y la pasábamos todos muy bien, muy poco después murió mi esposo y Luis del Valle, siguió viniendo a mi casa al grado de que un día teniendo yo que ir a atender a una cliente de seguros, Luis se quedó con mis hijos en mi casa ayudándolos a que hicieran su tarea, se bañaran a tiempo, y merendaran mientras yo venía; esto de verdad no lo hace cualquiera.

Por último sus múltiples amigos de Guadalajara celebran sus cumpleaños con misa de Luis y una riquísima comida donde

nos juntábamos gente de las mismas características que Luis en cuanto a justicia social y ayuda a los demás por lo tanto son días muy esperados amenizados sobre todo por la alegría de Luis y el cariño de todos que él ha sembrado en nuestros corazones.

Vaya este pequeño escrito como un reconocimiento a lo que Luis del Valle nos enriquece con su amistad.

Luis del Valle

María de los Ángeles Ramos

Recuerdo que cuando estaba en el colegio Madame Carmen nos recomendó rezar porque en los momentos cruciales de nuestras vidas encontráramos a la persona adecuada para ayudarnos a seguir honrando nuestra vocación de cristianas. He tenido la inmensa suerte de encontrar a esas personas en los momentos trascendentes, a veces es un libro, otras un amigo y otras un amigo-sacerdote. Luis del Valle entra en esta categoría; lo conocí por ser amigo y compañero de la Compañía de mi hermano y poco a poco fue siendo amigo de la casa, alguien con el que se puede hablar de todo, cosas trascendentes y cosas intrascendentes, del mundo y del papel que la Iglesia juega en él; de política y de lo que nos toca a todos en los cambios hacia una sociedad más justa; de recetas de cocina y de teología.

Tuve la dicha de estudiar con él la Antropología Religiosa en un momento de mi vida en que se me había borrado el por qué y para qué de mi vida, a través del curso pude entender que no siempre nuestro camino va en forma lineal, que muchas veces hay que dar vueltas que parecen sin sentido, para reencontrar el sentido. Que no siempre nuestra madre la Iglesia ha sido y es inmaculada, pero sin embargo aun en los momentos en los que sus representantes han perdido la brújula ha permanecido fiel en la conservación del Mensaje de Cristo y nos ha preservado su memoria, que no borra la humanidad de sus consagrados, sino que, a pesar de las «humanecedades», se ha preservado lo Divino y sigue siendo «Nuestra Madre».

En Luis también he encontrado al ser humano que sabe reírse con cada una de las células de su cuerpo, al amigo al que uno puede complacer con un gran frasco de chiles manzanos en vinagre, o una buena cazuela de «chiles polkos» (receta de su mamá que ha compartido con nosotros) o unos sencillos chilaquiles.

Por todo ¡Gracias Luis! Y gracias a Dios por la vida y vocación de Luis del Valle Noriega.

El arcón de (in)utilidades de Luis

Francisco Ramos Salido

«COMO UN HOMBRE SABIO QUE SACA DE SU TESORO COSAS NUEVAS Y VIEJAS» (Mt. 13, 51)

Hace algunos años celebramos en la comunidad de Luis del Valle, que en aquel entonces estaba en la

calle de Miguel N. Lira, los cincuenta años de vida como jesuita del Pajarito. Enrique nos dejó hablar a todos. Todos hablamos en tono agradecido por lo mucho que nos ayudó. Al final Enrique solamente nos dijo: «todo esto ya me lo había dicho el diablo». Creo que lo que digo un poco más adelante también ya lo ha oído Luis. Algunas cosas se las habrá murmurado al oído su diablo guardián, otras, dichas a gritos, se las habrá escuchado de su ángel de la guarda.

A Luis lo conocí como maestro. No me lo vayan a tomar a mal; pero en mi formación tanto civil, como eclesiástica tuve muchos profesores; pero unos cuantos maestros. Luis fue uno de estos maestros que hacen que uno no sólo aprenda alguna disciplina; sino que logran que uno dé un paso en la conciencia. No me refiero a una conciencia moral; sino al consciente que nos permite crecer interiormente y nos hace más libres ante las teorías científicas o los dogmas de las religiones. Maestro es aquél que nos enseña a pensar y a ser responsables de nuestros pensamientos.

Luis tiene un gran arcón, que uno de sus amigos, impiamente, llama arcón de las inutilidades. Un arcón muy grande en el que hay cosas nuevas y viejas. Luis sabe el momento adecuado, preciso, en el que lo tiene que abrir su arcón para sacar la fórmula adecuada, la fecha precisa, la palabra exacta, el dato necesario.

Caminando por la sierra, un día me encontré que podía ayudar a unos indígenas con la medida de un terreno. Obviamente mis conocimientos de topografía no daban para mucho; pero ingenuamente creí que me acordaría de la trigonometría básica y esto me podía sacar de apuros. Sin embargo me tropecé con mi pésima memoria. No pude recordar la fórmula con la que podía sacar la superficie de un triángulo del que sabía únicamente longitud de sus tres lados. Estaba yo en esos apuros, cuando recordé el arcón de (in)utilidades de Luis. Le eché un telefonazo a Luis; y le hice la pregunta que me preocupaba en ese momento. Sin el más mínimo tartamudo, Luis me dictó la siguiente fórmula:

$$\text{área} = (\text{sen}(\text{acos}((a^2-b^2-c^2)/(2*b*c))))*b*c/2$$

También, en ese magnífico arcón, puede uno encontrar la receta para hacer pan integral en la Toast-Master o mejor aún, la receta de los «bigotes» que preparaba de manera tan exquisita Doña Margarita Noriega.

El arcón de Luis nos permitió pasar muchas veladas agradables. Enrique, John, Alfredo, Ronco, ¡Xel, reunidos en la hospitalaria comunidad de Tecualiapan, gozábamos las conversaciones y nos maravillábamos de la habilidad de Luis de ir sacando de su arcón cosas nuevas y viejas. Podíamos hablar del efec-

to Doppler, o del Natural Sobrenatural de Karl Rahner; de la teoría del Big Bang, o de la dieta baja en colesterol. Las ciencias exactas, lo cotidiano, y las preocupaciones sobre Teología y los derechos humanos en las iglesias, salían del arcón de Luis con natural soltura; como cosas sencillas dichas por quién ha estudiado mucho; pero además tiene una memoria privilegiada.

En este valioso arcón, no sólo hay cosas intangibles.

También se encuentra el desarmador adecuado, la llave de la medida exacta para la cabeza de tornillo más exótico, el alambre necesario para la conexión de una computadora, una mini cámara Minolta, o una engrapadora sin grapas. Tal vez esta engrapadora, que corta una pequeña lengüeta en la esquina de los papeles que se quieren mantener juntos, la dobla y la ensarta en una ranura cortada con exactitud, sea una de las cosas más valiosas que he visto en el arcón: pertenecía al último de los banqueros: Don Bernabé del Valle.

El complemento ideal de este arcón, es la bibliografía extensa que uno puede encontrar en la oficina o en el cuarto de Luis. Documentación perfectamente ordenada bajo el estricto sistema de archivo llamado ROC (Riguroso Orden de Caída). Desde la Biblia en Esperanto o el último libro de Lerkendof; los escritos de Xavier Jiménez y Carlos Bravo, o el último memorándum de Male Cubas; algún documento del Vaticano, o los avances de la teología india; los artículos de Christus y las reflexiones de los grupos marginales de laicos que también hacen teología.

En medio del archivo ROC, está sentada la computadora con dos particiones: una en Linux, y otra en Windows. El correo electrónico más bien atendido del planeta se administra desde el centro mismo del arcón. Y desde ahí mismo, en colaboración con John Sweeney, se mantiene vivo el servidor sjsocial.

Por grande que me haya parecido el arcón de Luis, siempre me doy cuenta que es una miniatura comparado con su corazón. Si en un principio conocí a Luis como maestro, después he tenido la fortuna de conocerlo como amigo. Este privilegio no es exclusivo mío, ni de nadie más. La infinidad de personas que pueden llamar con verdad, amigo, a Luis, es una lista tan grande que no cabría en el arcón de utilidades. Como el hombre sabio, también el hombre bueno saca de su corazón cosas nuevas y viejas. Saber conservar y cultivar amistades es un don que pocos tienen en la magnitud en que Luis lo manifiesta.

Amigos de la infancia, sus compañeros de formación, algunos que fueron sus alumnos en el Patria en sus tiempos de maestrillo; mujeres y hombres que se han cruzado en su vida; grandes hombres como Don Sergio Méndez y Pepe Llaguno; y todos los que hemos sido sus discípulos, o al menos sus alumnos. Amistades que no siempre han nacido de la mutua simpatía; pero que siempre han sido cultivadas en absoluta gratuidad.



En quién pensamos

Magui y Toño Uribe

En una remota parroquia de la Sierra Mazateca un agente de pastoral que espera recibir con interés la revista Christus, o en el barullo de las grandes metrópolis un sacerdote que estudia con detenimiento un tema de la revista, o bien una catequista que vislumbra con mayor amplitud y profundidad lo que significan las cuestiones de fe que en la revista se abordan, igualmente un rector de seminario que nos comenta el bien que les hace Christus. Al encontrarnos con estas personas no dejamos de pensar en quienes la hacen posible.

No dejamos de pensar en quienes hacen posible que publicaciones como Galilea Año 30, por su bajo precio, sea accesible a tantos. En quienes hacen posible que los «Conceptos útiles en Teología» igual que los «Indicadores de la modernidad», sean analizados y meditados en el seno de una comunidad educativa.

Y no puede uno dejar de pensar en quienes promueven y participan en los innumerables cursos, talleres y seminarios, tanto para laicos como para religiosas, que iluminan el camino para avanzar juntos. No

puede uno dejar de pensar en los teólogos que le siguen dando vigencia al Vaticano II, que haciendo inteligente nuestra Fe, hacen creíble nuestra Iglesia.

No puede uno dejar de pensar en el equipo de religiosos y cooperadores. No podemos dejar de agradecer a todos ellos y en particular a Luis del Valle Noriega, S.J. lo que significan... años siguiendo el evangelio en el acompañamiento de la comunidad.

El Centro de Reflexión Teológica y Luis como responsable de estas acciones y de muchas otras tareas de servicio y participación, se convierten en teología viva que narra en sí misma un encuentro con el Jesús presente.

En Luis descubrimos un entrañable amigo, profundamente leal y humano, que nos ayuda a soportar el invierno con la esperanza de crecer en primavera.

Luis del Valle, un teólogo intinerante

Jorge Alonso

Muchas reflexiones estimulantes se pueden sacar a flote acerca de Luis del Valle como amigo desprendido fiel e incondicional, generador de profundas amistades; pero prefiero evocar al teólogo y al maestro de teología. Quiero participar en el homenaje a Luis del Valle recordando uno de los innumerables seminarios que nos marcó a quienes fuimos sus alumnos, el seminario Natural-Sobrenatural que organizó en 1969. Al preguntarme qué fue lo que más me impactó, no puedo menos que responder que su metodología. Nos reunía a las siete de la mañana. Al llegar al salón olía un café bien elegido y mejor preparado. Había quien exponía detalladamente un tema, después, un replicante daba la pauta para la discusión, y por turno alguien fungía como secretario. Este último era muy importante porque iba recogiendo toda la discusión y las conclusiones a las que llegábamos colectivamente. Las sesiones eran acumulativas, se fundaban en los conocimientos que se iban estableciendo. La norma era, libertad en los contenidos, rigor en el método. El 19 de junio me tocó exponer el tema Libertad y Gracia en Gabriel Marcel. Uno de los teólogos que más leíamos por esas fechas era Karl Rahner. Para la sesión en cuestión yo debía tener en cuenta su libro *El oyente de la palabra*. Del filósofo Marcel el texto más importante para esa ocasión fue *Le Mystère de l'Être*. La pregunta rectora de esa sesión era si la filosofía podría decir algo sobre el tema natural sobrenatural. Una primera aproximación era que el filósofo Gabriel Marcel se había acercado a la refle-

xión de esa cuestión negándola como problema y aceptándola como misterio a partir del vivir humano. Marcel enfatizaba que su filosofía era una implicación de la persona como lugar de la gracia, o mejor, como realización del don. La revelación de la gracia y de lo sobrenatural no eran susceptibles de ser conocidos como una estructura por el análisis existencial. Pero una filosofía del pensamiento pensante como la de Marcel llegaba a tocar, en búsquedas creadoras las implicaciones personales de la gracia. ¿Por qué elegí tratar en un curso de Luis del Valle a Gabriel Marcel? Porque la filosofía de este último me decía mucho de Luis. Mi primer acercamiento a Luis había sido desde posiciones esquemáticas e intocables que en una clase me habían llevado a acusar a un Luis del Valle (que trataba de hacernos entender cómo había que abordar aquello de que fuera de la iglesia no hay salvación) de caer en posiciones no aceptadas por el dogma como yo limitadamente lo leía. Luis se había reído amablemente de esa posición soberbia y sin fundamentos. Había que abrir la mente por medio del estudio. Pero yo no era presa fácil. Mi cerrazón que consideraba fidelidad a la ortodoxia quería dar la pelea. Las exposiciones brillantes, la incitación al estudio, los argumentos penetrantes, y la invitación a desatar las ataduras mentales para poder pensar, más una cercanía muy humana y una vitalidad organizadora de reuniones de reflexión, vencieron mis resistencias. El último combate fue en el multitudinario encuentro de teología concreta que organizó Luis para poner a la teología a dialogar con las realidades presentes y con los problemas acuciantes de un México en cambio. Confieso que acudí para tener los argumentos también concretos para refutar a Luis. Pero el dinamismo desatado en ese seminario plural, interinstitucional e interdisciplinario, fue más fuerte. Luis habla de conversión. Tuve que reconocer que el teólogo Luis del Valle tenía sólidos fundamentos y que propiciaba que la teología no fuera la repetición de libros de texto, sino una creativa búsqueda. Si Gabriel Marcel se había definido como un filósofo itinerante, Luis me parecía un teólogo itinerante, no anclado, sino siempre en búsqueda creadora. Luis sabía juntar la reflexión teológica con la experiencia vivida. Lo concreto tampoco es algo dado, sino que se gana. La experiencia convertida en reflexión de fe, fidelidad, esperanza y amor, que no es otra cosa sino una experiencia auténticamente cristiana. Luis, un hombre cristiano, que piensa en cristiano. Se trata de un teólogo situado históricamente, comprometido con la causa profunda del cristianismo en su opción preferencial por los pobres. Luis se muestra como un hombre de fe. Lejos está de considerar a la fe

como cosa, y menos como amuleto, sino como una vida donde la alegría y la angustia se rozan. Nos invita a tener la experiencia de Dios como presencia



personal que nos llama a ser. El encuentro con Dios es a la vez invocación y compromiso de amor. En la experiencia de fe y en su realización en la vida Luis destaca el horizonte de la intersubjetividad. Hay un compromiso personal en el que nos encontramos implicados, y por eso mismo no podemos prescindir de la injusticia. Este mundo en destrucción por los valores del capitalismo, es el que tenemos que recomponer por los valores del cristianismo. Un cristianismo dinamizado por el amor, pero también implicado en la esperanza, que se sitúa en el cuadro de la prueba. Esperanza en Dios porque hay entrega y compromiso. El amor es esa disponibilidad hacia los otros porque nos abre a su presencia. El amor constituye un nosotros operante. Un amor que dura en la fidelidad. Y todo esto en la experiencia de la libertad. Ser libre es la respuesta al llamado divino que es la gracia. Hay incondicionalidad y generosidad. La libertad es esa respuesta a la inmanencia abierta a la trascendencia. Schillebeeckx escribió que la teología es la fe en el hombre que piensa. Nada mejor para definir a Luis del Valle. Su teología es un testimonio de una experiencia cristiana. Luis ha hecho teología en presencia del prójimo. Nos empuja a acercarnos al misterio de Dios, no como alguien de quien se habla, sino con quien se habla. La teología que Luis inculca no es apologética, sino de invitación, abierta al horizonte del no creyente. Denuncia las malas concepciones de la fe (ni ilusión, ni opinión, ni tecnicismo para facilitar situaciones de credulidad, ni garantía para hacer tratos, sino como

virtud y entrega al misterio). Es la invitación a un Dios viviente en un mundo en el que tenemos que actuar conforme a un compromiso de vivir como hermanos. Por eso el análisis de la realidad, por eso la crítica a la explotación, a la dominación, a la humillación, a la falta de dignidad. Por eso la búsqueda de formas mejores de convivencia. Por eso el escudriñar los signos de los tiempos. Se puede hablar mucho de la teología que Luis ha practicado e inculcado. Estoy consciente de que ha faltado mucho, y tal vez elementos esenciales. Pero he querido destacar que la teología de Luis del Valle no es de las apoltronadas, serviles de poderes, sino la que insistentemente está en marcha, en búsqueda, inquieta e inquietante, movillada y movilizadora, expuesta a las represalias de los acomodados, sujeta a pruebas, sinsabores y persecuciones. No es la que gustará a las poderosas, sino la que interpelará las conciencias. Luis optó por esta vía, y ha experimentado los sinsabores, pero también las gratificaciones de los avances y los encuentros. A sus 75 años, no se ha cansado. Sigue caminando con aperturas renovadas e innovadoras.

Su presencia siempre impone

Xavier Boelsterly Urrutia
Con mucho cariño

Luis llegó a la familia Velasco León en los años 60's,
y se quedó para siempre

Luis ha bautizado, impartido la Primera comunión, casado, ayudado a bien morir y celebrado misas de despedida terrenal, y de otras varias y múltiples celebraciones, tanto de la familia Velasco León como de familias políticas, como la mía. En estos 40 años, ya hasta perdimos la cuenta.

Su presencia siempre impone, y no solo por su tamaño. Sus carcajadas se oyen antes de que entre al lugar donde uno se encuentra, su voz fuerte llama la atención, su peculiar servilleta a cuadros rojos o azules se ve a lo lejos, el gusto con el que come y saborea la comida, lo que platica y la forma en como lo hace, las anécdotas que cuenta —propias o de la vida en general—, los idiomas que habla, sus conocimientos amplios en tantos y tantos temas, su excelente sentido del humor, la sencillez con la que ve y

vive la vida —lo cual entraña, al mismo tiempo, una profundidad inalcanzable—, su congruencia entre el pensar, decir y hacer, pero sobre todo, su amor por los demás, por sí mismo y por la vida.

Comento algunos recuerdos que lo pintan solo:

1. Una tarde llegó a la casa de mis suegros Josefita y Ernesto Velasco, vio su cama y se le antojó correr y brincar sobre ella; lo hizo, y el resultado no se hizo esperar: la cama se vino al suelo, toda desvencijada. Mi suegro se lo agradeció; había querido quitarle la piecera a la cama, pues le estorbaba para dormir. Problema resuelto.
2. Hace tres meses, cenando familiarmente en nuestra casa en San Luis Potosí, Luis nos platicó ampliamente del Esperanto, este idioma que busca lograr una comunicación más pareja entre los seres humanos, y que estos se puedan relacionar en condiciones de igualdad, entre otras de sus finalidades. Luis, a sus 75 años, lo está aprendiendo.
3. Mis padres murieron hace 10 y 12 años. Luis fue quien les abrió el camino para ver con claridad la luz eterna. Se conocían de tiempo atrás, sin llevar una relación íntima. La sencillez, el sentido de vida eterna y el amor de Luis, les permitió tener una verdadera comunicación humana. Ellos, estoy seguro, descansan en paz.

Mis familias —conyugal, fraterna y política— te están profundamente agradecidas. Yo, en lo personal, he recibido tanto de ti, que espero estas líneas sirvan como un reconocimiento al gran hombre que eres.

Deseo sigas con nosotros siempre, y que vivas con plenitud muchos años más.

Luis del Valle en sus 75 años de vida

Mardonio Morales Elizalde

Damos gracias al Señor por los más de cuarenta años del P. Luis del Valle de fecundo apostolado en la cátedra teológica.

Una vida de entrega generosa para transmitir la reflexión de la verdad eterna en la vida concreta que nos ha concedido el Señor. Es el camino que nos lleva al Padre. (Jn. 14,6)

Tiene un valor incalculable el compromiso de ir descubriendo en el diario vivir la voluntad del Señor. Exige una profunda reflexión que ha de concretarse en la acción. Este ir y venir de la reflexión a la cotidianidad, supone un espíritu abierto, sensible y dis-

puesto a percibir las grandezas del Señor en nuestras pequeñeces y balbucesos.

Por esto agradecemos al Señor que nos haya concedido tener este teólogo comprometido con nuestra realidad, que nos ilumina, nos alienta y nos abre caminos para nunca desfallecer en nuestra búsqueda de este Señor que se realiza en los más pequeños.

Luis del Valle, el Amigo

Graciela Fernández Pierre

Cuando me invitaron a comentar mi experiencia de amistad con el padre Luis del Valle gustosa acepté, pensando que iba a ser fácil, si personas calificadas iban a comentar sobre sus experiencias junto al maestro, al sacerdote y al teólogo, yo sin compromiso, nada más tenía que hablar del amigo, el conocido, todavía quise darle categoría a lo que yo he vivido junto a Luis del Valle y aumenté, como su empleada en CRT ya que fue mi jefe en la temporada que trabajé en CRT.

Después de romper varias hojas recordé sus palabras en un sinnúmero de situaciones, «hay que hacer un esquema». Me dispuse a ello, pero, ¿Quién puede sintetizar en un esquema al P. Luis del Valle? Hacer un esquema del amigo, el hombre siempre presente y respetuoso, que comunica sus valores y respeta a la persona única e irrepetible, que muestra con firmeza, prudencia, alegría y gran maestría su punto de vista, y con esa misma alegría su respuesta ante una consulta es «Discierne niña».

Ante una acción equivocada puntualiza los elementos que no se tomaron en cuenta; ése es el Padre Luis del Valle, el gran conversador con el que puede uno transportarse al pasado y reconstruir las escenas y perfilar a los presentes; y cuando es posible ubicarlos en la actualidad.

El Padre Luis del Valle un gran compañero testigo de Cristo hace vida el Evangelio en Mt. 11,19 y Jn. 15,15.

Amigo incondicional

Salvador Velasco León y familia

Que ha representado para mi y para mi familia la amistad de Luis del Valle.

De Luis puedo recordar rápidamente su alegría de vivir fácilmente identificable por sus carcajadas sonoras, siempre sinceras.

Es el amigo incondicional que te escucha paciente-mente para darte un consejo desde un punto de vista muy humano el Teólogo que ve en todos y cada uno de nosotros humanos a Dios.

Vive como predica, con un gran compromiso social subrayando; un compromiso social serio sincero y a fondo. Compromiso que a veces lo ha llevado a perder temporalmente su sonrisa pero no su confianza en Dios.

Luis al ver en cada uno de nosotros la representación de Dios se entrega por igual sin distinción a todos aquellos que lo necesitan, es por esto es tan querido.

Su lucha a través del CRT y de CHRISTUS creando conciencia de la igualdad y justicia que deben prevalecer ha sido lo mejor que nos ha dado. Muchas gracias Luis por tu ejemplo.

Generosidad que manifiesta en cada uno de sus actos

Juan Pablo Rose

Una de mis más preciadas posesiones como aficionado la cocina, es una copia del recetario manuscrito de la mamá de Luis. Él me la trajo en una de sus tantas visitas a Guadalajara. La razón del obsequio es que en el curso de una sobremesa, Luis comenzó a platicar sobre la cocina de su mamá y en particular de una confección que no comía desde que doña Margarita Noriega dejó de hacerla. Al oír la descripción del opulento platillo, me llamó la atención y me ofrecí a reproducirlo en la ocasión propicia. Luis, quizá dudoso de que su evocación de la receta no fuera correcta y de que mi interpretación se alejara más de la confección materna, me prometió una copia del recetario que su mamá compiló. No recuerdo si pasó mucho o poco tiempo entre tener el recetario y preparar el platillo. Supongo que ese lapso tuvo que ver con la temporada adecuada y que Luis coincidiera con ella en Guadalajara. El caso es que los zacatecanos *Chiles Polkos* aparecieron un día en una de esas mesas perfectas que le gusta montar a Cristina. Luis se puso ese babero a cuadros que le acompaña y que parece pequeño cuando se lo acomoda protegiendo la parte más expuesta de su guayabera, y atacó con el gusto que le caracteriza los gordos chiles poblanos rellenos de carne y frutas secas y confitadas, que reposaban en una Juliana de col y zanahoria, y cubiertos de un picadillo de piña, guayaba, plátano y manzana. Luis manifestó su aprobación con esa misma generosidad que manifiesta en cada uno de sus actos. Desde entonces,

año con año se hacen *Chiles Polkos* en esta casa como forma de subrayar la amistad que nos une a Cristina y a mí con ese ex-gordo, pero siempre amigo, siempre Luis, siempre jesuita.

Recuerdos y presencia de Luisón

Sergio Cobo

El «Gordo Valle» como le llamamos con cierta irreverencia y mucho cariño, es lo que parece: grande como su espíritu, bonachón por fuera y por dentro, profundo como su mirada, con su peso moral (y físico.)

Tal vez también por eso provoca antipatías de algunos grupos de poder y conservador, para quienes resulta molesto alguien «de peso» que desde la sencillez y profundidad teológica cuestiona casi sin querer el dogmatismo anquilosado.

No se trata de maniqueísmos entre los buenos con Luisón y los malos contra él; pero el querido gordo ha resultado una espada de dos filos desde que llegó con su doctorado teológico de la gregoriana, al por los 60's, hasta su convocatoria desconcertante y heterodoxa de buscar la expresión teológica en los chavos banda, grupos musicales, homosexuales, compañeras luchadora y sectores excluidos...

¡A sus 76 años todavía anda buscando!

Así lo conocí desde que comencé la teología en los 70's. Si quisiera describir un resumen del perfil de ese maestro de teología y diría:

- No ha sido maestro impositivo, sino compañero de búsqueda teológica. Sus alumnos recordamos la insistencia en una de sus consignas: «rigor en los métodos, libertad en los contenidos»
- Contagia una rara combinación de profundidad en los planteamientos con sencillez y hasta humor en la expresión teológica.
- Es interesante que siendo el maestro más viejo del Instituto Teológico, es quien llevó la calificación más alta de los escolares jesuitas como profesor, ¡y ya sabemos cómo se las gastan los jóvenes en cuanto a criticar a sus maestros!

Por todo eso y mucho más me uno a los jesuitas, ateos, excluidos, intelectuales, familiares y amigos de Luisón en la acción de gracias por tenerlo como profesor. Hermano compañero y sobre todo como amigo en el Señor. ☒



Colaboraciones

Gozos y exigencias en la canonización de Juan Diego

Sebastián Mier
Teólogo del CRT

El reconocimiento oficial por parte de la autoridad de la iglesia católica de la santidad de Juan Diego es un motivo de alegría que conlleva muchas exigencias para todos los mexicanos, tanto indígenas como mestizos. Tareas urgentes para la iglesia y para toda nuestra sociedad.



Para el sentir católico y el sentir patriótico es un motivo de profunda satisfacción el reconocimiento de santidad de un hermano nuestro. Un regalo de Dios, ciertamente, pero también fruto de la calidad y del esfuerzo de un ser humano. De hondo significado y que nos revela la enorme ri-

queza humana y cristiana de todos estos pueblos autóctonos, simbolizados en Juan Diego. Porque él no necesitó dejar de ser indio para ser santo; antes bien se ha calificado a todo el conjunto del evento guadalupano como «evangelio perfectamente inculturado». El anuncio explícito del mensaje cristiano potenció lo que ya el Espíritu había sembrado en la cultura indígena, valores que aún ahora constituyen un aporte para nuestro país, aunque no los tomamos suficientemente en cuenta. Seguramente a ello se refirió el papa Juan Pablo cuando proclamó en su homilía: «¡México necesita de sus indígenas!»

Ya muchos han ponderado de diversas maneras estos motivos de gozo; no obstante, esta canonización constituye también un reclamo a nuestra coherencia, muchas veces dramáticamente incompleta e injusta. Por ejemplo: alabamos a María, la mujer de quien nació Jesús, y multiplicamos las maneras de honrarla. Y, por otro lado, vivimos cotidianamente múltiples discriminaciones contra las mujeres; como si el reconocimiento de una de ellas tranquilizara nuestra conciencia frente a las injusticias de las que somos autores o cómplices contra las demás.

De una manera análoga corremos el serio peligro de que la «glorificación» de Juan Diego cubra con su manto las tremendas discriminaciones de que siguen siendo objeto las personas y los pueblos indígenas en el México del siglo XXI; de que —contentos con una nueva visita del papa y la celebración en la basílica— sigamos cerrando los ojos y el corazón frente a los enormes valores y las tremendas necesidades de esos hermanos.

Entre esos valores señalo los siguientes:

- un profundo sentido comunitario, frente al tremendo individualismo primermundista que desintegra las familias y todo compromiso duradero
- un ejercicio de la autoridad verdaderamente como servicio gratuito, frente a la avaricia de

riqueza y de poder evidentes en muchos de nuestros políticos

- el valor de la palabra pronunciada, frente a la multiplicación de las mentiras y de los reglamentos y las promesas no cumplidas aunque consignadas por escrito
- honda armonía con la naturaleza, frente al ansia de explotarla para un pronto enriquecimiento y la multiplicación de las comodidades
- viva conciencia de la presencia universal de Dios...

El año pasado la organización de los pueblos indígenas vivió un momento culmen cuando —después de muchas y prolongadas luchas de diversa índole— varias mujeres y varones del Congreso Nacional Indígena y del EZLN hicieron uso del micrófono en la Cámara de Diputados Federales para reclamar el cumplimiento de los acuerdos de San Andrés que elevaría a rango constitucional el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas. Sabemos que los diputados y senadores («nuestros representantes autorizados», «interpretando nuestro sentir y defendiendo nuestros intereses») impusieron importantes restricciones al proyecto aprobado en el diálogo de San Andrés. Pero la discriminación cotidiana que padecen las personas y pueblos indígenas es aún mucho más grave que la legislativa.

Todavía es muy común la expresión de que quienes hablamos en español somos los «de razón», mientras que los hablantes de «dialectos» han de carecer de ella. Ser bilingüe porque se maneja el inglés es motivo de orgullo y de mejor remuneración económica, pero serlo porque también se domina un idioma mexicano por nacimiento es motivo de vergüenza y de burla. Al grado de que muchos indígenas tratan de disimularlo, y ya no enseñan su idioma a sus hijos. Sin embargo, el diálogo entre Tonantzin Guadalupe y Juan Diego se desarrolló en náhuatl. ¿Qué significa para nosotros hoy que alguien «sin razón» sea reconocido como santo? Quizá, como actuamos muchas veces en la práctica, que constituye una excepción a quien podemos honrar y hacerle fiesta, pero que no nos lleva a reconocer operativamente la dignidad igual de todos sus connaturales.

Y más amplia y profundamente hemos de caer en la cuenta de que nuestro culto a Juan Diego corre el riesgo de hipocresía si no nos preocupamos efectivamente por la salud de su tío Bernar-

dino, símbolo de todo el pueblo. Y este pueblo sigue padeciendo —en medio de todos los adelantos de la medicina y las abundancias del libre comercio— endémicas enfermedades curables y desnutrición crónica.

La canonización de Juan Diego tuvo que esperar varios siglos, pero ¿cuántos tendrán que esperar sus/nuestros hermanos/as indígenas para tener un precio justo para sus productos y un trabajo digno y bien remunerado tanto en sus lugares de origen como en otros muchos a los que han tenido que emigrar tanto en el campo como en la ciudad? ¿O será que la dignidad de la persona y de su trabajo sólo se mide en pesos o, mejor aún, en dólares?

Además de las exigencias que nos son comunes con todos los mexicanos, dentro de nuestra iglesia tenemos otras más particulares. Se reconoce que en el mensaje guadalupano encontramos un ejemplo de «evangelización perfectamente inculturada». (A la inculturación nos invitan —con ese término o con otros— múltiples documentos del magisterio y en América Latina en especial el de Santo Domingo.) En efecto, el relato del Nican Mopohua se sirve no sólo del idioma indígena sino también de muchos enfoques de su cosmovisión y de abundantes símbolos que han sido analizados detenidamente.

Sin embargo esa inculturación quedó prácticamente detenida durante más de cuatro siglos e incluso ahora, a pesar de los documentos aludidos y de sus avances en otros continentes, es aún muy deficiente. La canonización de Juan Diego debería constituir un impulso más serio para perder el miedo y la desidia a fin de colaborar en una adecuada inculturación de la liturgia, la teología, la catequesis, los ministerios y todas las dimensiones de la vida eclesial en las diferentes etnias de nuestro país (y continente)... Esa inculturación estuvo ricamente presente en la liturgia de la beatificación de los oaxaqueños Jacinto y Juan Bautista y demasiado discreta en la misa de Juan Diego.

Hay que resaltar también que el acercamiento misericordioso de María de Guadalupe hacia la raza conquistada, simbolizada en Juan Diego, no sólo lo mira con ternura sino que también lo impulsa a recobrar su autoestima y dignidad, insistiendo en que sea él quien lleve adelante la misión encomendada. Y Juan Diego procedió así: vence las dificultades interiores y externas, y lle-

va a cabo cumplidamente el encargo recibido. De un modo semejante en nuestros días, no se trata de hacer a los indios objetos del asistencialismo sino de reconocer e impulsar la organización y la lucha que ellos mismos llevan adelante en muchos ámbitos y regiones.

Así tras esta fiesta nacional que implica enormes responsabilidades, hemos de colaborar delante del Padre de Jesús, —ante quien no hay diferencia entre judíos y griegos— y ante Tonantzin Guadalupe fraternalmente todos sus hijas e hijos de todas las razas.

Cuahtlatloatzin Juan Diego, santo indio rebelde

Eleazar López Hernández
Centro Nacional de Ayuda a las Misiones Indígenas, CENAMI

La visita actual de Su Santidad el Papa Juan Pablo II es una ocasión propicia para analizar y valorar la relación que la Iglesia ha establecido y ahora trata de renovar con los pueblos indígenas de México y del mundo entero.

Las palabras de Juan Diego ante la Virgen de Guadalupe, cuando ella le mandó a la casa del obispo es bastante expresiva de lo sucedido en la historia: «Me envías a un lugar donde no ando y no paro» (Nican Mopohua 40). Es un hecho innegable que, a pesar de los buenos sentimientos de varios ilustres misioneros de la primera hora, el indígena y su mundo, sobre todo el religioso, no tuvieron cabida en los planteamientos evangelizadores de la Iglesia. El llamado «Diálogo de los Doce» en 1525 lo mostró claramente cuando, después de escuchar a los tlatoanis y tlaminis aztecas que afirmaban que el Dios cristiano era el mismo Dios indígena, los recién llegados concluyeron el diálogo de manera tajante: «Os es muy necesario despreciar y aborrecer, desechiar y escupir todos estos que agora tenéis por dioses y adoráis, porque a la verdad no son dioses, sino engañadores y burladores...».¹ En la perspectiva colonial no podía haber concesión alguna frente a las creencias de un pueblo conquistado. La religión del vencedor era, en razón de los acontecimientos, necesariamente superior y ha-

bía que imponerla como parte del nuevo modelo de sociedad.

Durante la época colonial y hasta muy recientemente entrar en la iglesia conllevó, de hecho, la renuncia total a los esquemas propios de fe dejando en la puerta de los templos cristianos los penachos, las plumas, los ayates, los cencerros, el tambor, los atuendos festivos, la lengua, en fin, hasta el alma propia para revestirse de lo nuevo a la manera del conquistador. Quienes se sometieron a esta lógica implacable, renegando de lo propio, ciertamente tuvieron que enfrentar a sus hermanos indios y muchos sucumbieron a manos de ellos en defensa de la nueva fe y por eso son santos para la Iglesia. Pero hoy cabe preguntarnos ¿es ese el único camino que la iglesia presenta a los pueblos indios para acceder a Jesucristo y a su evangelio?



Durante estos quinientos años ha sido muy difícil para la iglesia entender, valorar y, sobre todo, asumir la alteridad indígena. Por eso en la mayor parte de este medio milenio de cristianización los indígenas no avanzamos significativamente en ella sino en los últimos 40 años. Nuestro ámbito de acción ha sido sobre todo el de la religiosidad popular que es muy amplia en expresiones y contenido pero se halla al margen o en la periferia de la vida eclesial. Durante mucho tiempo incluso la Virgen de Guadalupe, que es el núcleo central de la primera síntesis cristiano-indígena, fue aceptada en la iglesia, pero sin Juan Diego, y

¹ Fr. Bernardino de Sahagún, *Colloquios*, cap. V, 29

con reiterados esfuerzos de despojarla de su contenido profundamente autóctono.

En estos días el Santo Padre canoniza a Juan Diego y beatifica también a los mártires zapotecas de Oaxaca. Con ello está afirmando que también los indios somos capaces de llegar a los altares y ser modelos de vida para los demás, que es lo que significa la palabra «canonización».

Pero los santos en cuestión no tienen la misma connotación e importancia. Podemos decir que los mártires de Oaxaca, al igual que los niños mártires de Tlaxcala, son expresión de la vía clásica a la santidad en la iglesia, por cuanto son personas que se dejaron moldear sin reservas por la institución renunciando a su cultura, a su pueblo y hasta a su propia vida. Pero Juan Diego tiene otras características que lo hacen un modelo de santo muy diferente. El conoce la iglesia y se hace cristiano cuando ya era una persona madura, casi un anciano: tenía 57 años. De modo que su identidad profunda, lo que los antiguos mexicanos llamaban «rostro y corazón», no fueron moldeados por el contacto con la iglesia, sino por la cultura y la fe prehispánica de su pueblo. Al bautizarlo la iglesia no le dio santidad, sino que consagró y ratificó, como obra de Dios, su bondad humana anterior a la presencia cristiana y su santidad de vida. Por tanto Juan Diego, así como transportó para el obispo las flores en su tilma, es decir, en su persona, llevó también a la iglesia la santidad del pueblo indígena.²

Además Juan Diego no llegó a ser Santo porque se sometió a la iglesia e hizo sin chistar todo lo que le mandaron hacer, que es lo algunos quisieran hacernos creer. Lo que en realidad pasó es que Juan Diego hizo que la iglesia se plegara a la verdad y el proyecto indio; por eso le dice al obispo al entregarle las rosas: «para que veas la señal que tú pedías, para que creyeras en su voluntad {de la señora del cielo}; también aparezca

2 Es lo mismo que pasó en los primeros siglos de la iglesia, cuando los creyentes expulsados de Judea se vieron dispersos por el mundo grecoromano y empezaron a relacionarse con personas de otras culturas y expresiones religiosas, en quienes encontraron valores humanos y espirituales dignos de encomio. San Gregorio Naclanceno, a propósito del bautismo de su hermana, que era una santa pagana, sostiene que ya que «toda su vida era purificación y perfección... el bautismo no le dio la gracia sino la consagración» (Oraciones 8,20: Patrología Griega 35, 812c; citado por la comisión Episcopal para los Indígenas de la CEM en los Fundamentos Teológicos de la Pastoral Indígena, 1988,35)

la verdad de mi palabra y mi mensaje» (Nican Mopohua 106). Quien finalmente se aparece en el relato guadalupano es Juan Diego. Por eso la gente sencilla mira ese hecho como el gran milagro de nuestra reconstrucción como pueblo después de las barbaridades de la conquista, y por eso cuanto se le cree amenaza con el dicho popular: «se te va aparecer Juan Diego». Y es que Juan Diego no fue al palacio episcopal para quedarse y contemplar a la institución, sino para sacar al obispo y llevarlo al Tepeyac (lugar de las creencias de su pueblo) y a Cuautitlan (lugar de sus ancestros), para construir con el pastor la teocalli o templo de Tonantzin, la Madre de todos los Dioses precolombinos (cf. Nican Mopohua 22) y Madre de nuestro Salvador y nuestro Señor Jesucristo (Cf. Nican Mopohua 53). No se trata simplemente del acatamiento de la religión foránea, sino de la apropiación de su contenido más profundo dentro de los esquemas indios. No es, por tanto, la renuncia ni la sobrevaloración de lo propio sino el dialogo con la propuesta del otro para alcanzar la síntesis que hermane a ambos en un nuevo proyecto de vida.

Juan Diego no es un santo fácil de manejar, como tampoco lo somos los indígenas de hoy que hemos ido conquistando, en la sociedad y en la iglesia, los espacios necesarios para una participación madura y responsable. Lo que históricamente hizo Juan Diego como primer teólogo indio cristiano se ha convertido en un símbolo de la resistencia indígena presente en toda nuestra historia patria y que recientemente ha hecho erupción en Chiapas, en Oaxaca, en Guerrero, en San Salvador Atenco. Juan Diego aparece ante nuestra gente como un santo rebelde e inconforme con el orden establecido, como un profeta aguerrido, un miembro del pueblo que «se puso águila para salvarlo del caos producido por intereses foráneos. Por algo su nombre originario es Cuauhtlatloatzin, es decir, «respetable águila que habla», porque el es, en verdad, el Tlatoni que el cielo nos envía. Por eso Juan Diego somos todas y todos los que resistimos al mal y luchamos por alternativas de vida digna.

En consecuencia, canonizar a Juan Diego es reconocer la razón histórica que asiste a los pueblos indios en nuestra lucha de siglos: pueblos aplastados por las armas y por el poder de los hechos consumados, pero no vencidos en sus derechos humanos y colectivos en cuanto descendientes de los, primeros pobladores de este continente. La iglesia, aunque tardíamente, reconoce ahora

que los valores y la santidad presentes en nuestras tradiciones y culturas, son resultado de la siembra hecha por el mismo Dios de la biblia, de la iglesia y de nuestros padres indios, y que tales valores y santidad indígena pueden no sólo entrar válidamente en la iglesia sino ser modelo de vida para todos los cristianos. Esto marca el inicio de otro momento en nuestra historia, porque puede ser la base de una nueva relación de la iglesia con los pueblos indios. Queda el compromiso de clarificar en lo concreto las relaciones eclesiales y pastorales que deben establecerse con quienes mantienen sus diferencias culturales y religiosas como parte de su identidad profunda.

El Papa Juan Pablo II, desde su primera visita a México, inició en Cuilápan, Oaxaca (1979) con nuestros pueblos una relación que ha ido creciendo más y más. En las comunidades indígenas fue descubriendo a lo largo de sus posteriores contactos grandes valores humanos, culturales y religiosos, que él reconoció necesarios para la renovación de la sociedad y de la iglesia.

En Yucatán, en 1993, los descendientes de los primeros habitantes de México y del continente, aparecimos ante Juan Pablo II como los nuevos evangelizadores del mundo, porque *«antes de que llegaran aquí los habitantes de otros continentes, vosotros habías ya dado a esta tierra el sabor de las fatigas de vuestro trabajo y de vuestros sufrimientos, la riqueza de vuestras culturas ancestrales, de vuestros valores humanos, de vuestras lenguas. Pero con la fe cristiana todo ello recibió un significado nuevo y más profundo. Vosotros sois, pues, la sal de la tierra... porque habéis de contribuir a evitar que la vida del hombre se deteriore o se corrompa persiguiendo los falsos valores, que tantas veces se proponen en la sociedad contemporánea»*.³

En la IV visita papal a México (1999) los indígenas ocupamos un lugar preponderante en las palabras y gestos del santo Padre. De modo que la

relación del Papa Juan Pablo II con los pueblos indígenas ha ido en un crescendo cada vez más alto y profundo. Ahora, en su V visita, el Papa culmina su obra de canonización de Juan Diego, proponiendo el paradigma indígena como cánón o norma de vida para todos.

Pero reconocer, convalidar y consagrar la vía indígena a la santidad, metiendo de lleno la perspectiva autóctona en la iglesia no se puede reducir a actos simbólicos que exaltan los ánimos hasta el cielo, y luego se hechan al olvido. Implicará, si queremos ser consecuentes, renovar en serio a la iglesia desde dentro y asegurar la solidaridad cristiana y el acompañamiento pastoral efectivo a las luchas concretas de nuestros pueblos. Si las hermosas palabras y gestos simbólicos de estos días no se convierten en actitudes permanentes de vida y de servicio, los pueblos y la historia juzgarán a la iglesia sin miramientos. Y entonces a la iglesia se le aparecerá Juan Diego y, tal vez, ya sin la Virgen, como dice el vulgo. Es el mismo desafío que se presenta al conjunto de la sociedad mexicana: incorporar dignamente a quienes somos la raíz primera y el origen de la patria mexicana para que haya



pronto un futuro que valga la pena.

Es la hora de construir un México y un mundo donde haya lugar digno para todas y todos. Esto implica necesariamente, para el Estado, el cumplimiento de los acuerdos pactados con las comunidades indias, la aprobación de las leyes, estructuras, mecanismos, que reconozcan y viabilicen la composición de un estado verdaderamente pluricultural y pluriétnico, y que respondan cabalmente a las exigencias de nuestros pueblos. Y para la iglesia, la puesta en marcha de las decisiones conciliares sobre el surgimiento de las iglesias autóctonas, el decidido apoyo a los procesos indios dentro de la institución, como el diaconado indígena, la teología india, los ministerios autóctonos, la liturgia inculturada. Mientras esto suceda, Juan Diego seguirá diciendo Tonantzin Guadalupe: «Me envías a un lugar donde no ando y no paro». ☩

³ Juan Pablo II, Discurso a los pueblos indígenas en Xoclán, 11 de agosto de 1993.

Documentos

Homilía después de canonizar a Juan Diego

Juan Pablo II

Ciudad de México a 31 de Julio 2002

1. «¡Yo te alabo, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a la gente sencilla! ¡Gracias, Padre, porque así te ha parecido bien!» (Evangelio de San Mateo 11,25)



Queridos hermanos y hermanas: estas palabras de Jesús en el evangelio de hoy son para nosotros una invitación especial a alabar y dar gracias a Dios por el don del primer santo indígena del Continente Americano.

Con gran gozo he peregrinado hasta esta Basílica de Guadalupe, corazón mariano de México y de América, para proclamar la santidad de Juan Die-

go Cuauhtlatloatzin, el indio sencillo y humilde que contempló el rostro dulce y sereno de la Virgen del Tepeyac, tan querido por los pueblos de México.

2. Agradezco las amables palabras que me ha dirigido el Señor Cardenal Norberto Rivera Carrera, Arzobispo de México, así como la calurosa hospitalidad de los hombres y mujeres de esta Arquidiócesis Primada: para todos mi saludo cordial, Saludo también con afecto al Cardenal Ernesto Corripio Ahumada, Arzobispo emérito de México y a los demás Cardenales, a los Obispos mexicanos, de América, de Filipinas y de otros lugares del mundo. Asimismo, agradezco al Señor Presidente y a las autoridades civiles su presencia en esta celebración.

Dirijo hoy un saludo muy entrañable a los numerosos indígenas venidos de las diferentes regiones del país, representantes de las diversas etnias y culturas que integran la rica y pluriforme realidad mexicana. El Papa les expresa su cercanía, su profundo respeto y admiración, y los recibe fraternalmente en el nombre del Señor.

3. ¿Cómo era Juan Diego? ¿Por qué Dios se fijó en él? El libro del Eclesiástico, como hemos escuchado, nos enseña que sólo Dios «es poderoso y sólo los humildes le dan gloria» (3,20). También las palabras de San Pablo proclamadas en esta celebración iluminan este modo divino de actuar la salvación: «Dios ha elegido a los insignificantes y despreciados del mundo; de manera que nadie pueda presumir delante de Dios» (1 Co. 1, 28-29)

Es conmovedor leer los relatos guadalupanos, escritos con delicadeza y empapados de ternura. En ellos la Virgen María, la esclava «que glorifica al Señor» (Lc. 1,46), se manifiesta a Juan Diego como la Madre del verdadero Dios. Ella le regala, como señal unas rosas preciosas y él, al mostrarlas al obispo, descubre grabada en su tilma la bendita imagen de Nuestra Señora.

«El acontecimiento Guadalupano —como ha señalado el Episcopado Mexicano— significo el comienzo de la evangelización con una vitalidad que rebasó toda expectativa. El mensaje de Cristo

a través de su Madre tomó los elementos centrales de la cultura indígena, los purifico y les dio el definitivo sentido de salvación» (14.05.2002, n.8). Así pues, Guadalupe y Juan Diego tienen un hondo sentido eclesial y misionero y son modelo de evangelización perfectamente inculturada.

4. «Desde el cielo el Señor, atentamente mira a todos los hombres» (Sal. 32,13) hemos recitado con el salmista, confesando una vez más que nuestra fe en Dios, que no repara en distinciones de raza o de cultura. Juan Diego, al acoger el mensaje cristiano sin renunciar a su identidad indígena descubrió la profunda verdad de la nueva humanidad, en la que todos están llamados a ser hijos de Dios en Cristo. Así facilitó el encuentro fecundo de dos mundos y se convirtió en protagonista de la nueva identidad mexicana, íntimamente unida a la virgen de Guadalupe, cuyo rostro mestizo expresa su maternidad espiritual que abraza a todos los mexicanos. Por ello el testimonio de su vida debe seguir impulsando la construcción de la nación mexicana, promover la fraternidad entre todos sus hijos y favorecer cada vez más la reconciliación de México con sus orígenes, sus valores y tradiciones.

Esta noble tarea de edificar un México mejor, más justo y solidario, requiere la colaboración de todos. En particular es necesario apoyar hoy a los indígenas en sus legítimas aspiraciones, respetando y defendiendo los auténticos valores de cada grupo étnico. ¡México necesita a sus indígenas y los indígenas necesitan de México!

Amados hermanos y hermanas de todas las etnias de México y América, al ensalzar hoy la figura del indio Juan Diego, deseo expresarles la cercanía de la iglesia y del Papa hacia todos ustedes, abrazándolos con amor y animándolos a superar con esperanza las difíciles situaciones que atraviesan.

5. En este momento decisivo de la historia de México, cruzado ya el umbral del nuevo milenio, encomiendo a la valiosa intercesión de San Juan Diego los gozos y esperanzas, los temores y angustias del querido pueblo mexicano, que llevo tan adentro de mi corazón.

¡Bendito Juan Diego, indio bueno y cristiano, a quien el pueblo sencillo ha tenido siempre por varón santo! Te pedimos que acompañes a la iglesia que peregrina en México, para que cada día sea más evangelizadora y misionera. Alienta a los obispos, sostén a los sacerdotes, suscita nuevas y santas

vocaciones, ayuda a todos los que entregan su vida a la causa y a la extensión de su reino.

¡Dichoso Juan Diego, hombre fiel y verdadero! Te encomendamos a nuestros hermanos y hermanas laicos, para que, sintiéndose llamados a la santidad, impregnen todos los ámbitos de la vida social con el espíritu evangelico. Bendice a las familias, fortalece a los esposos en su matrimonio, apoya los desvelos de los padres por educar cristianamente a sus hijos. Mira propicio el dolor de los que sufren en su cuerpo o en su espíritu, de cuantos padezcan pobreza, soledad, marginación o ignorancia. Que todos, gobernantes y súbditos, actúen siempre según las exigencias de la justicia y el respeto de la dignidad de cada hombre, para que así se consolide la paz.

¡Amado Juan Diego, «el águila que habla»! Enséñanos el camino que lleva a la Virgen Morena del Tepeyac, para que Ella nos reciba en lo íntimo de su corazón, pues Ella es la Madre amorosa y compasiva que nos guía hasta el verdadero Dios. Amen.

Del 16° encuentro de curas comprometidos con los pobres (Argentina)

Carta a las comunidades

Queridas hermanas y hermanos:

Como sacerdotes que queremos vivir y servir en medio de los pobres, nos encontramos este año en nuestro 16° Encuentro anual. Participamos 83 sacerdotes de diferentes regiones de nuestro país.

Ante la tristeza y el desaliento que siente la mayoría de nuestro pueblo, queremos decirles que estamos desconcertados igual que ustedes. Sabemos que muchas veces no se ven caminos y no se alcanzan a vislumbrar horizontes. Y sabemos también que muchas de las piedras que hay en el camino parecen imposibles de mover. Las fuerzas que nos oprimen parecen todopoderosas. Pero sabemos también que Dios está del lado de las víctimas, porque es un Dios padre de los pobres, un Dios que tiene en los pobres sus preferidos.

Mirando nuestra realidad desde la fe que nos reúne, sin embargo, queremos contarles qué vemos y qué esperamos:

- ante tanta confusión y desconcierto, vemos claro que hay caminos que son de muerte y proyectos que son de destrucción; encarnados

por caudillos de falsas promesas, dirigentes que no son sino gerentes del sistema, que, especialmente en campañas electorales sucias, sólo buscan su perpetuación en el poder o el sostenimiento de la política al servicio del mercado, y que por más aparatos publicitarios, y supuestas soluciones mágicas que presenten, en realidad conducen a más caos y más muerte, la que ellos mismos sembraron en sus anteriores etapas.

- ante los discursos de violencia, y falsa seguridad basada en el temor, la mano dura, o supuestas alternativas militarizadas, vemos nítidamente que hay oscuras fuerzas de viejas represiones, terribles desapariciones y horribles atentados contra la vida que sólo pretenden conservar sus espacios de impunidad disimulada en el terror y el miedo.
- ante supuestas soluciones económicas, especialmente alentadas por funcionarios extranjeros en visita turística a nuestro país y a los pobres, y una espera casi mesiánica de ayuda de organismos financieros internacionales que son responsables del desfalco y la rapiña que sufrió nuestro país, vemos ciertamente que los modelos económicos que ellos alienan y pretenden profundizar, no solamente no representan ninguna solución, sino que implican un agravamiento de la crisis y profundización de la muerte.
- ante la búsqueda por parte de las autoridades de instituciones creíbles que sirvan de pantalla a su sordera con máscara de diálogo, sabemos seguramente que ninguna búsqueda de auténticas soluciones y caminos de vida puede realizarse sin reconocer claramente a las víctimas y los victimarios de nuestra situación, y escuchar privilegiadamente la voz de los pobres tomando irrenunciable e incuestionablemente partido por su situación y por su vida. En este sentido, no entendemos una Mesa del Diálogo en la que los pobres no tengan voz mientras que sí la tengan los banqueros y cámaras empresariales, en la que se dialogue desde espacios de poder mientras los débiles sólo sean convidados de piedra en una Mesa a la que no han sido invitados.

Estamos convencidos que otro mundo es posible, aunque el camino sea incierto. Sabemos que no podemos ni queremos construirlo sin ustedes, que somos más fuertes en comunidad y por eso

otros buscan constantemente dividirnos para devorarnos los de afuera. Como pastores del pueblo de Dios queremos ser voz de los que no tienen voz, y quieren gritar su bronca y sus propuestas, en las calles, en las plazas, en los barrios. Por todo esto, y ante nuestra realidad, queremos decir:

Dios, el Padre de Jesús, no está del lado de los que oprimen, mienten y quieren utilizar a los pobres en las próximas elecciones; Dios está del lado de los que luchan por el pan y el trabajo, Dios está del lado de los que buscan en la solidaridad y la justicia espacios de luz y de esperanza.

Dios no quiere que falte el trabajo, que la vida esté amenazada, y sin horizontes; Dios quiere que todos puedan tener un trabajo digno y estable, un salario justo y una familia en paz.

Dios no quiere que los poderosos sean impunes, y la justicia esté a su servicio; Dios quiere una justicia defensora de la verdad y de la causa de los débiles y las víctimas.

Dios no quiere que la intolerancia, la corrupción, la violencia y la mentira vayan gestando una Argentina supuestamente nueva; Dios quiere que seamos capaces, desde nuestra pobreza, de crear vínculos de solidaridad, de paz y de fraternidad. Porque nadie sobra entre nosotros; y creemos que la resurrección de Jesús se manifiesta en la rebeldía, la resistencia y en no aceptar que la muerte tenga la última palabra de la historia.

Esto lo sabemos, y por eso reafirmamos nuestro compromiso de trabajar para bajar de la cruz a los pueblos crucificados siendo una verdadera Iglesia samaritana comprometida desde la misericordia con aquellos hermanos que otros despojaron y dejaron medio muertos al borde del camino. Sabemos que así seremos fieles a Jesús y a nuestros hermanos más pobres como proclamó la Virgen María en el Magnificat.

No vemos claro, pero sabemos de qué lado está Dios, y queremos estar allí. Por eso les queremos pedir con toda humildad que nos ayuden a ser siempre fieles al Dios de los pobres, al Padre de Jesús. Ayúdenos a estar siempre del lado de ustedes para ir transitando caminos que nos conduzcan a encontrar vida y a servir a Jesús en los pobres.

San Miguel, 22 de agosto de 2002 ☩

Palabra

Equipo CRT

Equipo de Misión por la Fraternidad

3 de noviembre, 31º Domingo ordinario

Tema central: Ser hermanos es lo más hondo de nuestro ser cristiano. Es anterior a que seamos cualquier otra cosa: autoridad religiosa o civil, dirigente, consejero...

Hechos

Quienes gobiernan, si consultan, escogen los consejeros que les parecen por la confianza que les tienen, o porque son sus ayudas ordinarias. Pero no suelen consultar a los que van a ser afectados por sus decisiones. Lo cual indica que buscan sus

intereses individuales o de su grupo, pero no los de todos los que gobiernan.

En el medio universitario suele ser muy importante que se digan y reconozcan los títulos académicos y que cada quién sea tratado según su rango: Doctor, Maestro, Licenciado. Y en el medio eclesiástico algo semejante: Señoría, Excelencia, Eminencia. Y en el gobierno: Señor Presidente, Señor Secretario, Diputado, Senador, Ministro.

Iluminación: Malaquías 1,14b-2, 2b.8-10; Sal. 130,1-3; 1Ts. 2,7b-9.13; Mt. 23,1-12

El profeta Malaquías nos presenta el muy enérgico regaño de Dios a los sacerdotes, que los hace viles y despreciables porque han aplicado la ley con parcialidad. Y lo que deberían haber hecho es portarse con los fieles como hijos de un mismo Padre. Y la pregunta es muy dura porque va a fondo: «¿Por qué nos traicionamos entre hermanos y profanamos así la alianza de nuestros padres?»

Asistimos a la confesión de amor y cariño de Pablo a los fieles de Tesalónica. Es el reverso de los sacerdotes amonestados por el Señor en la primera lectura. Les entregó el Evangelio, pero junto con él hubiera querido entregarles la vida. Y de hecho lo hizo con su dedicación y ahora con su alegría compartida con ellos.

En el Evangelio Jesús, el Señor, nos pide que no nos andemos haciendo llamar con títulos. Que nadie se haga llamar ni Maestro, ni Padre, ni guía. Eso atenta contra el ser hermanos. Palabra expresa que acabamos de oír: «Porque no tienen más que un Maestro y todos ustedes son hermanos».



Conversión

1. Aunque nos es más fácil notar que una autoridad por encima de nosotros no se porta como verdadero hermano, busquemos acostumbrarnos a también notar si somos o no hermanos en nuestras palabras y sobre todo en nuestras conductas con aquellos sobre los que tenemos nosotros autoridad. La mamá o el papá la tienen sobre sus hijos, el de mayor edad sobre los de menos, el de más experiencia o sabiduría sobre los más jóvenes o inexpertos. Porque nos engreímos no sólo con la autoridad que se nos da formalmente, sino también con la que tenemos legítimamente por razones de edad, prestigio, experiencia, ciencia. Y no se diga con la que adquirimos ilegítimamente por imponernos por la fuerza física o moral sobre otros.
2. La pregunta para eso es. ¿Soy y me porto fraternalmente al ejercer autoridad? O de otro modo: ¿Antepongo a la relación de ser o tener autoridad la de ser hermano?

10 Noviembre , 32º Domingo ordinario

Tema central: La verdadera sabiduría es buscar y cumplir con el amor de Dios. Cumplir su voluntad es vivir la libertad y el compromiso de amar como Dios mismo ama. Y esto vivirlo continuamente; siempre tener la lámpara del amor de Dios encendida, sin descuidarla a ratos.

Hechos

Hay quien busca o cree encontrar la voluntad de Dios es «señales» que le suceden como una cruz que resulta en las manchas de una fotocopia, o la luz del sol que de pronto ilumina un objeto. Otros van más allá: no sólo interpretan como señales lo que les sucede, sino que se las proponen e imponen a Dios, p.e. muéstrame que un viaje no me conviene haciendo que amanezca lloviendo. O sea, la sabiduría de Dios se nos comunica a nuestro antojo, imaginación, deseo o condiciones que le ponemos.

El Concilio Vaticano II nos exhorta a escrutar y discernir los signos de los tiempos. A que en los acontecimientos históricos más amplios o en los de las biografías nuestra y de otros busquemos qué es lo que Dios comunica allí. Qué es congruente con su ser de Padre amoroso que comunica su amor.

La tradición de la espiritualidad ignaciana nos invita a discernir en los movimientos internos de los sujetos individuales y colectivos lo que viene de Dios y lo que trae una dinámica contraria o destructiva. Y propone criterios: de Dios viene el aumento de fe, esperanza y caridad; de Dios viene el gozo y la alegría porque su reino, que es de justicia y de paz, avanza. Lo que sucede contra la justicia y la paz no es de Dios; no expresa sus designios.

Iluminación: Sabiduría 6,12-16; Sal. 62,2-8; 1Ts. 4, 13-18; Mt. 25, 1-13

Leemos que la sabiduría, la de Dios, es radiante y fácil de encontrar por quienes la buscan haciéndose dignos de ella. Son quienes la buscan poniéndose en los brazos de Dios y no queriendo que Dios se ponga a nuestras órdenes.

Una suprema sabiduría cristiana es la de saber que la muerte es entregarnos al amor de Dios nuestro Padre. A esto se refiere San Pablo. Seguimos queriendo y nos siguen queriendo los que pasan por la muerte al seno del Padre. Y eso esperamos de nosotros también.

La sabiduría no es nada más para el momento de la muerte, o para algún momento determinado. La sabiduría de Dios es para que la vivamos continuamente y no dejemos que se nos apague. Que no seamos como las jóvenes que imprudentemente dejaron que se les apagaran sus lámparas para estar con su luz en el momento oportuno. Que nuestra luz, la sabiduría de Dios en nosotros, esté siempre encendida.



Conversión

1. Lo que impide que juzguemos de los acontecimientos, cosas y personas don la sabiduría que Dios nos comunica son nuestros intereses egoístas. ¿Estamos aferrados egoístamente a personas o cosas independientemente de que eso sea expresión del amor y la sabiduría de Dios en nosotros?
2. ¿Dejamos para después examinar si nos domina algún apego (o al contrario algún rechazo) a cosas o personas que no sea congruente con el amor de Dios en nosotros?

17 de noviembre, 33º domingo ordinario

Hechos

Una familia en la que sus miembros no encuentran el tiempo para mostrarse el afecto.

Una parroquia encerrada sobre sí misma, que no tiene espíritu misionero.

Una persona o agrupación que se deja vencer por el miedo y no desarrolla sus capacidades de servicio.



Iluminación: Prov. 31, 10-31; 1 Tes. 5, 1-6; Mt 25, 14-30

Una clave muy importante para comprender bien los pasajes del Evangelio y de toda la Biblia nos la da Jesús al recordar: «Amarás a Dios con todo tu corazón... y al prójimo como a ti mismo». Y vale también para esta parábola de los talentos: no se trata de cultivar egoístamente nuestras cualidades sino que nos invita a desarrollar nuestras capacidades de amar con creatividad y valentía. Tampoco ha de usarse la parábola para justificar la acumulación de riqueza de parte de los ambiciosos, sino que nos indica que quien se cierra al amor (y entierra así sus talentos) no podrá tener amistades y se sumirá en la soledad y desesperanza.

Entonces es importante caer en la cuenta de los talentos que nuestro Dios nos ha otorgado para hacerlos fructuosos para nosotros y para los demás... Aquí podemos recuperar una observación de las actuales corrientes de psicología personalizada. Advierten que es fundamental para una vida sana tener una adecuada «autoestima» o, en términos cristianos, un correcto amor a uno mismo. En efecto, se trata de un elemento indispensable para tener confianza en nuestra persona, en las cualidades recibidas para ponerlas a fructificar. Los medios para avanzar en ello son variados: desde una oración adecuada, el apoyo de los amigos o de algunos grupos de terapia o mutua ayuda...

Y, desde ahí, un esfuerzo por colaborar en la satisfacción de las necesidades comunes: hacernos sensibles a los diversos requerimientos que encontramos a nuestro alrededor en los campos de la economía, la cultura, la religión, la política... Y, habiendo caído en la cuenta de esas hambres y enfermedades que lastiman a nuestros hermanos, echar a andar nuestra creatividad para ir encontrado mejores soluciones.

Hemos de pedir continuamente a nuestro Padre «un corazón grande para amar» y con él tendremos: fuerza para luchar, lucidez para encontrar mejores caminos, alegría para animarnos en las diversas circunstancias, paciencia para seguir adelante frente a la persistencia de las adversidades... Y en la combinación fraterna de nuestros talentos una mejor vida y una mayor justicia.

En esta línea nos lanzó el espíritu fundamental del Concilio Vaticano II y de una manera particular su constitución *Gaudium et Spes* que en sus primeros párrafos nos pone en sintonía con las aspiraciones y problemas de las personas y naciones del mundo actual, y luego va buscando soluciones en los ámbitos de la familia, la economía, la política y la cultura con un tono de diálogo creativo. En las cuatro décadas que han seguido en parte hemos mantenido ese espíritu, pero también

hemos recaído en el temor y el encerramiento que prefieren la falsa seguridad del talento enterrado.

Conversión

3. ¿qué tan fuerte es nuestro amor para interesarnos por los demás?
4. ¿qué tanto creemos en el amor que Jesús nos tiene y en los dones que nos ha concedido?
5. ¿cómo podemos hacer más fructuosos algunos de esos dones?

24 de noviembre, Jesucristo Rey

Hechos

Una madre de familia que con sabiduría y cariño crea la armonía en su hogar y los impulsa para trabajar por la justicia.

Un líder auténtico que sabe guiar y motivar a su grupo y no impone arbitrariamente sus criterios, sino que coordina los esfuerzos de todos.

Iluminación: Ez. 34,11-17; 1 Cor. 15,20-28; Mt. 25,31-46

Este domingo cierra el año litúrgico y nos remite también al final de la historia humana cuando Dios recapitulará toda su obra de creación y liberación con el completo reinado de Jesucristo, su Hijo único, nuestro hermano mayor y señor. Así por una parte reanima nuestra esperanza recordándonos que al final serán vencidos todos los obstáculos y enemigos que nos afligen en esta vida. De ello nos habla la carta de Pablo a los corintios, de como el triunfo absoluto de Jesús que ya comenzó con su resurrección llegará a su plenitud, y que de él participaremos todos los que hayamos creído en él.

Por todo eso celebramos a Cristo Jesús con el título de rey del universo. Usamos la palabra rey, pero para comprenderla correctamente hemos de hacerlo a la luz de lo que Jesús nos enseña. Ser rey entre nosotros espontáneamente nos llevar a pensar en privilegios y a dominar a los demás, como

dice la conocida canción «Hago siempre lo que quiero y mi palabra es la ley». Sin embargo Jesús nos señala otro camino en el evangelio de este día y a lo largo de toda su vida: el amor servicial y generoso, que tiene una preferencia por los más necesitados.

Y es precisamente ese camino el que nos lleva a la vida eterna, es decir la vida plena y definitiva que Jesús ya posee como auténtico rey, y de la que podemos ir participando ya desde ahora. En efecto, la eternidad de esa vida no es algo a lo que accedemos solamente cuando muramos, sino que comienza ya en esta historia en la medida en que reinamos con Cristo al amar de la manera que él nos enseñó.

Uno de los cambios principales a los que nos invitó el Vaticano II fue a que en la iglesia no viviéramos dinámicas de poder impositivo sino de diálogo y de servicio, y algo hemos avanzado en esa línea; pero aún nos queda mucho por corregir. Tanto el documento de Puebla en 1979 como el de

Sto. Domingo en 1992 han tenido que reconocer con discreción que aún padecemos clericalismo en nuestras iglesias.

Conversión

1. ¿hemos experimentado el reinado del amor de Jesucristo en nuestras personas y nuestros grupos?
2. ¿de veras creemos que el único camino para «reinar» es amar y servir?
3. uniendo con lo que la semana pasada veíamos sobre los talentos ¿qué tenemos que hacer para irle dando al amor eficacia evangélica dentro de esta historia?

Domingos de adviento

El tiempo de Adviento y luego el ciclo de Navidad son temporadas especialmente aptas para celebraciones de mucho fruto pastoral.

La Misión por la fraternidad publica como años anteriores una guía para todas estas celebraciones: manera de realizarlas y frutos que se pueden obtener. Aquí sólo tomamos lo relativo a las lecturas de los cuatro domingos de adviento. Recomendamos se hagan de la guía de la Misión donde encontrarán indicaciones para un retiro inicial preparatorio del Adviento; Significado y celebraciones de la corona de Adviento; celebraciones de los cuatro domingos; el novenario a Santa María de Guadalupe, Reina del trabajo; las celebraciones de la Inmaculada Concepción de María, San Juan Diego, el día universal de los Derechos humanos laborales, la víspera de la Virgen de Guadalupe, la fiesta de la Virgen de Guadalupe, Reina del trabajo; las posadas, la Noche Buena, la Navidad, la Sagrada Familia, el último del año y luego el ciclo litúrgico de navidad propio del pueblo.



A partir de noviembre se podrán pedir ejemplares del folleto guía de la Misión por la fraternidad a Roberto Maciel en el teléfono 53368-2877 de la ciudad de México, o por correo-e a la dirección: mpf@laneta.apc.org

1 de diciembre, 1^{er} Domingo de Adviento

Primera lectura: Is 63, 16-17; 64, 1.3-8

Introducción: El profeta invita al pueblo a reconocer con humildad sus infidelidades a Dios, sin poner pretextos ni excusas. Pero al mismo tiempo lo anima en su fe, pues Dios ha preparado grandes sorpresas para quienes esperan su llegada. Después de todo, él es padre y redentor de todo el pueblo. El es el alfarero y somos la obra de sus manos.

Salmo responsorial: del salmo 84

R/ Dios, conviértenos: muéstranos tu rostro y seremos salvos.

Ser salvo significa estar en el ámbito de Dios; vivir en y de su amor que es entrega incondicional a los demás. Por parte de Dios siempre somos amados porque su amor no depende de nuestros méritos o deméritos. Pero podemos vivir o no en congruencia con ese amor. Le pedimos que fortalezca nuestra decisión para sí vivir en congruencia con su amor.

Evangelio: Mc. 13,33-37

Comentario. Esta lectura pone a nuestra consideración la parábola del viajero. Este, antes de irse, como hombre previsor y cuidadoso, encarga a sus sirvientes una serie de tareas que deberán realizar en su ausencia. La finalidad es que la casa siga funcionando bien, para bien de todos, aunque él no esté. Sobre todo, manda al portero que vele, para que no vaya a haber sorpresas por la noche, mientras todos duermen.

El viajero es Dios. El nos ha encomendado este mundo y a toda la humanidad. Quiere que las cosas funcionen bien. No porque se haya ido, se ha

olvidado y se ha desinteresado de lo que sucede entre nosotros. Porque se preocupa, nos dejó una serie de instrucciones, para nuestra felicidad como humanidad y como guardianes de la naturaleza. Las disposiciones divinas se encuentran, de manera especial, en la Santa Biblia. Así es como permanece presente entre nosotros.

La lectura nos recomienda, sobre todo, que, como buenos porteros, vigilemos y no nos dejemos vencer por el sueño. Y esto porque no sabemos a qué hora va a regresar el Señor. Si estuviéramos dormidos cuando él llegue, quizás nos perderíamos el gran banquete que viene a brindar a la humanidad. La lectura, de hecho, no habla de ningún castigo ni contiene ninguna amenaza para los que se duermen. Sólo nos exhorta a estar alertas, atentos a lo que sucede a nuestro alrededor. Sobre todo, poner cuidado en irnos haciendo mejores discípulos de Jesús cada día, y no dormirnos en nuestros laureles.

Al recomendarnos que permanezcamos despiertos y vigilantes, la parábola hace referencia a los obstáculos que existen en nuestro interior, y que nos apartan del camino del evangelio. Ciertamente hay un pecado estructural contra el que hay que luchar. Pero ahora el acento está puesto en nuestras propias tendencias e inclinaciones, capaces de dificultarnos el seguimiento de Jesús. Aquí entra en juego nuestra propia mentalidad y determinados hábitos que, como el sueño, fácilmente doblegan nuestra voluntad y nos arrastran a hacer lo que no queremos, como dice Pablo.

Este tiempo de adviento es un tiempo muy especial de espera, de vigilancia. Aquí sí sabemos cuándo va a llegar el Salvador, si tenemos en mente la fiesta de navidad. Pero por lo que toca a su segunda venida, la definitiva, ni sabemos cuándo será, ni lo podemos saber. Este es un tiempo muy propicio para recapacitar, para entrar dentro de nosotros mismos, admirar el amor de Dios que nos envía a su Hijo, y sentir deseo de corresponder con nuestro reconocimiento, alabanza,

alegría y esperanza. También debemos practicar una cierta disciplina y autocontrol.

Otra manera de hacer el comentario de las lecturas es propiciar un diálogo de todos los presentes, mediante las siguientes preguntas:

1. Según la parábola que hemos escuchado ¿el dueño de la casa se marcha así nada más, sin que le importe lo que vaya a suceder en su ausencia?
2. ¿Cuál es el encargo que el dueño de la casa da al portero?
3. ¿Quiénes son los porteros de la casa de Dios actualmente?
4. ¿Cuáles son esas formas de pensar, esos hábitos e inclinaciones que nos dificultan seguir con prontitud el camino del evangelio.
5. ¿Qué quiere decir actualmente «velar»? ¿Qué significa que estemos despiertos cuidando la casa de Dios?



jo: el Padre encuentra en Jesús su complacencia porque Jesús cumple con gusto su voluntad.

Otra manera de hacer el comentario de las lecturas es propiciar un diálogo de todos los presentes, mediante las siguientes preguntas:

1. ¿Cuáles son los caminos que debemos enderezar en esta navidad?
2. ¿Qué necesitamos para que Dios tenga en nosotros sus complacencias?
3. ¿Porqué Jesús elige ser bautizado por Juan?

8 de diciembre. 2º domingo de adviento

Primera lectura: Isaías 40, 1-5. 9-11

Introducción: La llegada de Dios se nos anuncia en este pasaje. La condición para recibirle es «que todo valle sea rellenado y todo cerro y monte rebajado» pues el Señor «recoge con sus brazos los corderitos, en el seno los lleva y trata con cuidado a las paridas».

Salmo responsorial: Salmo 24

R/ Descúbrenos, Señor, tus caminos.

Evangelio: Marcos 1, 1-8

Comentario. El evangelio refuerza la idea de Isaías, pero lo hace con una imagen aun más clara: hay que enderezar nuestros caminos. El bautizo de Jesús nos recuerda como ama el Padre al hi-

15 de diciembre. 3er domingo de adviento

Primera lectura: Isaías 61, 1-2. 10-11

Salmo responsorial

R/ Mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador.

Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se llena de júbilo en Dios, mi salvador, porque puso los ojos en la humildad de su esclava/R

Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones, porque ha hecho en mí grandes cosas el que todo lo puede. Santo es su nombre y su misericordia llega de generación en generación, a los que lo temen /R

A los hambrientos los colmó de bienes y a los ricos los despidió sin nada. Acordándose de su misericordia vino en ayuda de Israel su siervo / R

Evangelio: Juan 1, 6-8. 19-28

Comentario. El anuncio de la Buena Noticia a los pobres en Isaías y en Juan el Bautista, constituye el aspecto esencial de la venida del Reino en la predicación y acción de Jesús. El Reino de Dios es para los desfavorecidos, por eso la Buena Noticia es noticia de liberación. Los pobres son las personas difamadas, las que gozan de baja reputación y estima. Son los despreciados por la sociedad, los que son menos que otros. Son los que tienen una carencia real: los hambrientos, los sedientos, los desnudos, los forasteros, los enfermos y encarcelados, los que lloran. Los pobres son los que están bajo algún tipo de opresión real y a quienes se dirige la Buena Noticia del Reino. Jesús anuncia la Buena Noticia a todos aquellos que normalmente han estado privados de salud, alimento, libertad, de riquezas y privilegios, y por eso devuelve la dignidad a quienes la sociedad religiosa y socio-política se las ha arrebatado. Y María canta esa liberación que Dios quiere para los pobres.

Hermanos y hermanas, en este tercer domingo de adviento, tiempo en que nos preparamos para recordar el nacimiento de Jesús, es necesario que juntos digamos con nuestras propias palabras, qué nos quiere decir el Señor a través de estas lecturas.

Otra manera de hacer el comentario de las lecturas es propiciar un diálogo de todos los presentes, mediante las siguientes preguntas:

1. ¿En qué momentos, acontecimientos, situaciones de la vida he sentido que el Espíritu de Dios ha estado en mi y me envía a anunciar la buena nueva a los pobres?
2. ¿Hoy en día quiénes son esos pobres a los que hay que llevar la Buena Noticia de liberación?
3. ¿Cómo me estoy preparando para anunciar a los pobres el mensaje de libertad?

Primera lectura: Samuel 7,1-5. 8,12. 14. 16

Introducción: En esta lectura el Señor promete a David una relación de padre a hijo con el pueblo de Israel, promete que engendrará a un descendiente sangre de su sangre para permanecer por siempre y que pueda descansar.

Salmo responsorial: Salmo 88

R/ Proclamaré sin cesar la misericordia del Señor.

Evangelio: Lucas 1, 26-38

Comentario. Las primeras palabras del ángel a María en la anunciación son «alégrate, llena eres de gracia, el Señor está contigo», un mensaje donde Dios le hace sentir a María el gran amor que le tiene, le hace sentir que su vida ha estado llena de muchas gracias y que eso es motivo de una gran alegría, concluyendo que el Señor ha estado con ella. Las palabras claves son: alegría, gracia y presencia. Palabras que muestran la presencia de Dios en María y en todo hijo de Dios.

Dios quiere que nosotros nos experimentemos dichosos por su presencia en nuestra historia personal. Así como María siente que su vida ha estado llena de muchas gracias nosotros estamos invitados a dejarnos sorprender por las gracias que Dios nos ha dado. ¿Cómo podemos entender la gracia? La gracia es el amor, la bondad, la vida, los dones, la alegría profunda, las experiencias donde hemos sentido que nuestro corazón arde, donde nos hemos sentido plenos, integrados, comprendidos, amados, queridos, etc.

Otra manera de hacer el comentario de las lecturas es propiciar un diálogo de todos los presentes, mediante las siguientes preguntas:

1. ¿Qué entendimos de las lecturas?
2. ¿Por qué el Señor quiere aparecer como un Padre ante su pueblo?
3. ¿Qué sentimientos experimentamos cuando Dios está con nosotros?
4. ¿Cuáles son las gracias que Dios nos ha entregado en nuestra vida? ☞

La Comisión Episcopal para los laicos invita

SEMINARIO PARA SACERDOTES 7-8 de Noviembre

Dirigido a:

Responsables diocesanos, asesores,
Asistentes eclesiales de movimientos
nacionales de apostolado.

Dirige:

Mons. Pedro Jaramillo Rivas
Vicario General de la Diócesis de Ciudad
Real España, miembro de Cáritas
Española

Sede:

Casa de las Hijas del Corazón de María,
Jalapa 75, Col. Roma, México, D. F.

Costo:

\$600 (Incluye inscripción, alimentos,
hospedaje y material del encuentro)

Favor de traer: Biblia, ornamentos y
artículos de uso personal

SEMINARIO PARA LAICOS 8-10 de Noviembre

Dirigido a:

Miembros de movimientos y grupos de
apostolado, laicos responsables de
animación laical diocesana y regional,
miembros de instituciones dedicadas a la
evangelización, laicos interesados.

Dirige:

Mons. Pedro Jaramillo Rivas

Sede:

Hotel Emporio, Paseo de la Reforma
No. 124, Col. Juárez, México, D.F.

Costo:

Opción 1: inscripción, alimentos y
material del encuentro \$1,000

Opción 2: inscripción, alimentos,
material y hospedaje en habitación doble
\$1,600

Opción 3: inscripción, alimentos,
material y hospedaje en habitación
sencilla \$2,000

Informes e inscripciones:

Tels. 5661.30.43, 5661.56.12, 5661.37.96

Fax 5661.42.86

e-mail: ceal_mex@cealmex.com

www.cealmex.com

Nuestro próximo número

Noviembre-Diciembre

40 años se cumplirán el día once de octubre desde que el buen Papa Juan XXIII inauguró el Concilio Vaticano II. Son ya dos generaciones o casi las que han pasado. Quien era un hombre joven que comenzaba su vida adulta en 1962, es ahora abuelo. Ha podido contarles a sus hijos y a los hijos de sus hijos que a él le tocó vivir la sorpresa que fue para todos el anuncio inesperado del Concilio.

Quizá antes en dos generaciones apenas si cambiaba algo. Pero en nuestros tiempos dos generaciones han implicado cambios importantes en modos de pensar, en escalas de valores, en relaciones sociales y políticas dentro de la nación y en las relaciones internacionales.

Dirigiremos nuestra atención en el cuaderno de Christus del próximo noviembre a los cuarenta años del postconcilio. El Concilio expresó y contribuyó a grandes cambios, a nuevos enfoques. Unos han marcado la vida de las iglesias universal y locales; otros sólo han comenzado a dar sus frutos. Y hay también situaciones nuevas no previstas por los Padres conciliares.

De estas cosas, frutos, impulsos aún no asimilados del Vaticano II y nuevas realidades, nos ocuparemos en nuestro próximo número.

Pagos

Moneda Nacional

Hacer un depósito para abonar nuestra cuenta: Banca Serfín, sucursal 35, N°: 0900-7469522 a nombre de Centro de Reflexión Teológica A.C. (le pedimos que nos envíe copia del depósito junto con una copia del cupón de renovación por fax).

Mandar giro postal o bancario a nombre del Centro de Reflexión Teológica A.C., Apdo. Postal 21-272 Coyoacán 04021 México, D.F.

Dólares

Enviar cheque o giro bancario avalado por un banco estadounidense a nombre de Centro de Reflexión Teológica, A.C.

Importante

Envíe una copia del cupón de renovación con el comprobante del pago para que sepamos de quien es la suscripción a renovar.

¿Cómo escuchar al Espíritu?	B. Ameche	48.00
¿Cuál es la prisa?	C. Rodríguez	33.60
¿Te atacan las sectas?	F. Azuela	9.60
¿Valió la pena?	J. Marins y equipo	31.20
17 días de la Iglesia Latinoamericana	Frei Betto	10.80
Apocalipsis	M. Morales	80.00
Cantemos en comunidad	D. de Cuernavaca	66.40
Catecismo en comunidad	B. Ameche	9.04
Comentarios al Evangelio de Marcos	J. Mateos	36.80
Con Dios y con los pobres	J. Jiménez	26.40
Chiapas. Buena nueva a pesar de todo	CRT	6.40
De la tragedia a la esperanza	Auerbach/Rodríguez	66.40
Dinámicas	J. Marins	216.00
Dios es bueno	J. L. Caravias	45.76
Dios y los obreros	C. Rodríguez	24.80
El agro mexicano ¿siempre lo mismo?	J.F. Cortes	60.80
El camino de las comunidades	J. Saravia	48.00
El Dios de Jesús	J. L. Caravias	60.80
El Dios de Jesús, destructor de todos los ídolos	J. Peña	24.80
El Nuevo Testamento	J. Saravia	60.00
El Padre Pro, mártir	F. Azuela	18.00
El rostro indio de Dios	Varios	88.00
El sermón del monte (#4)	J. Mateos	48.00
Engrandecer el corazón de la comunidad	F.J. Ali Modad	66.40
Espiritualidad de la liberación	Vigil/Casaldáliga	43.20
Esto es un grito	C. Rodríguez	36.80
Fe y Vida	A. Méndez	18.40
Galilea año 30	C. Bravo	64.00
Guía para el catequista	B. Ameche	25.60
Historia de un gran amor	R. Falla	44.00
Humanidad en lo no humano	L. García Orso	43.20
Indicadores de la modernidad	R. Mora	72.00
Itinerario espiritual en la opción por los pobres	J. Mendoza	36.80
Jesucristo liberador	J. Sobrino	112.00
Jesús. Manual para leer el Ev. de Mc	A. Méndez	30.40
Jesús Hombre en Conflicto	C. Bravo	112.00
Jesús interpreta las escrituras	J. Saravia	55.20
La aventura de un cristiano	I. Tellechea	33.60
La buena noticia desde la mujer	A. Méndez	39.20
La espiritualidad de la Nueva Ev.	C. Maccise	43.20
La formación de la Nueva Ev.	CLAR	60.80
La Nueva Evangelización hacia la Civil del A.	A. González	36.80
La voz de los desplazados (disco compacto)	Coro de Acteal	112.00
Lectura orante de la Biblia	CRB	30.40
Lectura profética de la historia	CRB	77.60
Liturgia del pueblo creyente	F. Azuela	16.00
Los comienzos del camino	J. Saravia	36.80
Los pobres y los neoliberales	Coedición	24.80
Malabareando	D. Fernández	72.00
María en el evangelio liberador	S. Mier	42.40
México; Estados y Sindicatos	Max Ortega	24.00
Nepantla	J. Garibay	160.00
Para vivir el mensaje de Guadalupe	A. Méndez	18.40
Pequeño vocabulario de la Biblia	W. Guen	42.40
Pers. Lat. de San Juan de la Cruz	C. Maccise	32.00
Preparar el corazón	L. Valdéz	55.20
Recetas catequéticas	B. Ameche	44.00
Sabiduría y poesía del pueblo de Dios (#1)	CRB	73.60
San Andrés	CRT	40.00
San Marcos	M. Morales	60.00
Seguir a Jesús: Los evangelios (#13)	CRB	80.00
Taller de Vida y Espiritualidad	Ernesto Martínez	144.00
Tu Palabra me da vida (# 6)	J. L. Caravias	48.00

Estos precios ya incluyen
el 20% de descuento

BIENAVENTURADA LA IGLESIA CATÓLICA EN LA QUE LOS INDÍGENAS EMERGEN COMO SUJETOS DE SU HISTORIA, ELLA PODRÁ SER HUMILDE CONSTRUCTORA DE UN MÉXICO NUEVO, SIN RACISMO NI DISCRIMINACIÓN.

BIENAVENTURADA LA IGLESIA CATÓLICA QUE ACEPTA GESTAR EN SU SENO A LA IGLESIA AUTÓCTONA, ELLA SERÁ FIEL A LA INCULTURACIÓN DEL EVANGELIO Y SE VERÁ EMBELLECIDA POR UN NUEVO ROSTRO.

BIENAVENTURADA LA IGLESIA CATÓLICA QUE APRENDE DE LOS INDÍGENAS A LEER EL EVANGELIO «CON, COMO Y DESDE LOS POBRES», ELLA PODRÁ SER UNA «EMBAJADORA DIGNA DE CONFIANZA».

BIENAVENTURADA LA IGLESIA CATÓLICA QUE HACE SUYA LA PROMOCIÓN DE LAS ORGANIZACIONES SOCIALES Y PRODUCTIVAS DE LOS PUEBLOS INDIOS QUE LUCHAN POR LA JUSTICIA SOCIAL, ELLA TENDRÁ AUTORIDAD MORAL PARA DENUNCIAR LA ESTRATEGIA DEL MERCADO NEOLIBERAL GLOBALIZADO.

BIENAVENTURADA LA IGLESIA CATÓLICA QUE APRENDE LA MÍSTICA INDÍGENA DE AMOR Y RESPETO A LA NATURALEZA Y DEFIENDE A LOS PUEBLOS ANTE LOS PROYECTOS QUE CONTEMPLAN CORREDORES INDUSTRIALES Y AGRONEGOCIOS QUE AMENAZAN CON LA DESTRUCCIÓN DE LOS BOSQUES Y SELVAS, Y LA CONTAMINACIÓN DEL MEDIO AMBIENTE DONDE ELLOS VIVEN, A ELLA LA LLAMARÁN PORTADORA DEL DIOS DE LA VIDA.

MIGUEL ÁNGEL SÁNCHEZ CARLOS
CENTRO DE ESTUDIOS ECUMÉNICOS

LOS PUEBLOS INDIOS Y 8 BIENAVENTURANZAS DE LA IGLESIA CATÓLICA

EN ESTE TIEMPO DE GRACIA, DE LA CANONIZACIÓN DEL BEATO JUAN DIEGO CUAUHTLATLOATZIN Y LA BEATIFICACIÓN DE JUAN BAUTISTA Y JACINTO DE LOS ÁNGELES, PODEMOS AFIRMAR:

BIENAVENTURADA LA IGLESIA CATÓLICA, LAICAS, LAICOS Y JERARQUÍA, QUE ESCUCHA CON HUMILDAD LA VOZ DE LOS PUEBLOS INDIOS Y CREE EN SU PALABRA, ASÍ PODRÁ CONOCER LA VOLUNTAD SIEMPRE NUEVA «DEL VERDADERO DIOS POR QUIEN SE VIVE» Y CUMPLIRLA.

BIENAVENTURADA LA IGLESIA CATÓLICA QUE SE COMPROMETE A PROMOVER LOS DERECHOS Y LA CULTURA INDÍGENA, ASÍ DARÁ UN TESTIMONIO COHERENTE DE LA DIGNIDAD HUMANA QUE DESEA DEFENDER.

BIENAVENTURADA LA IGLESIA CATÓLICA QUE NO TEME LA FE DE LOS INDÍGENAS Y QUE ESTOS LA EXPRESEN EN UNA TEOLOGÍA PROPIA, ASÍ PODRÁ CONOCER MÚLTIPLES NOMBRES DEL ÚNICO DIOS Y DE JESUCRISTO, SU UNGIDO.

(SIGUE EN PÁGINA INTERIOR)

